

Universidad Nacional Autónoma de México
De la Facultad de Filosofía y Letras

JOSE RUBEN ROMERO
NOVELISTA

M 122873



FILOSOFIA
Y LETRAS

TESIS

Que presenta:
INES MUÑOZ DOMINGUEZ
para optar el grado de Maestra en Letras
(LENGUA Y LITERATURA ESPAÑOLAS)

México, D. F.
1963.

M 122873



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.



José Rubén Romero
NOVELISTA

A la memoria de mi padre.

Para mi madre y mi hermano.

A mi esposo y a mis hijos.

Para mis padres políticos,

***Este inmaduro fruto
de mi pequeño esfuerzo.***

31027

INTRODUCCION

Un deber primordial para mí es agradecer la ayuda desinteresada de mi director de tesis Lic. José Rojas Garcidueñas, la del maestro Rafael Moreno quien me proporcionó ayuda y estímulo; a la maestra María del Carmen Millán por su comprensiva colaboración, al maestro Luis Rius quien con su proverbial gentileza me orientó en la proyección de este trabajo, y al señor Carlos Romero, hijo de José Rubén Romero, tema de este trabajo, quien generosamente puso a mi disposición su valiosa biblioteca, y todo el acerbo de documentación relativo a su padre. Para los ilustres miembros del jurado mi sincera gratitud.

I N D I C E

Introducción.—

Capítulo I.— Biografía.

Capítulo II.— Temas.

Capítulo III.— Los tipos humanos.

Capítulo IV.— Las ideas y el ámbito sentimental en
los personajes.

Capítulo V.— El ambiente.

Capítulo VI.— Estructura de las novelas.✓

Capítulo VII.— Consideraciones sobre el estilo.

Conclusiones.—

Muy pocos escritores mexicanos han sabido penetrar en el espíritu popular como José Rubén Romero. Sus descripciones de tipos, del paisaje michoacano, de la vida de los pueblos en sus grandes arranques y en sus detalles cotidianos, retrata la idiosincracia, el modo de ser peculiar de esas gentes. Nadie que no sea él puede referirnos con conocimiento de causa, la conducta particular de sus personajes, comprendiéndolos, pues como buen michoacano, el apego al terruño era tan fuerte que en ausencia de su país, y a modo de rememoración nostálgica, produjo sus obras más sinceras y exitosas. El mismo, en cierta forma, es su personaje principal, pues el detalle autobiográfico lo identifica en algún aspecto con sus tipos: malicioso, irónico, lleva a la literatura mexicana "el gesto socarrón de un rancharo que se lanza a la contienda un poco contra su voluntad de ser comodino, amigo de la molicie y la buena vida; de genio sutil y marrullero".¹

Todas estas razones aunadas a la poderosa de su gran simpatía; su vivacidad, su modestia y humildad, hicieron de José Rubén Romero, un tipo humano interesante, cuya obra es digna de estudio.

Para este objeto utilizaré el análisis, como medio para desmenuzar un poco la obra de este autor, y me sentiré profundamente satisfecha si mi pequeño esfuerzo sirve como humilde peldaño para posteriores trabajos que investigadores más preparados y acuciosos emprendan acerca de Romero.

Capítulo I

BIOGRAFIA

—▶

José Rubén Romero nació en Cotija de la Paz, un pueblo de Michoacán fundado en la época de la colonia, el 25 de septiembre de 1890. Fueron sus padres don Melisio Romero, recaudador de rentas en Cotija, fuereño, quien casó, a pesar de una clásica y no codificada prohibición, con una señorita oriunda del lugar: doña Refugio González, descendiente de una de las once familias españolas fundadoras del pueblo. Era la madre de José Rubén una mujer de gran inteligencia natural; discutía con aplomo e improvisaba, desde muy niña, versos cuya asonancia perfecta evidenciaba una inclinación innegable a las letras. Quizá José Rubén Romero heredó de ella esta vocación de escritor, pues desde pequeño aprendió a leer en los libros que su madre leía y releía: El Quijote, Gil Blas, los cuentos de Picón, entre otros, ya que, haciendo un intercambio con los vecinos del pueblo, ella estaba más o menos enterada de lo bueno que se escribía por esa época. Ya cansada de peregrinar por las grandes capitales del mundo siguiendo al único hijo que le quedaba vuélvese quisquillosa, un tanto resentida. Es cuando escribe estos versos:

NO ESTORBAR


*Qué triste es estorbar
y conocerlo,
y sin darlo a saber
hay que aceptarlo,
y acallando las penas
todo amarlo,
y con serena calma
todo verlo*



■ —

*Todo lo ven los viejos
declinando,
cuando la triste vida
se va yendo,
gastada toda entera
en irse dando,
y a fuerza de pesares
ir muriendo . . .²*

Don Melesio, fincado ya en Cotija, atendía dos comercios en donde se vendía de todo, pero sus tiendas, centro de reunión de los liberales del pueblo, fueron convirtiéndose en mesas redondas en donde se discutían cuestiones de justicia social. Allí salían mal-parados los poderosos, los ricos, los curas, las beatas. Esta situación tuvo como corolario establecer el boicot para las tiendas de don Melesio, quien hubo de salir de Cotija a la Ciudad de México, ayudado por un concuño dedicado al comercio mayor de quesos de Cotija. La familia siguiólo más tarde. Y empezó el escoger para José Rubén un colegio adecuado. El de los Barona les pareció el mejor, ubicado por el rumbo del Carmen. “Guardo fielmente, dice Rubén Romero, el recuerdo de cada uno de ellos. Don Pablo era un viejecito venerable, de barba blanca, con cara de apóstol. Era médico, licenciado en leyes, telegrafista y muy aficionado a los experimentos físicos, e igual escribía con la mano izquierda que con la derecha”.



A pesar de las diabluras de niño sano, acostumbrado a retozar sin cortapisas de espacio, México no fue acogedor para la familia Romero, la que, después de siete años de vida citadina, vuelve a Michoacán —a Ario de Rosales concretamente—, donde don Melesio fue nombrado Prefecto de Distrito por el gobernador Aristeo Mercado. Ahí José Rubén funda un periódico, “Iris”, que le sirve para volcar, con una generosidad inusitada, su producción poética, la mayoría dedicada a las señoritas del lugar. Hace un viaje a Morelia para conocer a sus colegas, resultando de esta visita una indigestión de sonetos, silvas y décimas, producto de muchas horas de borrachera literaria.

En compañía de su padre recorre el distrito, y tiene oportunidad de conocer varios pueblos, fijándose para siempre, en la memoria del joven, los contornos, tipos, sucesidos y ambiente pueblerino. Su ojo observador tiene oportunidad de darse un banquete de paisajes y colorido michoacanos.

Pátzcuaro les da cobijo una corta temporada, y la Receptoría de Rentas de Sahuayo ofréceles sustento durante tres años.

La hija de uno de los hombres poderosos de este pueblo es la causa de que la familia Romero emigre a Santa Clara del Cobre, donde conoce a Pito Pérez, primera figura de la obra más difundida de Romero, y a Tamborillas, una especie de lazarillo, escudero de José Rubén en todas sus pequeñas aventuras pueblerinas. De ahí también sale la primera columna rebelde, capitaneada por don Salvador Escalante, sub-prefecto del lugar, y con el apoyo de don Melesio.

Una breve temporada en la receptoría de rentas de Santa Clara es interrumpida para ocupar el puesto de secretario particular del doctor Miguel Silva, recién elegido Gobernador de Michoacán. Poco tiempo después, a raíz de la muerte de don Francisco I. Madero, y a la salida de Huerta como Presidente de la República, el doctor Silva deja la gubernatura, pero Romero sigue en su puesto durante el gobierno de los generales Alberto Dorantes y Alberto Yarza. Cuando Garza González desplaza a Yarza, José Rubén Romero sale huyendo a México, pues en una lista negra aparecía su nombre como agitador pagado por Silva.

Como un hijo pródigo, que trata siempre de retornar a sus lares, vuelve a Tacámbaro, para hacerse cargo de una tienda semi-abandonada; y permanece ahí cuatro años, hasta que, en 1918, Chávez García arrasa el pueblo, destruyéndolo todo. Ese mismo año, el Ing. Pascual Ortiz Rubio, entonces Gobernador del Estado de Michoacán, lo nombra su secretario particular y un año después, su representante en la Ciudad de México. Colabora en "El Universal", afirmándose como un periodista ingenioso y vivaz. Su don de gentes, su bondad substancial, su despierta inteligencia hacen que Romero vaya escalando puestos públicos, como el de Inspector General de Comunicaciones; llamado por el recién electo Presidente Alvaro Obregón, es nombrado jefe del Departamento de Publicidad de Relaciones Exteriores, en 1921; pasa al Departamento Administrativo de la misma Secretaría, durante los años 1924 a 1930, donde hizo perdurable amistad con Genaro Estrada, Oficial Mayor, Sub-Secretario y Secretario sucesivamente del propio Ministerio. Su oficina fue centro del movimiento intelectual

de entonces; allí Romero trató a Artemio del Valle Arizpe y a José Juan Tablada, introductor éste del exotismo en la literatura mexicana e hispanoamericana, gracias a su influjo escribió sus hai-Kais *TACAMBARO* (1922).

El mismo Ing. Ortiz Rubio, ya Presidente de la República, lo envía, en 1930, como Cónsul General de México en Barcelona, donde, acumulando recuerdos de su vida provinciana, dicta a su secretaria *APUNTES DE UN LUGAREÑO* (1932).

Un año después regresó a su patria y ocupa el cargo de Director del Registro Civil, por dos años.

En 1934 escribe *DESBANDADA* en recuerdo de los años vividos en Tacámbaro, el pueblo que acapara sus afectos especialmente. Su hijo Carlos conserva, fechada el 8 de mayo de 1941, en La Habana, Cuba, una carta aleccionadora que entre otras cosas dice: "espero que irás a Tacámbaro en viaje de vacaciones con tu tía Rebeca y estoy seguro de que gozarás en un pueblo tan hermoso, montando a caballo, comiendo cosas delicadas y teniendo a la vista el paisaje admirable de tus mayores. Piensa, cuando estés allá, que mis ojos recorrieron todas las montañas que vas a conocer y que mis pies vagaron por las callejas de Tacámbaro con el pensamiento muy alto, a pesar de mi ropa que era muy pobre. Tacámbaro tiene en mi vida un lugar especial, pues es de allí de donde arranca mi actual situación. Si la mano ensangrentada de Chávez García no destruye mi tienda, aún estaría despachando la manteca y los frijoles detrás de un humilde mostrador. Y esto vendrá a demostrarte que, si bien es cierto que todo hombre lleva atado al cuello su destino, el perfeccionamiento de él depende exclusivamente de nuestra voluntad. Yo quiero que tú seas un hombre de

provecho para tu familia y para tu patria, y quiero, asimismo, que aprendas en la vida de tu padre cómo se puede forjar un hombre. Copia lo que yo pueda tener de bueno y no te dejes influir por mis defectos".⁴

En 1935 *EL PUEBLO INOCENTE* le abre las puertas de la Academia Mexicana de la Lengua. Dos años más tarde va a Brasil como Embajador de México. *LA VIDA INUTIL DE PITO PEREZ* es producto de estos años de ausencia de la patria (1938), y el pintoresco personaje es un escalón más en su carrera literaria ascendente. En 1939 lo trasladan, con el mismo carácter, a La Habana, en donde permanece, con frecuentes períodos intermedios de descanso en México, siete años, hasta 1945. En esta última época escribió *ANTICIPACION A LA MUERTE* (1939) y *UNA VEZ FUI RICO* (1942), y también en el mismo año edita *ROSTROS*, libro de discursos y ensayos.

Famoso gastrónomo, a pesar de todo prefería el sabor y el olor de los guisos michoacanos. El mismo asienta: ("Hoy" diciembre 27 de 1947) "mi mesa, según la leyenda, parece el puesto de una verbena nacional, surtida de tamales, antojitos y golosinas mexicanas..."⁵ Es inolvidable también el envío, en valija diplomática, de todos los ingredientes necesarios para preparar en un momento dado, y en cualquier ciudad europea o americana, una comida a la usanza de su tierra. Pero lo que le abría las puertas cordiales de cuantos lo conocieron, fue su sencillez, bondad y simpatía arrolladoras. Además de las exquisiteces de la cocina regional, aderezaba "con la salsa ingeniosa" de su conversación, todo platillo que se sirviera en su mesa, pródiga y abundante.

En 1945, a raíz de su regreso a México, tuvo varias comisiones oficiales, algunas veces muy cerca del Presidente de la República, a la vez que cuidaba la edición de

L

sus obras, ya en su propia editorial, ya en cualquiera otra. Por este tiempo completó la biografía de Pito Pérez, con un apéndice que llamó: *ALGUNAS COSILLAS DE PITO PEREZ QUE ME QUEDARON EN EL TINTERO*. (1945).

Un año después (1946), José Rubén Romero da un jalón a su prestigio literario al salir a luz una novela cuyo tema lo reintegra a la provincia: *ROSENDA*. Toda su experiencia de escritor, su mesurado estilo, su atinado aprovechamiento de unos cuantos elementos, hacen en *ROSENDA* una creación viva de esta mujer que llenó la vida del narrador de manera tan completa. Y también sirve el retrato de una mujer, su madre. *SEMBLANZAS DE UNA MUJER* (1941), para que se le franqueara el paso a la Academia de la Lengua, como académico de número. Rompiendo la costumbre establecida, el entonces Presidente, licenciado Miguel Alemán, asiste a su recepción y lo hace heraldo de su deseo de que México sea sede para un Congreso de Academias de la Lengua. José Rubén Romero, Genaro Fernández Mc Gregor y Alejandro Quijano forman una comisión que, por cuenta del Gobierno, fue a Madrid para hacer la invitación formal a la Real Academia Española en el sentido de que México fuera sede del Congreso de Academias.

José Rubén Romero tomó parte activa en la organización del mismo, pues su simpatía era necesaria más que nunca, y su sentido patrio y el amor por el terruño hacían que los congresistas llevaran una limpia impresión del pueblo mexicano, tan amado por él, como frecuentemente lo confiesa: "amé a mi patria con el sentimiento más puro, porque la amé de lejos. Cuanto miraban mis ojos, tanto deseaba mi corazón para ella: mi locura de amor inventaba regalárselo todo dentro de un estuche forrado de cielos".⁶

En su casa de la plazuela de Río de Janeiro, el 4 de julio de 1952, falleció José Rubén Romero de un ataque al corazón. Días antes había sufrido un infarto al pulmón, diagnosticado por el doctor Ignacio Chávez como grave. A pesar de las recomendaciones del facultativo, José Rubén Romero no guardó un sólo día de cama. Aprovechó ese tiempo para hacer visitas de despedida a sus amigos, presintiendo ya su viaje definitivo. Unas horas antes de su deceso, estuvo ocupado escribiendo éstos versos :

*Si volviera yo a nacer,
le pediría yo a Dios
que me hiciera
bueno de verdad,
humilde en las alturas
resignado en la adversidad
para poder decir al fin
lo que no puedo decir ahora:
Arrúllame, muerte,
en la paz de una dulce conciencia . . . ?*

Al morir ocupaba el cargo de Consejero de la Presidencia de la República.

Intelectuales, políticos, gente de sociedad, personas humildes, burócratas, todos rindieron homenaje al escritor desaparecido. José Vasconcelos rubrica su discurso de despedida con éstas palabras: su muerte deja un vacío en las letras nacionales, en las que fue portavoz del decir popular, tan rico pero tan disperso que solamente él supo reunir. Pertenece ya a la inmortalidad".⁸

Capítulo II

TEMAS

Los temas de las obras de José Rubén Romero gravitan alrededor de los recuerdos de su vida en la provincia: costumbres, tipos, paisajes, y sobre todo la escisión entre este mundo tradicionalista y el impuesto después del alud revolucionario, y que deja sembrados, en el ánimo de las gentes, resentimientos, miedo, inseguridad. Todo este fárrago de memorias ordenadas en varias obras, dan a José Rubén Romero el tema que obsesivamente lo persigue sin poder liberarse de él, so pena de caer en la superficialidad.

Cotija de la Paz es el punto de arranque en sus recuerdos que estructuran el tema de APUNTES DE UN LUGAREÑO. Sus gentes piadosas, que llegan hasta el fanatismo, hácenle la guerra a don Melesio, padre de José Rubén Romero, por sus ideas liberales.

Al dejar su pueblo vertiginosamente, sin tiempo para preparar el viaje "cobrando cuentas; malbaratando cosas, rematando muebles",¹ parece haber dejado en su alma infantil un rencor contra los "mochos", quienes así, abruptamente, sacaban a su familia, desarraigándolas, de su tierra. Y esa desconfianza lo sigue en el trayecto a México; cuando en el tren en que viajaban descubre a un sacerdote, se esconde, miedoso, al tiempo que dice a su madre:

— "¡Mamá, mamá, un cura viene siguiéndonos!"²

Un ambiente desapacible es el que ofrece la ciudad a los recién llegados: premuras económicas, desvíos del padre, dificultad para adaptarse rápidamente al medio escolar, y los sufrimientos que esta situación traía a su madre, sufrida y abnegada: "¿Que mi padre se presentaba sin traer el gasto, triste y rendido? Mi madre resignadamente decía a Vicenta, la criada viejecita:



—“Lleve usted este cuadro o estos cubiertos”.

Y la pobre mujer ocultaba las prendas debajo del rebozo regresando con unas cuantas monedas de plata que ponía en manos de mi madre”³

De regreso a la provincia, en donde ofrecieron a don Melesio la Prefectura de un distrito, Ario de Rosales abre sus brazos a la familia Romero, que vuelve muy pobre, pero optimista. Ahí José Rubén Romero comienza a escribir en un pequeño periódico “no más grande que un silabario de San Miguel”⁴ que fundaron al alimón, él mismo y Murguía Guillén, secretario de la Prefectura. Llamábase “Iris” este ensayo de periódicos, con la consabida presentación, notas sociales, avisos de ocasión. Una agrupación literaria de Morelia lo nombró socio, y allá fue José Rubén Romero, como él dice: “para conocer a mis hermanos de arte”.⁵

El domicilio de la sociedad literaria era “un tendajón miserable, parecido a todos los de mi pueblo; con su mazo de velas de sebo pendiente de una alcayata; su tramo de cigarros de “La Paloma”, torcidos a mano; el bocal de las patas en vinagre y el frasco empañado por el espeso rompopo”.⁶ El dependiente era el Presidente del Ateneo. Y poco a poco fueron llegando los miembros de la sociedad: Donato Arenas López, Alfredo Iturbide, Fidel Silva, y otros.

Anécdotas y sucedidos en que la sensualidad desbórdase incontenible, marcaron un derrotero a su adolescencia, y entre prácticas de esa naturaleza, la espiritual de hacer versos, la prosaica de saborear los antojitos que hacían en casa y vendían en los portales, acompaña también a su padre que deseaba conocer las necesidades de su distrito. Así, visitan las tenencias de Urapa y de Churumuco, Nuevo Urecho, La Huacana; y en viaje de pla-

cer hacia el mar, en dan una ojeada a Rancho Nuevo, la hacienda de la Playa, en donde un señor Cárdenas —muy devoto y ocurrente— todas las noches rezaba con sus empleados el rosario; en cada misterio les hacía beber una botella de cerveza y en la letanía, se brindaba con mezcal por la salud de todos los santos. Muy pocos sirvientes eran capaces de resistir estos ejercicios espirituales”.⁷ Otra hacienda, Cayaco, les brinda posada por una noche. Estancias del Marqués, hacienda de las Cuñas, Carrizal de Arteaga, hacienda del Veladero, y Playa Prieta, que constituyó un desencanto para el joven, quien enumera irónicamente los encantos de esta playa: “baños frescos, recolecta de conchas y caracoles, rastreo de huevos de tortuga, meditaciones contemplativas a la puesta del sol, caldo miche, churipo, noches de tarjeta postal arrulladas por el quejido desesperante de las olas. Todos decían que afuello era Capua, pero yo la verdad, estaba bien fastidiado”.⁸

“Cesante y sin cuartilla”⁹ don Melesio peregrina con su familia hacia Pátzcuaro, y el Jardín de la Colegiata presta su banca para que José Rubén lea cómodamente a Zolá, Queiroz, Mirabeau, Trigo, mientras se conseguía alguna colocación; y por fin se presentó una oportunidad de trabajar en la Notaría, haciendo escrituras, más indignado por los abusos que se cometían con los indios, dejó pronto el bufete, como dejó Mineral del Oro, antes de comenzar a ejercer la profesión de dependiente, cuando un providencial incendio acabó en un momento con la tienda.

Otra receptoría de Rentas, la de Sahuayo, fue para don Melesio una tabla de salvación, en donde el autor, mediante la ayuda de un pariente rico, pudo conseguir el empleo de administrador de las Rentas del Timbre,

“con treinta pesos escasos al mes”.¹⁰ Jiquilpan, vecino de Sahuayo, en donde vivían algunos parientes de Romero, es visitado por este, y en los dos pueblos, acaparan el interés sentimental del autor varios pares de ojos femeninos, tras las ventanas enrejadas. Tras esos ojos, hay siempre un cancerbero. El de Sahuayo consiguió ver libre la reja de su casa, cuando, por influencias en el Gobierno, “mi padre recibió la orden perentoria de entregar la oficina trasladándole a un punto distante de Sahuayo”¹¹ nos dice: y [Santa Clara del Cobre] fue el nuevo destino. “El tronco de mulas retintas paróse, en seco, junto al zaguán de nuestra casa y bajamos rodeados por la curiosidad huraña de la chiquillería. Casa humilde de puertas desvencijadas y pisos cuarteados, que yo desde luego, recorrí para conocer nuestro nuevo albergue”.¹²

[Conocieron poco después a don Salvador Escalante, nuevo subprefecto, quien junto con don Melesio y unos cuantos librepensadores más, se pronunciaron contra el gobierno, arrastrando gente a la rebelión, hasta formar un conjunto disímbo e indisciplinado aún]:

—“¡Viva Francisco I. Madero! gritaba Escalante seguido por un grupo de gente armada de pistolas y de viejas carabinas cuarentonas, heterogénea mezcla de armas que podría servir para conocer la procedencia de cada individuo. Los habitantes de poblado usan generalmente pistolas, como un objeto fácil de esconder; los campesinos, en la soledad de los ranchos, escopetas venaderas o carabinas”.¹³ Y por el camino de Opoeco salió la columna rebelde. Ario de Rosales se les entregó alborozadamente, y siguieron con ánimo de que Tacámbaro fuera la puerta que les diera acceso a tierra caliente. Recepciones entusiastas en Pátzcuaro, y una nutrida comisión de Morelia, compuesta de elementos destacados,

José Ortiz Rodríguez, Pascual Ortiz Rubio, Manuel Ibarrola, Felipe Castro Montañó, Alberto Oviedo Mota, Enrique Ortiz Anaya, Felipe Iturbide, etc., fraternizan con la mal organizada tropa.

Administrador y receptor de Rentas en Santa Clara son ahora, respectivamente, don Melesio Romero y su hijo Rubén, este último decidido silvista cuando el doctor es postulado para Gobernador de Michoacán, y a quien acompaña en su gira política por el Estado. Al ganar las elecciones, Romero labora a su lado como secretario, hasta que después de la decena trágica el doctor Silva, abrumado por el dolor que le causó la muerte de Madero y por el comportamiento arbitrario de Huerta, busca un sustituto y deja el Gobierno, yendo a radicar a México.

“La Cámara designará Gobernador al general Dorantes y ustedes quedarán con él, porque es amigo”.¹⁴ —dice a Romero el doctor Silva, al salir de Morelia. Así fue. Pero la abierta simpatía por el silvismo perdió a Dorantes, quien fue substituído por otro general: Alberto Yarza”. A su llegada al gobierno de Michoacán, hubo gran revuelo de porfiristas y clericales, creyéndose que con el cambio íban a obtener una situación privilegiada. Se engañaron de medio a medio. Yarza no molestó a nadie ni se prestó a servir de instrumento de ningún partido”¹⁵ Esto descontentó a Huerta, quien puso en su lugar a Jesús Garza González, con fama de matón. En la lista negra que este general traía aparecía el nombre de Romero, como decidido silvista. Y el éxodo a la ciudad de México fue obligado, como obligado fue al regreso, después de haber gastado bonitamente el dinero de que disponía. Llega a Morelia y es identificado por un agente de Garza González, quien lo hace aprehender a las pocas



horas. La angustia y el miedo hacen presa del narrador otro día, cuando en la madrugada lo sacan del cuartel y lo conducen rumbo al cementerio, sitio acostumbrado para las ejecuciones.

—“¡Dígame a dónde me llevan! —clamaba con voz de angustia, dirigiéndose al capitán.

—¿A dónde lo hemos de llevar? A quebrarlo por malhora —contestó un soldado—¹⁶ Y la desesperación del condenado a muerte hace un rápido análisis: “No me siento culpable de ningún crimen . . . busco en vano en mi vida una razón para que el destino se porte conmigo de tan cruel manera. ¿He sido malo? Quizá, pero no para que mis días se trunquen en una terrible tragedia. Mis veintidós años han dado su fruto normal. He incurrido solamente en los pecados de la juventud, con sus dosis de pequeñas vanidades y de buenas ambiciones. La sensualidad me ha llevado a cometer actos reprobables, pero de ellos sólo me pueden acusar algunas mujeres crédulas y buenas; jamás he traficado en odios y mi corazón ha sabido compadecer y perdonar, acaso con exceso”¹⁷

Sin la intervención de Luisita Vélez ante el gobernador, la sentencia de muerte se habría cumplido. El padre va a recogerlo, vivo, al panteón, como milagrosamente resucitado.

El tema es sencillo, bien llevado, limpio.

APUNTES DE UN LUGAREÑO señala el comienzo de su obra, tenida como la que mejor maneja los temas pueblerinos que tan bien conoce y tan cumplidamente expone.

En "Breve historia de mis libros", José Rubén Romero nos dice que *DESBANDADA* es una sucesión de cuadros que conservé en la memoria fidelísimamente, como un recuerdo de los cinco años que viví en Tacámbaro, generosa y dulce tierra de promisión. Mi vida allí fue buena".¹⁸

Verdaderamente, Tacámbaro es actor, decorado y tema en *DESBANDADA*. Dentro de su recinto geográfico, descrito cordialmente por el narrador, desfilan gentes, se venden y compran cosas, se chismorrea, se reza, se ama; todo esto que presupone una disposición de simpatía, —pues todo se hace en compañía de los demás—, propicia el tema de la obra. Hasta en la huída del pueblo, cuando Chávez García entra en él haciéndolo su víctima, las gentes emparentan su pavor, aunan sus temores para, en masa, escapar del peligro. Quizá esta actitud extravertida hace que José Rubén Romero, de suyo sociable y conversador, encuentre más amable la vida en Tacámbaro que en otros lugares, y que su nostalgia lo haya escogido como tema para *DESBANDADA*.

Después de situarnos a Tacámbaro geográficamente con sus cerros guardianes, sus huertos, paseos, calles, plazas, tiendas, portales, casas, familiares, sirvientes, parroquianos, describe a las personas que, en alguna forma, han contribuido a darle carácter al pueblo, al cual llega desilusionado y mísero. Su primera visión de Tacámbaro aliéntalo, haciéndole cobrar de nuevo esperanzas: "Las casas del pueblo apretábanse a mis pies como un rebaño de ovejitas sesteando bajo los aguacates, y las grises montañas de Tierra Caliente me dieron la impresión de dromedarios que caminaban en un lejano desierto..."¹⁹

Cuando Tacámbaro es ubicado, contorneado, descrito por dentro y por fuera, con sus celebraciones de

Navidad, qué es motivo para que doña Praxeditas componga su nacimiento; con su lista interminable de apodos, adjudicados con gran ingenio; cuando ensalza la memoria de María la del Hospital y se quita el sombrero ante Remigia, una ola de terror ensombrece al pueblo. Y al preventivo grito de: ¡Ai vienen! detiéndose la actividad dominguera para huir despavoridos.

—“Bueno, pero ¿quienes son los que vienen?”

—Pues ¡quienes han de ser, compadrito! Inés y los hermanos de lo ajeno. Lo más granado de la Revolución. Esos inocentes angelitos que, según usted, todo lo merecen por pobres y que ya no se molestan en trabajar ni en pedir nada, ¡que para algo traen la carabina en la mano!”²⁰

El desenfreno al cobrar el botín, al destrozo y el incendio de los pueblos que acometían, la bestialidad de los instintos desatados, eran los apresurados comentarios de los parroquianos: “Mi tienda fue llenándose de curiosos que comentaban la noticia, unos asegurando que Inés había tomado el rumbo de Quiroga, y otros haciendo crónica espeluznante de sus incursiones por los pueblos vecinos, para más entullirnos el ánimo, ya de por sí tan apocado”.

—En Villa Morelos colgó un vecino de cada pilar de la plaza y les prendió fuego, como Nerón a los cristianos.

—En Coeneo cortó las plantas de los pies a los prisioneros, y así los hizo andar por los caminos pedregosos.

—Dicen que trae un verdugo a sueldo que ejecuta las sentencias, y para no gastar el parque, sacrifica sus víctimas a puñaladas.

—También carga con un invertido que impone tormentos— sodomitas a los plagiados”.²¹

La descripción del ataque a las mujeres fue horroroso, y muchas encontraron la muerte, antes de caer en manos de la horda de salvajes, como sucedió en Cotija:

—“¡ Cuántas atrocidades sin castigo! —exclamó Pe-
rea.

—Y un rasgo, sublime en su sencillez: el párroco de mi tierra, después de que los chaviistas abandonaron el pueblo, convocó a todos los varones, y con patético acento los exhortó a que se casaran con las mujeres ultrajadas. “Uníos en el dolor, les dijo, y haced de nuestra desgracia, más que un dogal, una aureola”. Y en el término de tres días, todas las solteras de Cotija encontraron esposo, lo mismo las ricas que las pobres, igualmente las feas que las bonitas.

El curato fue el lugar que el narrador pudo alcanzar para ocultarse, ya cuando los chaviistas entraban al centro del pueblo, y la cripta del altar mayor sirvió de escondite a varias personas, como a las Galardo, muchachas guapas miradas codiciosamente por José Rubén Romero, al pasar por su tienda. “Aseguro y afirmo que, acomodado entre ellas, no me acometió ningún mal pensamiento y que mi carne pecadora nunca estuvo más tranquila que entonces, no obstante el calor que emanaba de aquellos cuerpos jóvenes y altivos, apretados inocentemente a mis piernas. El miedo es sedante, es humilde y es casto”.²²

Más tarde, la voz conmovida de un sacerdote rezaba desde el púlpito la letanía:

Mater Salvatoris...

Consolatrix afflictorum. . .

Nadie le respondía. Solamente, a lo lejos, escuchábanse tiros aislados, contestando a las oraciones piadosas con su blasfemia salvaje".²³

Saliendo entumido del escondite, el autor encuentra a su madre medio loca de miedo. Su padre había sido aprehendido; Aurelia, aquella criada fiel había sido sacrificada por los chavistas; la tienda, desmantelada; a culatazos destrozaron todas las macetas con la esperanza de encontrar en ellas alhajas o dinero. Los colchones fueron desfundados a punta de cuchillo,²⁴ hasta las cartas de amor rodaban manchadas por el suelo. De una manotada habíase derrumbado todo lo que con tanto sacrificio se levantara.

Y por fin el éxodo se impone, dejando tras de sí un montón de ruinas.

[Patéticamente, José Rubén Romero relata esas experiencias sufridas en Taçámbaro. Realista, fotografía la angustia, el terror de la depredación, y lo hace con tal acento de verdad, que el tema así tratado nos hace reconocer que José Rubén Romero no tiene que imaginar tramas complicadas, porque como dice González de Mendoza, José Rubén Romero "hace obra de arte con la materia prima riquísima, inagotable, que le brindan sus experiencias, sus recuerdos placenteros o melancólicos, lo mucho que ha visto y escuchado".²⁵]

El tema de *EL PUEBLO INOCENTE* se reduce a contar la estadía de Daniel, —un estudiante— en Ario de Rosales, durante un período de vacaciones. Desde el día que llega hasta el de su regreso a la ciudad, lo acompaña la amistad de un viejo ladino y taimado que regala al muchacho su experiencia como la mejor escuela. La

tibieza del hogar que lo recibe después de un año de ausencia es un dulce regazo a donde Daniel allégase confiado. "...los padres de Daniel estaban cluecos con el hijo, tan hábil para hacerles carantoñas cuando tenía que imponerles un préstamo forzoso. La madre todo lo disculpaba y lo reía, y a cambio de tan infinita indulgencia, el chico llenábala de piropos y besos, cantándole alabanzas de enamorado..."²⁶ y por los corredores de la casa, Daniel desparrama su alegría de pájaro libre. "El padre, a veces, pretendía enfrenar tan impetuosa juventud, mas pronto renunciaba a ello, rendido por las súplicas de la madre:

—"!Déjalo que alborote! Para los pocos días que lo tendremos aquí!"²⁷

Daniel estaba a sus anchas durante las vacaciones, pues todo mundo lo mimaba; hasta las gentes más humildes guardaban algo de fruta de la huerta, para cuando el estudiante llegara. Como una sombra protectora don Vicente, con su experiencia de la vida, va tras él, esquivándole peligros.

Curiosamente, va indagando las novedades que hay en el pueblo, y al ver pasar a dos muchachas desconocidas:

—"¿Quiénes son éstas? —preguntó Daniel dejando de chupar el cañuto amarillo y delgado que saboreaba concienzudamente.

—Las sobrinas del nuevo párraco, en compañía de la madre, que es una vieja malmodienta y gruñona.

—¿Cómo se llama la trigueña?

—Esther.

—¿Y la alazana?

—Sara.

Cuando pasaron cerca del grupo, la vieja enseñó los dientes como can que defiende un hueso.²⁸

Estas dos jóvenes habrían de tener, poco después, un puesto especial en la vida de Daniel: Esther como novia; Sara como mujer. Hubo para la primera la clásica misiva declaratoria, que por espacio de ocho días estuvo sin respuesta. Por fin, Daniel pudo leer esto:

“Señor:

Carezco de las cualidades que Ud. se merece y por lo tanto no puedo corresponder a su declaración.

Que no lo vea mi padrino el Sr. Cura porque nos regaña mucho.

Su S. S.

E.”²⁹

Desalentado, Daniel confiesa a don Vicente la negativa de Esther. El viejo, que mucho había visto y oído, aclara la situación:

—“No te da el sí, pero tampoco te dice que no. Danielito, no te apures: de otro hachazo cai el palo.”³⁰

Sabiduría campirana y certera, puesta a disposición de Daniel.

Sin embargo, Sara interponíase entre su hermana y el estudiante al entregar a éste una carta en donde le confiesa un amor apasionado, pero temerosa de no ser correspondida:

—“...quisiera oír de sus labios que no me desprecia y que perdona mi audacia. Si no me niega este fa-

vor, podríamos vernos a las doce de la noche, para que fuera muy reservadamente, en el templo que está en compostura... Confío en su reserva y pongo mi reputación en sus manos.

q. u. s."³¹

La vanidad hizo presa de Daniel y siguió la aventura, que pudo traer graves consecuencias. La vigilante solicitud de don Vicente lo libró de caer en la trampa que Sara le tendía.

—“Una cosa te diré y es ésta: el surco pide riego y no olvides que el que siembra levanta. Tú, ándate con cuidado...”.³²

Con esta y parecidas intervenciones el viejo ponía sobre aviso a Daniel, inexperto y sensual. La presencia constante de don Vicente hizo que Daniel se contuviera, y al finalizar el período de vacaciones, pudiera pensar en el regreso sin llevar en la conciencia una carga más pesada, a pesar de que Sara “desafiaba al hombre con su natural impudicia o que, por inocente, no temiera el peligro”.

Daniel sufría entre el deseo de abandonar los estudios y quedarse, o desarraigarse del pueblo para regresar a la capital; y sus padres, sabiendo esta lucha, con razones lo convencieron de lo segundo.

—“Aplicáte, Daniel; son ya muchos años de escuela para no aprender más que a hacerte el ñudo de la corbata. Y no malgastes el dinero con los amigotes en meriendas y en tonterías. Entrégalo al rector, cuando llegues, para que sólo le pidas lo que te haga falta”.³³

Así, entre lágrimas, caricias y recomendaciones, Daniel dejó Ario de Rosales.

Al poco tiempo, recibe en México la visita de su amigo Alfonso, y entre las noticias frescas del terruño, saltó de repente ésta:

—“Hombre, Daniel, te contaré también un chisme que por carambola te llega. Algo de una parienta política...

—¿Y qué es ello?

—Poca cosa. Que tu cuñadita Sara, la sobrina del señor cura, ha dado un resbalón tremendo. Daniel se puso pálido y sus labios no pudieron articular palabra.

—Pues como te iba diciendo: la chica está embarazada, y de un cura también, para que todo quede en familia...”³⁴

Comprendió Daniel entonces lo que Sara pretendía con aquellas insinuantes citas, ella a medio vestir y provocando el deseo del joven.

Una rabia sorda puso lágrimas en sus ojos, al comprobar que únicamente su vanidad de hombre lo puso al borde del precipicio.

Y la resaca de las malas pasiones llevó a los labios de Daniel palabras impregnadas de despecho:

—¡Somos un pueblo de inocentes, Alfonso! Nos roban y besamos la mano que nos quita lo nuestro; nos escarnecen, y aún encontramos medios de que se glorifique al escarnecedor. Nos humillan y sonreímos cobardemente; nos hieren, y olvidamos el golpe aunque la cicatriz perdure. Vivimos deslumbrados por el oro de las casullas y de las charreteras. ¡Barilla, pura barilla! Labramos ídolos de todo, y sin mirar que nuestros dedos guardan la huella de su mísera arcilla, nos posternamos a adorarlos. Pero un día llegará...”³⁵

Y el pueblo inocente llora en los ojos de Daniel su amargura.

Ceñido el tema a una circunstancia, limitado a un pueblo, en un período de tiempo determinado, José Rubén Romero hace con él una obra bien acabada, coherente y humana.

En *MI CABALLO, MI PERRO Y MI RIFLE* el tema es el despertar de un pueblo débil, feo, latoso, simbolizado por Julián, la primera figura; la adolescencia esclavizada, y el desemboque de la madurez en la revolución, que lo burla también. El tema es amargo, pues la desesperanza final señoréalo todo. ¿Sería consciente en José Rubén Romero simbolizar así su pueblo escarnecido? En ninguna parte he podido encontrar una nota al respecto, ni en el mismo autor. Pero ¿no podría decirse del pueblo mexicano lo que se dice de Julián: “un hombre que por no haber obtenido nada de la vida todo lo envidió?” (José María González de Mendoza).³⁶

Cuando pequeño, todos decían de él: ¡pobrecito riño! por ser desgarrado, impertinente, sin gota de gracia. Cúidalo una persona como doña Concha la Reyes, la ignorancia y fealdad personificadas. Sus padres, —una conjunción feliz— es lo único tierno y amable en el tema que nos ocupa, y evoca a su progenitor dulcemente “sin la molestia de un regaño o de un azote que pudiera acibarar su recuerdo”.³⁷

Sin embargo, temiendo que su débil estómago no resista las confituras, niégasele también ese placer: “pasábamos por el portal y yo lamía con los ojos los dulces de las vitrinas, saboreándolas espiritualmente, pues en vano las pedía a mi madre:

—Quiero tejocotes cubiertos.

—Te hacen daño.

—Quiero palanquetas de nuez.

—Te hacen daño.

—Quiero . . .

—¡ No pidas más, hijo mío, que todo te hace daño!.³⁸

Así, todo se le negaba, y apenas reponiéndose un tanto de las fiebres hécticas, otra calamidad más le cae encima: la parálisis infantil. Diagnosticada la enfermedad, doña Concha la Reyes aplícale las medicinas, tomando para sí la mayor parte.

Nada podía ser suyo exclusivamente, ni las medicinas siquiera.

Hubo que aprender de nuevo a caminar, y después de estar meses confinado en la casa, rodando por los rincones, pudo dar unos pasos. “Al salir a la calle, el pueblo me pareció una gran ciudad; un enorme palacio la casita de dos pisos que ocupa el telégrafo; el sol una cosa nueva, y el cielo algo que nunca había visto”.³⁹

Al ir al colegio, su antigua cojera, que todavía dejaba rastros en sus articulaciones, fue tema de burlas de los compañeros, “los niños más decentes del pueblo”, que dijera su madre.

Y un nuevo sufrimiento fue el asistir a clases, donde un maestro convenenciero no hizo nada por ayudarlo, todo lo contrario.

Rencor es lo que va acumulando el pequeño Julián, hasta que, providencialmente, es expulsado del colegio. Su madre, gritando enojadísima, le da la grata noticia:

—“No volverás más a esa escuela, Julián, pues ¡no dice el maestro, en este papel, que eres un hereje y que ofendiste al Señor Obispo, pisoteando en el suelo no sé qué cosa destinada a Su Señoría!”.⁴⁰

“Mucho de huraño y de triste”⁴¹ hay en la vida de Julián adolescente. La soledad, la falta de un compañero de su edad, hicieron de él un muchacho retraído, desconfiado, resentido. Ayudaba a su madre viuda a cuidar la hacienda.

—“Julián, saca las vacas a la calle; Julián, pesa dos cargas de panocha; Julián, arregla la lista de la raya; Julián, mira si hay bagazo para la caldera...”.

Y allá va Julián, de un lado para otro, con sus pantalones de dril arriba de las espinillas, a pesar de sus catorce años bobos, su chamarra que apenas le llega al ombligo y un sombrero de zollate que el polvo y el sudor barnizaron de negro.

Falta de libertad, de cosas que hacen amable a vida, de trabajo y de compañía apropiada, hacen de este Julián un ser antisocial. Cuéstale trabajo la convivencia, y en la soledad encuentra cauces donde desfogar su sensualidad, exacerbada por la ectura, hasta la madrugada, de cuanto libro caía en sus manos.

Hasta doña Concha de Reyes se da cuenta de la situación del muchacho, pues dice a la madre:

—“Julián ya es un hombre, señora, y hay que soltarle las riendas para que conozca el mundo”.⁴²

En un momento, sin planearlo siquiera, sin pensarlo, sin desearlo, se ve comprometido a casarse con una mujer de la edad —unos cuantos años menos— de su madre.

Todo impuesto por el impulso, por el dejarse llevar sin medir ni meditar consecuencias. Y empieza para él la vida de casado sin amor, quizá con un poco de rencor hacia la mujer que así le ponía una cadena más.

Todo su descontento bullía incontenible cuando apareció doña Concha la Reyes y soltó la noticia con esa tranquilidad con que los viejos dicen las cosas más graves:

—Por ahí viene la revolución. Acabo de oirlo a unos señores que platicaban en la botica.

“Yo sentí como si un cohete de luces hubiera reventado dentro de mi pecho; una emoción transparente que desplegaba ante mis ojos bellos y desconocidos panoramas; una alegría de juventud nunca sentida; un impulso de potro salvaje que rompe el freno y echa a correr sin rumbo y a saltar sin cordura”.

Tenía que ser. [La esperanza de un cambio espoleó también al pueblo, y lo llevó a la revolución.] Julián postergado, esclavizado, triste, veía una puerta de escape. Por ahí salió, con el propósito de gozar de lo no gozado, de tener lo que se le había negado, y de la casa del Rey de Oros, el avaro del pueblo, saca un hermoso cabello que le hace compañía durante la revolución. Y camina con la improvisada tropa, conviviendo —ahora sí— con los soldados rasos.

Si sufrieron descalabros, también ellos hicieron bajas. “También nuestros proyectiles abrieron en las car-

nes enemigas grifos de sangre y de dolor. Mi rifle no se contentaba con herir, o matar: insultaba iracundo y sus estampidos parecían fuertes blasfemias que rebotaban en los progenitores de cada pelón".⁴⁵

Va, idealista, sufriendo hambre, miserias, y por último recibe heridas de balas que lo dejan moribundo, acompañado, de un perro fiel que lo sigue a todas partes. Los Rafaeles, una familia en donde padre, madre e hijo llevaban el mismo nombre, salieron a buscar al muerto, para evitar que los coyotes despedazaran el cuerpo, cuando vieron llegar un caballo solo al rancho:

—“¡Te vaciastes, muchacho! ¿Onde tienes la descosida?

—En la pierna derecha y no puedo moverme.

—Pues ándale, Rafail trai alguna cosa para que carguemos con el herido, y dile a tu mamá que aprevenga las medicinas".⁴⁶

Los Rafaeles fueron para Julián un puerto de salvación. Después que curaron sus heridas vuélvese a buscar a sus compañeros rebeldes. Un arriero le da esta razón:

—“Son más de quinientos. Están en una tapada de gallos y festejan con música el santo de uno de los jefes. “Caminé más confiado por aquella zona, que yo sabía propicia a la revolución, y al atardecer llegué a la hacienda, en medio de los cordonazos del arpa y de los quejidos tristes de los cancioneros".⁴⁷

Hubo desilusión cuando, a su regreso para unirse a la columna rebelde, los que habían sido sus amigos

dejaban de serlo, ensoberbecidos por algún ascenso. “Decididamente las jerarquías acaban con todos los lazos, con los de la amistad, con los de la gratitud, y hasta con los de la familia”.⁴⁸

Mas de pronto aparece Ramiro, el peón del molino, con la noticia de que la madre de Julián está grave. Regresan los dos al pueblo, en donde Julián vela a su madre muerta, desde lo alto de un tapanco.

Y cuando después quiso besar a su hijo, éste le vuelve la espalda, sin reconocerlo en aquellos andrajos. Y vuelve de nuevo a la lucha: “Al llegar la noche abrí la puerta del corral y salí con mi perro. Una luna amarilla, color de bilis, nos miraba con malos ojos. Bajamos por las calles más solitarias para ganar las huertas, y bien pronto mis pies volvieron a sentir la hosquedad de aquel largo sendero, con mis trazas de mendigo, mi bordón de mendigo, mi perro de mendigo. Más ¿qué importaba? Pordiosero era ya que iba a rodar por los caminos pidiendo caridad de amor...”.⁴⁹

Y después de todo, cuando la euforia del triunfo los hace desfilar por las calles de Morelia, su desilusión y amargura no tiene límites cuando ve, en el balcón de palacio, acompañando al Gobernador, al Rey de Oros, don José María, vitoreando a los rebeldes triunfantes. Todo se derrumba interiormente hasta culminar el dolor con la muerte accidental de su perro, al disparársele el fusil. Y queda solo Julián, solo y desencantado, “y aquella risa que oí otra vez en el delirio de una calentura salió de la boca de mi rifle: —Je, je, je— como un responso cruel, irónico, sarcástico, a una grande ilusión muerta en mi pecho repentinamente...”.⁵⁰

El tema de esta obra, *LA VIDA INUTIL DE PITO PEREZ* la más difundida y conocida de José Rubén Romero, y como lo explica su nombre, es la vida perdida en aventuras y peripecias de Pito Pérez, un borrachito gracioso y truhán, amigo de la conversación, amargo y resentido. Toda su vida la pasa en vagabundeos por los pueblos de Michoacán, empleándose esporádicamente como ayudante de sacristán en su pueblo, (Santa Clara del Cobre) de donde salió repentinamente después de robar las limosnas del templo, aunque Pito Pérez no llegó a gozar de una sola moneda del cepo, pues Melquias Ruíz, apodado San Dimas, sacristán de la parroquia, las exigió para sí, después que lo instigó al robo, insidiosamente.

—“Mira, Pito —me dijo San Dimas— qué suerte tiene el Señor del Prendimiento y con cuánto desdén recibe las dádivas de sus fieles para que luego el señor cura las gaste en su propio provecho. Ya oiste que quiere hacer un viaje a Morelia para comprarse con todo lo que caiga de limosnas en estos días, un mueble de bejuco. ¿Qué te parece si nosotros madrugamos al cura y le damos su llegón a la alcancía?

San Dimas me convenció sin mucho esfuerzo. El tenía cierto dominio sobre mí, por ser de mayor edad que yo y por sus ojos saltones que parecían de iluminado. Agregue usted a esto que mis teorías sobre la propiedad privada nunca fueron muy estrictas, y mucho menos tratándose de bienes terrenos de los santos, que siempre me imaginé muy indulgentes con los menesterosos, y, además, sin personalidad legal reconocida para acusar a los hombres ante los tribunales del fuero común”.⁵¹

La cólera del sacerdote y el disgusto de los fieles, fueron las razones que lo hicieron huir, hasta llegar a Urapa, colocándose como "mancebo de botica". Ahí recibió adiestramiento del Sr. Jiménez, dueño de la farmacia, quien le decía:

"Los médicos recetan cosas raras, sobre todo si no tienen un tanto por ciento en nuestras boticas, pero la farmacopea nos ayuda a defendernos de su artimañas, acaso en beneficio de la humanidad, puesto que, simplificando las medicinas matamos menor número de personas. Aquí donde me ves, yo he ahorrado muchas vidas y algún dinerillo para mi regalo, haciendo pócimas de simple jarabe y píldoras de inofensivo almidón. Aprende, Jesús sigue honradamente mi ejemplo y gozarás de una conciencia tranquila y de una bolsa satisfecha".⁵² Siguió Pito Pérez al pie de la letra los consejos de su patrón, hasta que doña Jovita, la esposa del boticario, se interpuso, con su dolor de costado, en el camino de Pito Pérez, siendo las intervenciones de éste para aliviar a la mujer, muy mal vistas por el marido. Tuvo que huir, hasta llegar a La Huacana, en donde pudo subsistir unos días, contando chistes y aventuras a un rancho pseudo, hasta que se le agotaron los temas de sus pláticas.

Rondando por el mercado, pasó frente a la iglesia y siguiendo un impulso, entró. Encontró al padre Pureco, oriundo de Santa Clara del Cobre, y entre contarle de la familia que aún tenía allá, y arreglarle los sermones para que las citas en latín impresionaran a los fieles, pasaron muchos días. El padre Pureco equivocaba las citas, escritas en unos papelititos por Pito Pérez, para mayor comodidad al decir el sermón.

-“Equivocó usted los papelitos, padre, y llamó borrachos a los fieles —decíale yo cuando descendía del púlpito.

—No importa, Pito, antes les decía peores cosas y no se daban por ofendidos”.⁵³

Salió de aquella casa, sin embargo, cansado de la poca libertad que tenía para emborracharse, y “las fiebres intermitentes que lo dejaron más pálido y flaco aún, no sin quitar, a la pasada, unos milagros de oro a la Virgen de la Soledad” para llevarlos de recuerdo de tan bella imagen, pero muy a mi pesar, tuve que venderlos en el camino. Puedo, pues, afirmar a los incrédulos que he palpado milagros patentes y aún he vivido de ellos”.⁵⁴ Regresó a Santa Clara, ya obscurecido, para no llamar la atención de las gentes. Muchas son las marrullerías de que se valió para poder beber de balde, sin que para esto fuera obstáculo el poner en su predicamento a la Virgen de la Salud de Pátzcuaro.

Desengaños amorosos tuvo Pito Pérez: Irene, Chucha, Soledad, todas lo abandonaron.

Cárceles y hospitales fueron su refugio seguro, en donde tuvo oportunidad de tratar y convivir con magníficas personas, haciendo ahí buenas amistades. Tancitaro acogió a Pito Pérez en su cárcel, después de gritar “¡Muera el cura Hidalgo!” aunque aclaró con sorna “mi grito para nada influyó en la muerte de tan preclaro varón, definitivamente fusilado un siglo antes de que yo lo proclamara”.⁵⁵

Opopeo le dio el mismo tratamiento al sorprenderlo en el púlpito de la iglesia del lugar cuando catequizaba a las gentes animándolas para que ayudaran a las

misiones en el Japón. Para esto, una sotana de su hermano Joaquín prestó su debido servicio.

Las cárceles de Morelia, Yuriria y Jiquilpan también conocieron a este huésped, por diversas truhanerías.

En el hospital de Morelia el delirium tremens' lo hizo su víctima, y extrajo el esqueleto de una mujer. El la llamaba "La Caneca" con quien contrajo extrañas nupcias.

Terminó su vida en un basurero, muerto después de una borrachera, apenas vestido con un pantalón roto y una chamarra sucia.

En sus bolsillos, el testamento a la humanidad, un amargo reproche para todos los hombres, a quienes hace responsables de su desgracia.

UNA VEZ FUI RICO es un tema tocado por encima, con sólo apariencias. Es el tema ciudadano, arisco a la pluma de José Rubén Romero. Relata la vida de un empleado, un burócrata sin nada de extraordinario que encuentra una fortuna en la caja fuerte de su padre, la derrocha entre mujeres y lujos, hasta llegar a la miseria. Para ganar el sustento acepta un trabajo lejos de la ciudad, en el sureste.

La vida del empleado, arisco al trabajo y amigo de la conversación, es el tema en la primera parte de esta obra.

¿Y yo,? podía aspirar a más que a conversar con Rosa, con Josefina o con Luz y a leer mi periódico, desplegado insolentemente sobre la mesa, sin temor de que el jefe me interrumpiera con un timbrazo inoportuno?

Conversaba con los compañeros relatándoles mi vida y milagros y otros hechos hijos de mi ficción, y paseaba por los corredores del edificio mirando y deseando a las mecanógrafas".⁵⁶

El Ministro, con voz de trueno para los subalternos y meloso con los poderosos, encarga al narrador una historia en la cual sería el señor Ministro el personaje central.

Ahogado por un sinnúmero de necesidades, acepta el encargo, pero al encontrarse la fortuna que su padre muerto dejara, su estado de ánimo cambió, y de humilde con los compañeros, una cierta altivez hacía que ostentara su reciente fortuna. Renunció a su puesto, a pesar de que "tres o cuatro días después el Oficial Mayor llamóme a su despacho para rogarme de parte del Ministro que retirara la renuncia, agregando que a tan alto funcionario le agradaba mucho mi estilo.

—Pero a mí no me gusta el de él —repuse con aspereza.

—El señor Ministro le ofrece dos mil pesos al acabar un encargo que le tiene hecho.

—Dígale usted que yo le doy a él la misma suma porque no se acuerde más de mí.

El Oficial Mayor me miraba desconcertado, mientras yo salía de su despacho, taconeando orgullosamente".⁵⁷

Y empezó la tarea interminable de escoger automóviles, trajes, sombreros y bastones; de encontrar una casa digna de su fortuna, muebles adecuados, como para un regimiento, así era la cantidad. "Como no podíamos instalar tanto escaparate y tanta vitrina en el

reducido espacio del comedor, tuvimos que guardar las piezas sobrantes en los aposentos de la servidumbre".⁵⁸

Ninguna empresa financiera era bastante digna para él.

Proyectaba jugar a la bolsa comprar acciones de bancos, de minas, de petróleos, pero no pensaba ya ni remotamente en practicar buenas acciones".⁵⁹

Frecuentó sitios exclusivos para la aristocracia, para los intelectuales destacados, para los millonarios, como apropiado marco a su opulencia. Y en el teatro "veíanme siempre a mí, atornillado en butaca de segunda fila, con mi bastón de puño de ámbar, y mi perla, como un ojo de besugo muerto, clavada en la corbata.

—¡Una perra chica para mis churumbeles! —gritaba la Conesa. Y yo, noche a noche, extraía de la bolsa un "centenario", y lo dejaba caer, con aires de gran señor, en el panderero de María".⁶⁰

El juego, más que por la ambición de ganar, por el de exhibición, fue otra de sus obligaciones sociales, y las innumerables amantes, una para cada día de la semana, llenaban sus horas de rico despreocupado y fanfarrón. Y conmenzó a referir viajes a Europa, a la Costa Azul, Italia y España. "A mí me avergonzaba confesar que mis viajes nunca rebasaron las fronteras de mi provincia y que mi Costa Azul había sido Chapala; mis lagos suizos, el de Pátzcuaro y el de Zirahuén; Morelia, mi Roma lexítica y legendaria, y Tacámbaro mi París, con su Sena rumoroso —el río de San Miguel— y su barrio latino —el de la Campana— en donde las grisetitas de zagalejo deshojaron el botón de mi castidad".⁶¹

Hasta que llegó el derrumbe, y el día en que “para saldar deudas de juego, vendí coche, los muebles y cuanto había en la casa”.⁶² Todo acabó así, hasta quedar sin poder comprar el pan diario. Desesperado, va a una funeraria a devolver el ataúd que había escogido para su cadáver. El nacimiento de un hijo en esas amargas circunstancias fue el resorte que lo hizo aceptar un puesto en Laguna del Carmen. Sin embargo, los “piecillos rosados se movían alegremente dentro de mi pecho, como si a mi corazón, de pronto, le hubieran nacido alas...”.⁶³

El tema no es muy apropiado ni muy dócil para José Rubén Romero, hecho ya a tratar los de la provincia. No ahonda ni señala camino alguno, se queda un poco en la superficie, rozándolo.

ROSENDA aborda el tema de una muchacha campesina, analfabeta, aunque con natural inteligencia, que abandona la casa paterna por casarse con Salustio, quien a última hora se arrepiente. Quien va a pedir la mano de la muchacha —el narrador— encuéntrase con que Rosenda no puede volver al hogar, y la entrega a una viejecita (doña Pomposa) que vendía ropa en el portal, para que en ella encuentre un apoyo y un lugar donde vivir mientras las cosas toman su cauce.

Inconscientemente, sin quererlo casi, el narrador va dándose cuenta de las necesidades de Rosenda, y ve con naturalidad el cubrirlas. “Y no preguntaba yo cuándo terminaría aquello, ni si pensaba irse o quedarse la muchacha. Atendía a su sostenimiento, como una obligación que me había llovido del cielo. Doña Pomposa no traía ni llevaba comentarios. Tratábame como a persona ligada con ella por algún parentesco y yo la veía

llegar, los lunes, como la visita más natural del mundo".⁶⁴

Sin embargo el interés por Rosenda empieza a surgir, ayudado por los comentarios de Perea:

—“¡Cómo ha cambiado esa muchacha, compadre!

—¿Quién?...

—La de Pino Solo. Alguien la está ayudando a vestirse y, seguro, también a desvestirse. ¿Se ha fijado, compadre, que las mujeres visten mejor cuando, para lograrlo, tienen que desvestirse a capricho de alguno?"⁶⁵

Después de eso, él decide ir a visitarla. Indaga más de cerca su manera de vivir y entérase de que no sabe leer. Propone enseñarle, y esa tarea, en la soledad de la casa, propicia otro tipo de enseñanza. Pinta el autor sus amores con Rosenda como un idilio perfecto: sumisa ella, obediente, él con su deseo de hacerla leer, escribir, conocer cosas que estaban fuera de su mundo. Rosenda es dueña de un maravilloso poder de adaptación, y aunada a su dependencia amorosa, va una gran admiración por el hombre que fue a pedir su mano para Salustio.

Muere doña Pomposa, y sin grandes aspavientos, es sepultada por Rosenda, el autor, y algunos —pocos— vecinos. La vida sigue igual, sólo vienen a quebrar la rutina ciertos acontecimientos.

“Tal vez los pensamientos se transmiten, pequeños barcos sin timón, en las ondas eléctricas del aire. Quizá los míos atrajeron sobre Rosenda el peligro, el caso es que una noche cuatro hombres conminaronla a que abriera su puerta, y como no lograron que les franqueara el paso, forzando la cerradura entraron a la casa. Rosenda no estaba allí, ni había rastros de que hubiera salido por ninguna parte".⁶⁶

Las cosas se agravaron y el autor dispuso mandar a Rosenda a Morelia, para protegerla. Ella está dispuesta a acatar siempre las decisiones de su amante. Con el propósito de ir a reunírsele pronto, ella se va, pero estalla la revolución, pierde él su casa y sus bienes, y las circunstancias lo separan de Rosenda para siempre. Ella logra leer en un periódico la equivocada noticia de la muerte del narrador, y llora desconsolada, para siempre sola.

El tema, con ser tan sencillo, es de una gran veracidad. No se precisa un tema complicado para darnos una obra como esta *ROSENDA* de José Rubén Romero: limpia, sincera, tierna.

En *ANTICIPACION A LA MUERTE* imaginariamente José Rubén Romero entrevé la suya, los arranques de dolor que su fallecimiento provoca en los miembros de su familia; los comentarios obligados de los sirvientes, de los amigos, de los vecinos. Y en el recuerdo que hace de su vida, el saldo no es a su favor". Reflexionaba en que el hombre nunca se conforma con la muerte; se aferra a la vida por diversas cosas: por joven, por viejo, porque tuvo hijos o porque tiene esperanzas de tenerlos. La mujer se defiende de la muerte porque se siente hermosa, por celos al porvenir del hombre amado; por todo un mundo de sensibilidades que antes no hubiera descubierto".⁶⁷

Los amigos comentan, algunos hasta jocosamente los motivos del deceso; y puede ver y platicar con sus familiares que le precedieron: su padre, su hermano:

"En aquel último congreso de la decantada amistad, todos referían algún pasaje de mi vida, pero de tal manera que yo salía debiéndoles siempre. Uno salvóme

de un peligro, otro facilitóme dinero para mi subsistencia en más de una ocasión; a las gestiones de aquel, debí tal o cual empleo, y el de más allá había conseguido mis libros y enderezado mis pasos hacia el bien. Pero, ¿a qué bien, si yo fui siempre un hombre malo? ¡Si mis libros jamás tuvieron enmienda porque fueron realizados sin método, con la indisciplina propia de mi carácter!⁶⁸ Y en el más allá. encuentra la figura del Dante Alighieri, amnésico e ignorante.

Un párrafo de espectros, en extraña mezcolanza, sin respetar cronologías ni ideas, conversa y se mueve en ese mundo desconocido.

La oratoria fúnebre es criticada acremente por el muerto, lo mismo que las actitudes convencionales de los asistentes al funeral, para terminar doliéndose de no poder ostentar, en esa hora, una conciencia tranquila.

El tema es forzado, sin convicción. Piérdese el autor en detalles superfluos que en lugar de ayudar al tema, lo hacen más confuso y artificial. Creo que, así tratada esta obra, no se cuenta entre los numerosos aciertos de José Rubén Romero.

- 1 **ROMERO, José Rubén.**—"Obras Completas".—México 1957.—p. 31
- 2 **ROMERO, op. cit.** p. 33
- 3 **Ibid.**—p. 42
- 4 **Ibid.**—p. 47
- 5 **Ibid.**—p. 47
- 6 **Ibid.**—p. 48
- 7 **Ibid.**—p. 52
- 8 **Ibid.**—p. 57
- 9 **Ibid.**—p. 61
- 10 **Ibid.**—p. 69
- 11 **Ibid.**—p. 75
- 12 **Ibid.**—p. 75
- 13 **Ibid.**—p. 87
- 14 **Ibid.**—p. 111
- 15 **Ibid.**—p. 116
- 16 **Ibid.**—p. 144
- 17 **Ibid.**—p. 145
- 18 **Ibid.**—p.
- 19 **Ibid.**—p. 168
- 20 **Ibid.**—p. 182
- 21 **Ibid.**—p. 183
- 22 **Ibid.**—p. 189
- 23 **Ibid.**—p. 189
- 24 **Ibid.**—p. 194
- 25 **GONZALEZ DE MENDOZA, José María.**—"Boletín Bibliográfico Mexicano".—Mayo 31 de 1946.
- 26 **ROMERO JOSE RUBEN.**—"Obras Completas".—México 1957.—p. 208
- 27 **ROMERO, op. cit.**—p. 209
- 28 **ROMERO, op. cit.**—p. 220
- 29 **Ibid.**—p. 222
- 30 **Ibid.**—p. 222
- 31 **Ibid.**—p. 251
- 32 **Ibid.**—p. 255
- 33 **Ibid.**—p. 261
- 34 **Ibid.**—p. 265
- 35 **Ibid.**—p. 366

- 36 GONZALEZ DE MENDOZA, José María.—Excélsior, México, D. F. 31 de Mayo de 1946.
- 37 ROMERO, op. cit.—p. 269
- 38 ROMERO, op. cit.—p. 271
- 39 ROMERO, op. cit.—p. 273
- 40 ROMERO, op. cit.—p. 277
- 41 Ibid.—p. 278
- 42 Ibid.—p. 280
- 43 Ibid.—p. 291
- 44 Ibid.—p. 292
- 45 Ibid.—p. 318
- 46 Ibid.—p. 326
- 47 Ibid.—p. 334
- 48 Ibid.—p. 338
- 49 Ibid.—p. 342
- 50 Ibid.—p. 345
- 51 Ibid.—p. 356
- 52 Ibid.—p. 364
- 53 Ibid.—p. 371
- 54 Ibid.—p. 372
- 55 Ibid.—p. 388
- 56 Ibid.—p. 432
- 57 Ibid.—p. 443
- 58 Ibid.—p. 445
- 59 Ibid.—p. 444
- 60 Ibid.—p. 449
- 61 Ibid.—p. 455
- 62 Ibid.—p. 471
- 63 Ibid.—p. 474
- 64 Ibid.—p. 490
- 65 Ibid.—p. 491
- 66 Ibid.—p. 510
- 67 Ibid.—p. 525
- 68 Ibid.—p. 529

Capítulo III

LOS TIPOS HUMANOS

[Hay una identificación casi absoluta entre el autor y sus personajes, lo cual explica la espontaneidad y naturalidad en los tipos creados por José Ruben Romero. Esta fusión entre el autor y sus creaturas es la razón por la cual Romero puede escribir sin grande esfuerzo]

En casi todas sus novelas [pinta con ejemplar sencillez el ambiente popular michoacano y la psicología de los humildes, más amigo de éstos que de los poderosos, a los que solamente trata de denigrar.]

[Su identificación con Daniel] el personaje principal de *EL PUEBLO INOCENTE* [es absoluta. El mismo confiesa que este relato es donde abundan más datos autobiográficos, y se encarga de hacernos un retrato más que físico psicológico de él]: "Tal era Daniel: arca en donde guardábanse los más variados objetos: junto a las rosas de su compasión, puñales de venganza; junto a los blancos cirios de la fe, rojas imágenes de una sensualidad pervertida. En arrebatos de cólera o de miedo, hubiera sido capaz de matar a un hombre; pero al encontrarse en la calle con un jorobado hurtaba los ojos para que la mísera criatura no sintiera sobre el dolor de su cuerpo deforme la molestia de una mirada impertinente...". "Calladamente alentaba un rencor, pero a la vista de una lágrima, caían de rodillas todos sus malos propósitos, y besaban el polvo arrepentidos igual que Saulo en el camino de Damasco"...⁹

La ironía maliciosa, la marrullería, la socarronería, el gesto fanfarrón en graciosa envoltura, todo esto maneja José Ruben Romero con gran destreza, haciendo una verdadera galería de tipos pueblerinos. Virtudes y defectos se exponen con igual sinceridad, dando el toque humano a sus personajes, empleando hasta el recurso de

burlarse de sí mismo, unas veces burdamente, otras de manera más sutil.

“Los personajes de sus novelas están trazados con rara unidad psicológica. Tienen no sólo fuerza real, estática, que precisa sus contornos físicos que los hace visibles y tangibles en el proceso novelístico, sino también condición dinámica, móvil, que les permite penetrar con impulso creador entre los vericuetos de la trama. El espíritu burlesco de sus actitudes supera la ordenación de su capacidad intrínseca. Sus personajes son en sí mismos, cúmulo y síntesis de la vida del pueblo”.¹⁰ Y Pedro de Alba, también de la provincia, jalisciense y vecino de la michoacana, conoce este refluir de corrientes internas psicológicas de los tipos de Romero, y los describe muy bien al decir: “Inocentes de nombre, cándidos en apariencias, quietos en la superficie. Llevan una vida cansada y soñolienta; cualquiera diría que en ellos “nunca pasa nada”. Es preciso vivir dentro de su fórmula integral para darse cuenta de lo que late en la profundidad del alma y de lo que se mueve por los vericuetos del espíritu de sus moradores. Tipos palpitantes de savia humana, gentes a las que hemos conocido, con quienes hemos convivido”.¹¹

Su sensualidad, su espíritu burlón, su deseo de sobresalir, surge de pronto en cualquier parte de su obra. Pero sobre todo, su sexualidad despierta desde muy temprano: “y yo, trotando en mi burrito, abría los ojos desmesuradamente para verles las piernas a las colegialas, que remangándose las ropas, brincaban las cercas de piedra”.¹²

Y después refiere los atributos íntimos de Lola, una criada condescendiente, o lo que lograba mirar de sus

primas al acostarse todos en la misma pieza. “Un pariente nuestro medio hipocritón, censuraba a mi madre porque me dejaba leer libros impropios de mi edad.

—¡ Pero si puede darnos clases de picardía!

¿Qué quieres que le enseñen los libros que lee?

Circundando al pequeño José Rubén destácase la descripción de sus padres, abuelo, primos, tías, sirvientas y amigos de la casa.

“El resto de mi parentela, por las dos ramas era de una abundancia bíblica: tías y tíos carnales, primas y primos hermanos, sin tomar en cuenta parientes más alejados. En suma, todo el pueblo formado por unas cuantas viejas familias ligadas entre sí.

Decían de nosotros en los pueblos vecinos :

Vámanos para Cotija,
que allí son buenos cristianos,
y por no perder la sangre,
se casan primos hermanos”.¹⁴

Su generosidad desbórdase al tratar de pintarnos la galería familiar ; al padre “lo describe en la época en que tenía unos treinta y seis años. Era alto, delgado, muy feo pero muy simpático. Gozaba fama de hombre a carta cabal, y se hacía querer de las personas que lo trataban por alegre y divertido. Su traje era una muestra del lagartijo y del provinciano : sombrero de bola, saco cruzado de casimir francés y botines baratos, muy polvosos y descuidados. Usaba también algunas tardes el típico traje de charro, todo negro con botonadura de plata”.¹⁵

Su madre a la que trata con una gran ternura, haciendo destacar su feminidad y fortaleza, su ascendiente benéfico hacia toda la familia, “era mujer hermosa, fres-

ca, blanca, con la cara llena de lunares, y un pelo tan negro como si se lo hubieran pintado con tinta china. Por su severo continente yo le tenía más miedo que a mi padre. Leía mucho, libros grandes de bellas estampas: El Quijote, Gil Blas de Santillano, cuentos de Octavio Picón. Bordaba perfectamente decorando cojines, y pañuelos con flores y mariposas cualadas, que causaban la admiración de nuestras vecinas”.⁶¹

Entre los personajes secundarios destácase Tamborillas, niño desarrapado y humilde, dedicado a todos los menesteres posibles para sobrevivir. “Tamborillas parecía el xocoyote de Sancho Panza. Diez años escasos, malicioso, glotón, dicharachero, ventrudo como una tambora para hacerle honor al remoquete. A su edad ya conocía todas las asperezas de la vida: hambres atrasadas, fríos bajo la camisita hecha pedazos. Y todas las asignaturas del vicio le eran familiares desde el alcahueteo callejero, hasta el insomnio resignado y triste, en el umbral de su troje, cuando la hermana se entregaba por cincuenta centavos al primer peón trashumante”.¹⁷ El personaje es como una pincelada de realidad dentro del relato; su psicología bien captada y descrita hace de este Tamborillas un retrato viviente de tantos otros niños, medio vagos, medio héroes, que pululan en los pueblos pobres.

Destácase también la figura de don Salvador Escalante, el nuevo sub-prefecto del pueblo, caravanero y cortés, quien, ya en las lides revolucionarias, llegó a general. “Era este sujeto menudo, entrado en años, lampiño y de nariz muy pronunciada, con una piel roja como de gallina. Tan fino en sus maneras y tan ceremonioso que mi padre aseguraba que era capaz de hacer cien caravanas sin salirse de un ladrillo”.¹⁸ Pronto fue comen-

sal asiduo en la mesa de los Romero, saboreando en ella, como en su propia casa, el minguche y los uchepos. Su configuración psicológica está bien definida, pues habiendo sido rico, lo abandonaron parientes y amigos. Su caravaneo era una prolongación de su vida anterior; la reacción lógica al llegar la revolución fue tomar decidida parte en la contienda y escalar una posición sobresaliente, aunque fuera en medio de la confusión, desorden e incultura que privaba en el ejército revolucionario.

El doctor Miguel Silva es una figura limpia y recta dentro del escenario de la revolución.

Su bondad y filantropía habíanle conquistado el cariño del pueblo, quien lo eligió gobernador del estado de Michoacán; "su mano estaba dispuesta a curar todo mal, su corazón ha compadecer cualquier sufrimiento y su espíritu ecléctico a vibrar con todo alarde de belleza".¹⁹

Su común denominador era la bondad, que lo hizo rodearse de gente inconveniente para su gobierno, pues sus ideas heterogéneas a la hora de la verdad, hicieron que cada uno tomara diferente partido, dejándolo solo. Era un convencido maderista, y después de la decena trágica "sucedió en el ánimo del Dr., un largo período de incertidumbre y de debilidad".²⁰ Pero su coraje estalla de pronto, cuando se presenta ante sus ojos, provocativo y brutal, el asesino del señor Madero.

Silva, entonces, en el colmo de la indignación le grita: "¡Fuera de aquí asesino!".²¹

Figura muy humana, cariñosamente descrita, que sale ileso de la crítica que, como personaje Rubén Romero hace de él.

En *DESBANDADA*, obra también autobiográfica, el autor ocupa el principal papel como narrador, y destaca personajes cercanos a su afecto, así como tipos populares representativos.

“Cuanto hay de sabiduría, de bondad y de fuerza en los hombres del pueblo y del campo, encuentra eco de simpatía en Romero”.²²

El compadre Perea es una figura muy importante dentro de la narración: naturalmente inteligente, posee un fárrago de filosofía práctica, que aplica en cualquier circunstancia.

“Es mi compadre Perea un hombre de cuarenta años, de cuerpo desgarbado y contrahecho cuyas deformidades se acentúan más con el desaliño que tiene para vestir: la chaqueta apenas le cubre el trasero y los pantalones de trabuco exhiben un par de piernas delgadas y nudosas, como sarmientos. Una boca grande y gruesa, de un vivo color de sandía, unos dientes blancos y limpios, como granos de maíz tierno, un bigote que parece un helecho salvaje y unos ojos inteligentes y expresivos, podrían completar la filiación de Perea.²³ Reconoce la autoridad del amo, y respeta sus derechos, aún cuando él suele confesarse liberal y enemigo de los curas. Es una amalgama contradictoria de ideas que no embonan entre sí, por eso en las discusiones, siempre busca el apoyo de algún otro personaje como Rutilio, el administrador de la hacienda de Pino Solo, y quien, como Perea, ve el avance revolucionario como un verdadero sacrilegio.

Tipos bien delineados y expuestos con limpieza estricta.

Tití, sobrino del autor, representa a la ingenuidad citadina ante la simplicidad de la gente campirana. Es un personaje que requiere, de parte del autor, cierta comprensión de la psicología infantil. Tiernamente regocijado, Tití es descrito por su tío con una condescendencia admirable. Sus observaciones, atinadísimas, encajan perfectamente en el personaje.

“Cumple apenas cinco años, pero ya es un hombrecito formal que sabe muchas cosas de la vida y que si no las sabe, las indaga. Es un niño feucho, de morros abultados, de una naricilla gruesa y respingona a la que él llama porrón, pero es inteligente y simpático y muy amigo de charlar y departir aún con las personas que no conoce”.²⁴ Sus arranques, nacidos para dar solución a algún problema que se le presenta, son completamente lógicos.

Un personaje vivaz, travieso, investigador natural; indaga hasta encontrar una satisfactoria explicación a todos los enigmas que se le presentan.

“Una Tosca rural” llama José Rubén Romero al capítulo donde describe un tipo de mujer valerosa: Remigia, la indita que tuvo la fortaleza suficiente para mentir a su hombre, y hacerle creer que no iba a ser fusilado por los rurales. Valientemente lo sigue hasta el lugar de la ejecución, alentándolo para que no muriera como un cobarde, haciéndolo creer que todo aquel movimiento tenía por objeto únicamente darle un susto.

Abnegación y ternura, fortaleza y amor, es lo que define la figura de Remigia muy bien delineada con unas cuantas pinceladas trágicas.

Como en una cinta cinematográfica aparece de pronto la figura de otra mujer indígena cuya personalidad se ajusta a lo que el autor desea destacar; es María la del Hospital. Pómulos salientes, ojos pequeños y oblicuos, callada y sufrida, es esta mujer, con su incambiable vestido de color negro, quien sostiene, consuela, cura e interviene quirúrgicamente a los enfermos de un Hospital, al cual le ha sido retirado el subsidio que el estado le daba. Desaparecen del establecimiento los médicos, sólo quedan los hospitalizados y María, quien "pide limosna vergonzosa y tímida cuando no tiene pan que dar a sus enfermos".²⁵ Veneración, admirada sorpresa ante esta mujer es lo que denuncia José Rubén Romero cuando dice: "No ha habido aún destacamento en el pueblo cuyos soldados no la llamen madre, y todos deberíamos decirle Santa.

¡ Santa María del Hospital, intercede por nos!
Amén".²⁶

Un personaje, real y siniestro es Inés Chávez García, jefe de la horda que arrasó a Tacámbaro, que atacó a Cotija brutalmente y en treinta y seis horas de glorioso pillaje y vandalismo, no dejó doncella ni fortuna intactas. Su configuración física hace contraste con los enormes desastres que ocasiona; taimado y taciturno, "bajito, moreno, desmedrado, era preciso un tirabuzón para arrancarle las palabras. Es como la paloma de tía Casilda, que al morir le encontraron puras uñas de gavián en el buche".²⁷

Chávez García es un personaje de una truculencia sin atenuantes, real, bien pintado, brutal. Instintivamente cruel, aún hoy, en algunos pueblos de Michoacán, se conservan las huellas de su funesto paso.

José Rubén Romero no tuvo que recurrir a la imaginación para pintarlo, únicamente lo recuerda. Eso le basta para presentárnoslo de cuerpo entero.

Otra obra, de la cual José Rubén Romero confiesa que es la que más abunda en datos autobiográficos es *EL PUEBLO INOCENTE*. Figura central es Daniel, cuya juventud, aunada a una gran generosidad, lo hace simpático a toda la gente²⁸ “vivaracho y alegador sí que lo era, pero holgazán y truhanerillo también aunque a veces daba la impresión de aprovechar muy seriamente el tiempo como estudiante.

Dadivoso, “era sabido que cuanto tenía en la bolsa, tanto daba; que quien a él ocurría en demanda de un favor, podía contar de antemano con el servicio solicitado, sin reticencias ni malos modos”²⁹ y con un deseo ostensible de sobresalir, de hacerse notar. Sencillo ocu-rrente al platicar, hacía-se amigo hasta de las personas de más difícil trato, como el apodado “El Francés”, avariento, intratable, dueño de una tienda sórdida que, sin embargo era la mejor del pueblo.

Todos los atributos de Daniel corresponden a los del autor; sexualidad del joven en vacaciones, planea “estudiar anatomía topográfica, y no precisamente en los libros”.³⁰

Es uno de los personajes más sinceros en la obra de José Rubén Romero, y se comprende que en él haya puesto más énfasis y veracidad, pues como él mismo nos lo dice:³¹ “Yo fui ese Daniel alegre y juguetón, aunque ahora, calvo y ventrudo, ya no lo parezca”.

En cuanto a don Vicente, el viejo amigo de Daniel, cabe decir que fue un personaje real, y de él apunta el autor: “su boca desdentada diome profundas lecciones

para bien vivir, y siempre me regaló con las picantes golosinas de su ingenio. De lenguaje arbitrario y pintoresco, "don Vicente es un símbolo, la encarnación cabal de nuestro pueblo, de nuestros pueblos todos, inocentes, ladinos, incautos y maliciosos".³²

Tenía pretensiones de versificador, y de cuando en cuando, en el corral de la casa, un poco a escondidas le decía a Daniel :

—“Oye, niño, este recitado :

El corazón de una dama
dicen que lo tengo... y no.
El corazón sin el resto
¿para qué lo quiero yo?³³

Su amistad fiel, su cariño por el joven incauto aún en muchas cosas de la vida, lo libraron en varias ocasiones, de grandes peligros.

Hay en el ambiente pueblerino de esta obra, dos mujeres que tienen mucha importancia en cuanto a la ingerencia que ambas tuvieron en el comportamiento del protagonista : Sara y Esther, hermanas las dos, pero disímbolas en conducta, y hasta físicamente ; sobrinas del señor cura. Esther, la novia de Daniel, hija de María, devota y modesta, delgada y fina. “Apenas podían adivinarse sus formas debajo de la clausura del vestido, que, celoso, enfundaba desde los pies chiquitos hasta la barbilla partida en dos por un hoyuelo diminuto”.³⁴

Ojos negros, que huían de las extrañas miradas, daban a Esther un aire de recato, del cual carecía su hermana Sara, quien tenía “formas acusadas y regordetas, con el cabello tirando al rubio de las mazorcas en sazón. Sus ojos eran claros y cambiantes...”.³⁵

Todo lo que Sara tenía de ladina y provocativa, Esther lo acentuaba en el contraste, formando como las dos caras de una sola mujer, y con ambas Daniel ponía a prueba su espiritualidad y su sensualidad.

Los demás personajes son secundarios, pero útiles para dar idea de conjunto. Alfonso, el amigo; doña Trini, la viuda todavía de buen ver, y quien no se resolvía a reincidir en nuevo matrimonio porque, como ella explicaba: "...nadie me quiere a la buena. Todos me buscan por el corral y la entrada está por la puerta de la parroquia",³⁶ don Alipio, un tipo repugnante y sucio; Pito Pérez, apenas esbozado en detalles; el Presidente Municipal; Ignacio "La perra", etc.

Todos ellos, de manera incidental casi, aparecen para luego desaparecer, pero cumplen con su cometido de relleno, porque sin ellos quizá las figuras principales resultarían deslucidas.

El protagonista de *MI CABALLO, MI PERRO Y MI RIFLE* es Julián Osorio, a quien "el autor le prestó más de un episodio de su propia existencia, algún rasgo de su manera de ser"³⁷ según explica José María González de Mendoza. Para comprender su actitud posterior ante la vida, hay que socavar un poco en su infancia desdichada: "Fui lo que se llama en términos vulgares un héctico, niño desgarrado y feucho, llorón e impertinente, sin pizca de gracia ni asomo de belleza"³⁸ y más tarde, ya en la escuela, sufre en carne propia la diferencia de clases que va propiciando en el ánimo del niño, el brote de rebeldía que lo lleva más adelante, a la revolución. Su juventud no tuvo alegrías, sólo trabajos hechos a desgana, sin cariño, bajo la férula de su madre, viuda y bondadosa, pero mandona; y después lanzado al matri-

monio, impuesto por dejar desbordar su sexualidad despierta y sin cauces.

El personaje, amargo, cobra vida en el relato, pues sus vericuetos psicológicos están captados con gran acierto.

La madre de Julián fue, en su juventud, bonita, esbelta, graciosa. Casóse con don Fermín Osorio, veinte años mayor que ella. Era la típica esposa del rancharo mexicano, tierna y abnegada: "Leíale en voz alta los periódicos, durante las sobremesas, mientras él descabezaba un sueño, como arrullado por aquella vocecita de colegiala que parecía estudiar su lección". "Al llegar las noches de invierno, ella ponía ladrillos calientes en los pies de la cama, para que mi padre la sintiera tibia y acogedora".³⁹

Buena' administradora, a la muerte de don Fermín atendía a todos los quehaceres de la casa y los que le reportaban el cuidado de los animales.

Los padres de Julián forman una unidad con tal coherencia, que aún después que un miembro de la pareja desaparece, adivínase a uno al lado del otro.

Concha la Reyes, nana de Julián, rezongona y sucia "recorta el paisaje como una montaña gigantesca".⁴⁰ Olía a basura quemada, pues los cigarros que fumaba sin cesar estaban hechos de cualquier yerba seca, envuelta en papel de algún libro o revista que encontraba a la mano. "Doña Concha la Reyes olía a leche agria, a tabaco, a sobaquina. Sus dedos parecían tenazas de cobre y su vientre el alféizar de una ventana en el que la dueña se apoyaba cómodamente. "Y" . . .decía maldiciones tan gordas como las de los arrieros.

Para ella no había gente buena ni honrada —Fulano, es un ladrón. Mengana, una alcahueta. Zutanita una p... Sus juicios eran breves, pero definitivos”.⁴¹

Primitiva, enemiga del baño, perezosa y desaprensiva, esta Concha la Reyes, en el momento más oportuno tiene sus destellos ingeniosos. Mas uníala a aquella familia una extraña fidelidad.

Entre las personas que se mueven, como en la suya propia, en la casa de Julián, está Andrea, sólo un poco menor que su madre. Hacendosa y madrugadora, piadosa y limpia, ayuda en todo lo que puede. El protagonista recuérdala así: “Yo la miraba entrar todos los días a nuestra casa, barriendo el suelo con los holanes de su vestido almidonado, y después de doblar su velo escrupulosamente, poníase a trajinar lo mismo que mi madre, que para ello libertad de sobra le daba el haber sido amigas desde la infancia”.⁴² Esta Andrea, es quien lleva a Julián al matrimonio, forzada ella por las críticas que un mal paso levanta siempre en los pueblos pequeños. Tradicionalista, apegada a las fórmulas y al qué dirán, un poco egoísta también, no logra hacer dichoso a “aquel muchacho que ella había visto nacer y crecer entre enfermedades y contratiempos”.⁴²

Vivo exponente de la ingratitud de algunos hacendados es Ignacio Oropeza, quien fue abandonado por sus amos después que perdió la vista en un desdichado accidente en el ingenio. Pobre, casi indigente, al estallar la revolución se enroló también, muriendo a plena luz, en una calle de Ario.

Compañero de Julián, y del mismo pueblo, es Nazario Patiño un tipo indígena, de edad indefinida, quien

confesaba que había ido a la revolución para que otro no le robara su caballo, el que acaparaba todo su afecto.

Aurelio Guevara era “el tipo del rancharo valeroso y sin cepillar”,⁴³ “de una estatura más que mediana, el color encendido, los ojos claros, los mechones rebeldes y las manos curtidas por el azadón y la reata. Gustábale platicar de todo y presumir exagerando las cosas hasta hacerlas inverosímiles”.⁴³ Esto divertía a la gente, mas todos evitaban llevarle la contraria “porque hubiera sido capaz de refrescarse a machetazos con todo el mundo”.⁴⁴ Audaz, chispeante este Aurelio da muestras de verdadera valentía en varios encuentros con los *pelones*. Un personaje de gran veracidad literaria. Figura dramática es Pedro, quien prefiere matar a su mujer, joven y guapa, antes de verla ultrajada por la soldadesca. Pide a gritos la muerte como una liberación, pero le dejan con vida, en medio de su desesperanza.

Los Rafaeles, generosos en su pobreza; curan y atienden a Julián, a quien recogen casi moribundo, hasta dejarlo sano. Son personajes de una gran bondad, que sobresalen por este concepto de todas las malas pasiones, odios y resentimientos de los revolucionarios en lucha.

Todo un desfile de generales son presentados vertiginosamente, pero destacando en cada uno, el rasgo esencial de su carácter: González, serrote y valiente; Valladares y su asistente; Amaro, que recorrió sobre el lomo de su caballo, Michoacán entero; Martín Castrejón presumido y sin valentía; Mastache, Rentería Lubiano, José Inocente Lugo, “que traía en la cintura fajada la pistola y en el bolsillo el Código de Procedimientos Civiles”,⁴⁵ etc., etc.

Podrían considerarse como personajes también, el caballo el perro y el rifle, que José Rubén Romero hace filosofar y discutir entre sí temas de la revolución, y sobre todo la impotencia de no poder torcer el derrotero de las ambiciones humanas hacia rutas de justicia y equilibrio social: "Mi Perro: Carroña despreciable, sí, porque soy pobre, pero sé cosas que tú no has aprendido aún: a amar, a llorar. Tú eres un vanidoso. Te hieren las espuelas de plata y las toleras ¡porque son de plata! Luces los arneses bordados, como los viejos generales sus charreteras. Eres, en todo, una viva reproducción de los ricos. Encorvas el cuello y relinchas tus necedades. ¡Pero si talmente eres un rico de pueblo, de esos en cuyas casas has vivido!

Mi Caballo: —¡Insensato! Al injuriarme insultas a la Historia, por cuyas páginas galopo, como en un prado de mi exclusiva pertenencia. ¿No sabes que he sido asiento de conquistadores, trono de reyes, confidente de paladines? ¿Ignoras que un monarca ofrecía la mitad de su reino por un caballo, y que un emperador de los tiempos remotos nombró cónsul al suyo?

Mi Perro: —¡Mira tú qué infecunda vanidad! Lo mismo que ahora y que siempre. ¡Hay tanto caballo que llega a ministro!...

Mi Rifle: —¡Je, Je, Je!...".⁴⁶

Para manejar los personajes populares con destreza y habilidad, José Rubén Romero era un maestro, mas parece que al intentar saltar los linderos de su tierra natal, encuentra dificultad en la presentación del tipo ciudadano. Da la impresión de esos nuevos ricos que fanfaronnean, describiendo, ante espectadores acostumbrados a su gracia campirana, los lugares elegantes que ha visita-

do, las personas importantes que ha saludado y que inesperadamente hace gala de mal gusto, destanteando al lector. Su afán de aparecer completamente ambientado en la capital, lo hace barajar personajes poco auténticos, caricaturescos, superficiales, como en *UNA VEZ FUI RICQ*. El se presenta como un pobre empleado burocrático, sin grandes ambiciones, un tanto haragán y desaprensivo. Conversador incansable, nutría con este elemento a los compañeros que, como él, ocupábanse poco del trabajo. Sexual, como siempre, y más adelante llegando a excesos que una fortuna inesperada propiciaba, la lujuria, la ostentación, la vanidad, hicieron presa fácil de él.

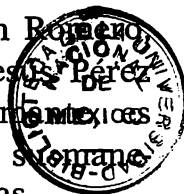
“Todas las tardes a las seis —la hora mala de los hombres buenos— acudía presuroso a la cita del amor en turno.”⁴⁷

El rey de las selvas, era el señor Ministro: arbitrario, dominante, hacía temblar a los subalternos con sus gritos y timbrazos. Muy atento y hasta acaramelado con quien le convenía, había que ver a aquel prócer de revolución cuando trataba a sus empleados. Un tipo acomodaticio, tratado casi caricaturescamente por José Rubén Romero y que evidencía una como contradicción entre su personalidad y la de los tipos pueblerinos que con tanto acierto pintara este autor.

Representante genuino de la burocracia marrullera es Farfán, un tipo que se pasó años haciéndola de mozo de todos los demás empleados del Ministerio sin cobrar un centavo, pues carecía de nombramiento, pero en cuanto lo logra, cambia de improviso su actitud. “Soy un empleado del Gobierno —argüía— que los que no lo son trabajen como yo trabajé para acreditarse”.⁴⁹

Los demás personajes, de relleno, apenas esbozados, dejan patente la incoherencia de sus actitudes y reacciones, por su falta de fuerza y convicción.

El personaje más conocido de José Rubén Romero es el que le ha prestado internacionalidad, es Jesús Pérez Gaona, apodado el Pito. Paupérrimo, trashumante, conocido en muchas leguas a la redonda por su manera, graciosa y amarga, de relatar sus peripecias.



FILOSOFIA
Y LETRAS

Con profunda convicción de su inferioridad, muestra una gran falta de asimilación al ambiente y una manifiesta agresividad hacia las autoridades. El mismo se confiesa repulsivo cuando dice: "todas las personas decentes huyen de mí con asco; asco de mi aspecto repugnante, de mi hedor a vino agrio, de mis manos negras".

Es un tipo vivaz, inteligente pero alcohólico consuetudinario, con la esperanza de conseguir licor es capaz de cualquier cosa. Sensiblero, pero con un escepticismo recalcitrante, Pito Pérez hace burla hasta de sus consanguíneos. Su figura estrafalaria es descrita así por José Rubén Romero: "Sus grandes zapatones rotos hacían muecas de dolor; su pantalón parecía confeccionado con telarañas, y su chaqueta, abrochada con un alfiler de seguridad, pedía socorro por todas las abiertas costuras sin que sus gritos lograran la conmiseración de las gentes. Un viejo "carrete" de paja mimbaba de oro la cabeza de Pito Pérez. Debajo de tan miserable vestidura el cuerpo, aún más miserable, mostraba sus pellejos descoloridos y el rostro pálido y enjuto, parecía el de un asceta consumido por los ayunos y las viglias".⁵⁰ Era este Pito Pérez un pícaro desafortunado, pues ni en amores obtuvo nunca correspondencia:

La mujer del boticario, "deseo que desemboca en la histeria" enreda a Pito Pérez en una relación que termina bruscamente, con la presencia del marido ofendido; Chucha y Soledad son la malicia personificada, que burlan sus sentimientos casándose con otros.

El mismo se conoce desdichado en estos menesteres cuando confiesa:⁵¹ "Mi suerte de amador ha sido muy desafortunada"; aunque ante los fracasos amorosos, cobra venganza improvisando versos que lesionan gravemente la integridad de la novia.⁵¹

De todas partes hubo que salir huyendo por alguna truhanería o algún equívoco no aclarado: "Cárceles, hospitales, delirium tremens y muerte al aire libre de la noche dejando un testamento que no es de pecador arrepentido, sino sentencia de juzgador".

El autor trata con sobriedad los otros personajes, sólo para hacer que Pito Pérez destaque más. Su figura triste ocupó muchas páginas de José Rubén Romero, pero teniendo de trasfondo al boticario de Urapa, flojedad y pereza; a los miembros de su familia, todos ellos de personalidad neurótica, al padre Pureco, que era "la ignorancia en latín", y quien, influenciado por Pito Pérez, decía sus originales sermones en la misa mayor de minoso, hermanos míos, decir con el pensamiento puesto los domingos: "En otras ocasiones, desde esta cátedra sagrada os he explicado, hermanos míos, las virtudes teológicas, pero me habéis oído con indiferencia, como quien oye llover y no se moja.⁵³ Diserta sobre la Fe, la Esperanza y la Caridad. De la Esperanza, dice el padre Pureco, es la más hermosa de las virtudes. "No es pecaminoso decir, hermanos míos; con el pensamiento puesto en Dios; yo tengo esperanza de tener una casita, y mu-

jer, y muchos hijos, como que son la bendición del sagrado vínculo; yo tengo esperanza de sacarme la lotería, yo tengo esperanza de que el día de mi santo mis fieles me compren una sotana nueva y un reloj; que tanta falta me hacen". Y termina con un muy antipedagógico tratamiento; diciendo: "Porque yo quiero iluminar vuestro entendimiento con la luz indeficiente de la verdad, pero —con tu permiso, Soberano Señor Sacramentado— sois un hatajo de pendejos".⁵³

"Hilo lacre" le decían también como apodo y él soportaba el peso del despreciativo nombre, a veces con gran humildad, otras con amenazas y dicterios: "apodo de barillero, de hombre zafio, y no de artista como yo". Decía Pito Pérez.⁵²

El narrador es sólo un pretexto para hacer hablar a su personaje central; —tiene una relativa importancia dentro del relato.

Personaje de relleno es Melquiades Ruiz, apodado San Dimas, ladrón, malviviente, sabedor de picardías y de mañas.

El padre Coscorrón, de carácter iracundo y criterio estrecho, cura de pueblo, conocido como aprovechado con los feligreses.

La Caneca es un esqueleto que Pito Pérez se robó en un hospital de Zamora y puede considerarse como un personaje más, ya que ese tratamiento le da el protagonista, hasta llegar a desposarse estrambóticamente con él. "No es coqueta, ni parlanchina, ni rezandera ni caprichosa. Muy al contrario, es un dechado de virtudes. ¡Qué suerte tuve al econtrármela!"⁵⁴

Todos los personajes de esta obra de Romero se muestran con la misma intención de hacerlos representativos de su posición social, cosa que el autor logra con creces.

ROSENDA es la historia de una mujer, una mujer campesina, inculta, sobria en palabras, introvertida. Poco se refiere Rosenda a sus sentimientos, cuando lo hace, sus palabras son directas, sin rodeos, naturales, como cuando llanamente confiesa su amor al narrador: "A usted ya lo quiero". Sin embargo es un tipo que físicamente parece estar en contraposición con su suavidad interna: alta, fuerte, corpulenta, de grandes ojos verdes, desmiente su poca edad: menos de veinte años.

Dependiente en el amor, muestra un profundo parasitismo de tipo emocional que la hace diluirse ante la presencia del hombre amado para que éste brille.

Orgullosa y tierna al mismo tiempo, huye de ser carga para nadie, aun cuando su sensualidad, joven y despierta, la haga depender completamente del amante. Todos los acontecimientos de la vida civilizada provocan su curiosidad, aunque ella trate de no hacerla ostensible, y todos son comprendidos por esa mujer-niña, con una intuición admirable.

El narrador en esta obra es joven, aunque mayor que Rosenda y con prestigio de hombre amante de la cultura. Dueño de una tienda, polemiza con todos, habla de todo con gracia y vivacidad. Fama de buen conversador, ciertamente la tenía, pero también la de ser profundamente sensual; gordo, bajito, simpático, amigo de la buena mesa michoacana, admirador y gozador de la mujer en todo momento.

Don Ruperto, el padre de Rosenda, es el tipo de ran-
chero brusco, ignorante, reacio a cualquier muestra de
ternura, pero atento con los visitantes. Guarda las for-
mas de cortesía, pero rechaza a la hija que está decidi-
da a abandonar a sus padres por seguir a un hombre.
Frío, inmovible, su actitud no varía jamás en el re-
lato. Este personaje, como el de Rosenda, estoico mu-
chas veces, pero sensible en el interior, creo que son
muy representativos del tipo rancharo de Michoacán.

Doña Pomposa es como una escultura, detrás del
montón de ropa que vende en el portal. Arrebuja-
da en su chal, hace dimanar su bondad hacia todos. Llega a
considerar a Rosenda como una hija, y es un personaje
indispensable, aunque secundario, en el engranaje don-
de se mueven las figuras principales.

El compadre Perea aparece también aquí, pero con
las mismas características que ostenta en las otras obras.

Salustio el novio que mandó pedir a Rosenda y que
después “se hizo para atrás” aparece apenas como una
referencia necesaria para que la trama de la novela
tenga coherencia. El narrador, personaje principal en
ANTICIPACION A LA MUERTE relata la suya con un
dejo de narcisismo que no puede dejar de anotar. Lo
dice el autor mismo con estas palabras: “Un deleite
morbooso indújome a escribir estas páginas, como es-
pectador de mí mismo, en el proceso de descomposición
de mi carne. Y sentí el tránsito plenamente, desde la
repugnancia de los gusanos que invadían mi cuerpo,
hasta la desesperación angustiosa de dejar a los míos.
Sin embargo, pude corroborar que la muerte no es tan
temible”.⁵⁵

Todo es artificioso, aunque el mismo José Rubén Romero dice que el libro tiene una honda sinceridad. Su tránsito es pretexto para hacer un poco de filosofía y recuento de su vida, satirizar a sus amigos y las actitudes que observan estos en el funeral, los comentarios que suscita su muerte, poniendo a cada uno en el lugar que, según la opinión que de ellos tiene, les corresponde: Alberto María Carreño, Pedro de Alva, González Peña, Alicia Reyes, etc.

Goloso como siempre, la gula, sin embargo no fue pecado capital en él, aunque “dicen que acabó de comer sus acostumbrados antojitos michoacanos” cuando sobrevino el síncope. Y después, en boca de González Peña pone estas palabras:

—“Yo vengo también ausente, caro amigo, pensando en el chocolate espumoso y en los picones de Morelia con las que nos agasajaba el difunto”.⁵⁶

En el recuento había que aparecer el pecado de lujuria, que confiesa sin asomo de arrepentimiento: “¡Qué pocas manos gozarían tanto como las mías, peregrinando por los caminos del amor!”⁵⁷

Y en una última descripción se burla de sí mismo y del aspecto miserable que presentaba ya como cadáver: “En aquel pedazo de cristal vi, por última vez, mi cabeza grande y pesada, con un mechón ridículo que parecía un islote próximo a desaparecer en el estanque claro de mi calvicie, pensé que mis ojos por haber tenido siempre un fulgor extraño, no cambiarían mucho después de mi muerte. Vi temblar mi papada como la de un cerdo que cuelga resignadamente del gancho de una tocinería...”.⁵⁷

Los personajes son débiles, sin consistencia, apagados e inauténticos.

De una manera general se concluye que José Rubén Romero, saliendo de su provincia, —lo más sincero de sí mismo— no nos ofrece, en sus obras citadas, la frescura y autenticidad de sus personajes campesinos.

González Peña asienta: “y cuando saliéndose del marco regional se decidió a novelar —*ANTICIPACION A LA MUERTE, UNA VEZ FUI RICO*— ya que ello no fuese desacierto, cuando menos fue descenso. “...Desde sus comienzos y a lo largo de su vida literaria se complació en pintar tipos y costumbres michoacanas y en transmitirnos, leal y campechanamente, los decires y cuentecillos de su comarca nativa. Sus personajes del campo, son insuperables: su psicología bien expuesta nos da idea de que, a fuerza de ser michoacano, es universal”.⁵⁸

Ostensiblemente, el autor tiene personajes mimados, y otros a quienes sólo denigra. El poderoso que abusa de su posición para explotar la miseria del hombre pobre; los farsantes de la política, los que, siendo de extracción humilde, los ensoberbece cualquier puesto en el gobierno, y sobre todo gusta y goza en demostrar e ironizar a los representantes del clero. Abundan las citas en donde el sacerdote sale mal parado; y muy raras ocasiones tiene para algunos de ellos una frase indulgente.

“En Santa Clara encontré tipos que despertaron mi atención: el cura Ortiz, bueno, sencillo y humilde —rara avis— amante de su ministerio y del violín, que tocaba muy bien. Tronaba contra las beatas y las arrojaba del templo, como Jesús a los mercaderes”.⁵⁹

José Rubén Romero tiene la capacidad de penetrar en sus personajes, hace propias sus miserias, sus trabajos, y disculpa en ellos los defectos, agrandando sus cualidades.

Una observación que no puede pasar inadvertida es el tratamiento tierno y comprensivo que José Rubén Romero da a la mujer. Una verdadera galería femenina, ostentando cada tipo la condecoración de una cualidad sobresaliente, es la que este autor nos da a conocer. Exculpa sus errores, hermosea sus actitudes, acrecenta sus virtudes; pone un halo luminoso que las destaca de cuerpo entero, saliendo ellas siempre gananciosas.

NOTAS

- 1: JIMENEZ RUEDA, Julio.—“Historia de la literatura mexicana”.—México, 1960, p. 329.
- 2 ROMERO, Refugio González de.—Archivo particular del señor Carlos Romero.
- 3 ROMERO, José Rubén.—“Apuntes de un lugareño” en *Obras Completas*.—México, 1957. Ed. Oasis, S. A.—p. 35.
- 4 ROMERO, José Rubén.—Carta a su hijo Carlos. Archivo particular.
- 5 ROMERO, José Rubén.—“Hoy”, diciembre 27 de 1947.
- 6 ROMERO, José Rubén.—“Anticipación a la muerte” en *Obras Completas*.—México, 1957, p. 566.
- 7 ROMERO, José Rubén.—Versos.—Archivo particular de Carlos Romero.
- 8 VASCONCELOS, José.—Discurso que pronunció a la muerte.
- 9 ROMERO, José Rubén.—“El pueblo inocente” en *Obras Completas*.—México, 1957.—Ed. Oasis, S. A., p. 210.
- 10 ABREU GOMEZ, Hermilo.—“La vida y la novela mexicana”. “El pueblo inocente” de José Rubén Romero, México, p.
- 11 GONZALEZ, Manuel Pedro. “Trayectoria de la novela en México”, 1951, p. 234.
- 12 ROMERO, Op. cit., p. 20.
- 13 ROMERO, Op. cit., p. 39.
- 14 ROMERO, Op. cit., p. 24.
- 15 Ibid., p. 21.
- 16 Ibid., p. 21.
- 17 Ibid., p. 80.
- 18 Ibid., p. 78.
- 19 Ibid., p. 97.
- 20 Ibid., p. 105.
- 21 Ibid., p. 110.
- 22 LAFARGA, Gastón.—“La evolución literaria de José Rubén Romero”.—México, 1939.
- 23 ROMERO, José Rubén.—*Obras Completas*.—p. 163.
- 24 Op. cit., p. 169.

- 25 Op. cit., p. 175.
26 Op. cit., p. 174.
27 Ibid., p. 184.
28 Ibid., p. 207.
29 Ibid., p. 207.
30 Ibid., p. 254.
31 Ibid., p. 9.
32 Ibid., p. 265.
33 Ibid., p. 10.
34 Ibid., p. 219.
35 Ibid., p. 219.
36 Ibid., p. 214.
37 GONZALEZ DE MENDOZA, José María.—Boletín bibliográfico mexicano.—Mayo 31, 1946.
38 ROMERO, José Rubén.—Obras Completas, p. 267.
39 Op. cit., p. 269.
40 Op. cit., p. 268.
41 Ibid., p. 268.
42 Ibid., p. 280.
43 Ibid., p. 298.
44 Ibid., p. 299.
45 Ibid., p. 311.
46 Ibid., p. 225.
47 Ibid., p. 459.
48 Ibid., p. 470.
49 Ibid., p. 432.
50 Ibid., p. 349.
51 Ibid., p. 386.
52 Ibid., p. 369-370.
53 Ibid., p. 370.
54 Ibid., p. 407.
55 Ibid., p. 14.
56 Ibid., p. 539.
57 Ibid., p. 520.
58 GONZALEZ PEÑA, Carlos.—“El Universal”.—1946.
59 ROMERO, José Rubén.—“Apuntes de un lugareño” en *Obras Completas*.—México, 1957, p. 77.

Capítulo IV

**Las ideas y el ámbito
sentimental en los personajes**

En la mayoría de las obras de José Rubén Romero las ideas son superficiales, nunca fundamentales. No trata de teorizar ni establecer reglas para nada. La filosofía que algunos de sus tipos exponen burdamente, es la filosofía populachera, más bien reglas prácticas para resolver los problemas elementales que se les presentan. Lo mismo sucede con los sentimientos que sólo sirven para ayudar a la configuración psicológica de los personajes.

En *APUNTES DE UN LUGAREÑO* abundan las ideas liberales, como liberal era el autor, y él mismo critica la situación del país, con palabras definitivas, pero amargas: "nuestra tierra es una res desbarrancada, rica en despojos para los cuervos de otras nacionalidades. Y graznan si no obtienen lugar en el festín". En páginas más adelante hace consideraciones acerca del gobierno del doctor Silva, y las ideas heterogéneas que cada colaborador ostentaba.

En *MI CABALLO, MI PERRO Y MI RIFLE* pone José Rubén Romero, en boca de Julián, la esperanza de llegar a ver algún día sus ideales de justicia implantados como obligación de todo ciudadano, rezonando así: "Cuando triunfe la revolución la vida de los campesinos habrá de cambiar. ¡Infelices frailes descalzos, sin hábito y sin haber hecho voto de pobreza! Pero el esfuerzo de nuestras luchas será para que ellos coman a saciarse, vistan como las gentes y tenga libertad de amar, de reír o de llorar, como les venga en gana. Nuestra revolución será el molde de otra estructura social. Ya no más caciques, no más militares matones, no más justicia venal, no más camarillas explotadoras, ni protegidos oficiales, ni diputados que se amparen en el fuero para saldar odios antiguos".¹

Y más adelante, esperanzado y optimista, lanza una exclamación confiada: “¡Ah, nuestra revolución tendrá que ser ejemplo de revoluciones!”.²

Sin embargo, hay sentimientos de desesperanza, amargura al sospechar que la revolución haya sido inútil, cuando, al entrar el ejército triunfante en Morelia, divisa al cacique de su pueblo, en el balcón de palacio, cerca del gobernador. Y la desilusión logra hacerse lugar en el ánimo de Julián: “Pensando en ellos mi rabia no podía contenerse cuando llegamos al cuartel. Me representaba a mi madre muerta, mi molino incendiado mi cuerpo tundido por los golpes de la pelea. ¿Y todo para qué? Para que don José María, don Filiberto o don Tiburcio sigan medrando”.³

“En el pueblo todos eran conservadores fanáticos, menos mi padre y otros cuatro o cinco, que se reunían en una tienda llamada “La Sonámbula”. Las gentes los tildaban de masones y como apodo les decían Los sonámbulos, por su tertulia en la tienda. Cuando las viejas beatas los veían pasar les hacían a hurtadilas la cruz. El cura lanzaba sobre sus cabezas los más terribles anatemas, excitando a los fanáticos para que acabaran con ellos”. “Sin embargo de estas amenazas, acorralados y maltrechos, estos liberales tuvieron la audacia de pedir al gobierno el cumplimiento de las leyes de Reforma sosteniéndose contra las embestidas del pueblo”.

—Esto se acabó, compadrito. ¿Y qué va usted hacer ahora?

—Comenzar de nuevo a subir la cuesta...

—Pero maldiciendo, por fin, a la revolución. ¿No?

—¡No! compadre Perea, pillaje y saqueo no son revolución. Revolución es un noble afán de subir, y yo su-

biré; es esperanza de una vida más justa, me aferro a ella".⁴

"La revolución, como Dios, destruye y crea, y como a él, buscámosla tan sólo cuando el dolor nos hiera".⁵

Conceptos de la revolución, como el anterior; razones que impulsaron a los hombres a ir a la lucha; ideas que se contraponen, se barajan y forman un eje principal en casi todas las obras de este autor. Este meollo de ideas revolucionarias se explican en un hombre que como Romero vivió y sintió la sacudida profunda que la lucha infligió a todas las instituciones. Como en un movimiento telúrico, los valores cambian de lugar, se superponen y colocan en la cima los que antes estaban abajo, y este cambio es bastante para explicar la efervescencia de comentarios y de actitudes que provoca: "Gracias a Dios que llegué a la estación antes que'l tren; y eso que traigo una mula baldada y otra que suda sangre de la cruz a la gurupera. Al fin, remonta de arquiler; porque el amo ya no tiene ni una mala bestia, ni piensa en mercarla ¿pa' qué? —Pa' que cargue con ella el primero que pase dando vivas a la Revolución.

—Mire, don Vicente, no está bien que usted diga eso, porque como buenos mexicanos que semos, hay que ayudar al movimiento".

En "Mi caballo, mi perro y mi rifle" Julián el inconforme, nos explica las razones por las cuales ve con simpatía el brote revolucionario. "No tengo amigos ni satisfacciones, y en cuanto a dinero, vale más no hablar. Yo no sé porqué se levantarían allá, en donde dicen que arde la Revolución, pero sé porqué me levantaría yo. Sueño con una Revolución que sea como una enorme mano que nos mezcle dentro de una caja, igual que pie-

zas de ajedrez, para que así, revueltos, nos sintamos todos iguales”.

Un soplo de anticlericalismo campea por casi toda la obra de Romero, pero esto mismo acentúa la veracidad de los personajes, ya al filo de la revolución:

“Mi hermana diariamente me decía sus pecados:

—Acúsome de que le saqué la lengua a la abuelita.

—Pues te doy como penitencia que me traigas el pan de tu merienda. El sistema de todos los curas”.⁸

Don Vicente, el viejo fiel de “El pueblo inocente” encuentra oportunidad de desfogar su anticlericalismo cuando dice: “Ustedes los almenistradores de la justicia devina hablan tanto del infierno y de las penas eternas que ya los probes no creímos en ellas y pensamos que no es posible que, después de sufrir aquí, nos toque más allá también la punta pesada”.⁹

Hay un detalle digno de tomarse en cuenta: las personas del pueblo, como don Vicente, adjudican a los Santos actitudes humanas:

“Yo no quero a los Santos, y Dios me lo perdone porque todos ellos comienzan muy amigos de los pobres y después se dejan comprar con milagritos de plata, con cirios de a libra con hábitos nuevos. Serán desatinos, pero mire, padre, la Virgen de la Salú de Pátzcuaro, fue una buena persona hasta que los ricos le pusieron manto bordado y corona de perlas. Hora nos da reparo a los pobres pedirle un favor”.¹⁰

Y Julián, el de *MI CABALLO, MI PERRO Y MI RIFLE*, cuando predica ante su madre y su mujer las bon-

dades de la revolución, no puede callar este comentario: "Me descubro ante don Vicente Zarco, que hace la caridad sin ostentación y no estoy dispuesto a quitarme el sombrero cuando pase por la calle el Obispo, que predica esa misma virtud sin practicarla.

Yo creo en Dios, como usted, pero pienso que si bajara otra vez a la tierra lo crucificarían de nuevo los curas y los ricos, que son los fariseos de estos y de todos los tiempos.¹¹

Y qué tipo más come curas que Pito Pérez, que, libérrimo dice a los cuatro vientos... "locos los que se arrodillan delante de un ente igual a ellos, que masculla latín y viste sotana".¹² El mismo Pito Pérez, contra la Iglesia y contra el Gobierno, como contra todas las instituciones que usan la fuerza que les da el poder en su provecho, nos grita: "... miserables esclavos de una Iglesia que les predica resignación y de un Gobierno que les pide sumisión sin darle nada en cambio".¹³

Y en *ANTICIPACION A LA MUERTE* el mismo narrador con sincero calor, pone como muestra estas diatribas: "predicadores de mentiras, afanadores de lo ajeno, sacerdotes revestidos de oro, apóstoles que hablan de amor y esgrimen el látigo."¹⁴

La ironía hiriente y la mordacidad amarga se dan cita en labios de Pito Pérez, cuando hace este recuento: "¿No ha observado usted que la profesión de déspota es más fácil que la de médico, o la de abogado?"

Primer año: Ciclo de promesas, sonrisas y cortesías para los electores:

Segundo año: Liquidación de viejas amistades para evitar que con su presencia recuerden el pasado y creación de un supremo Consejo de Lambiscones.

Tercer año: Curso completo de egolatría y megalomanía.

Cuarto y último año: Preponderancia de la opinión personal y arbitrariedades a toda orquesta. A los cuatro años el título comienza a hacerse odioso, sin que Universidad alguna ose rivalizarlo".¹⁵

EN UNA VEZ FUI RICO "sigue la tónica de crítica a los funcionarios del Gobierno, ensoberbecidos por el poder que el puesto les da: "La Revolución, aunque no la haya practicado, cosa, por otra parte, muy común entre los funcionarios mexicanos que gobiernan en nombre de la ley, violándolas todas; que hablan de igualdad y no saben cómo se llaman sus criados; que se sienten infalibles como el Papa; invisibles como el "Gran Turco" imprescindibles como el pan; imposibles como la felicidad de los pobres e impasibles como el caballo de Carlos IV".¹⁶

Y los sentimientos de injusticia social, puestos en boca de un pobre lugareño, tienen más relieve y conmueven por su simplicidad: "Pagarnos bien, no nos pagan. Pegarnos tampoco. Recebimos un cuarterón de maíz y treinta fierros.

Hay pa' gordas y frijoles. Vale que si trabajamos mucho no tenemos filo, y si trabajamos poco, menos".¹⁷

Y sobre todas las consideraciones, un sentimiento de solidaridad con los pobres, recalcado machaconamente a través de las páginas de José Rubén Romero, hacen de este autor un personaje tan humano como los que

describe, o como él mismo se pinta, lanza en ristre contra la inmoralidad política y burocrática. Teorizando sobre este tema él mismo lo dice en "Anticipación a la muerte": "Mi teoría política era de libertad individual. Los derechos sagrados del hombre deben servir de base a los derechos del hombre agrupado. La Revolución para mi sensibilidad, no puede ser método científico, sino libertad y acción generosa en favor de quienes los necesitan".¹⁸

Ridiculiza también a los beatos y hace resaltar sus actitudes, contradictorias contando anécdotas como ésta:

"Cierta día se reunieron casualmente en el templo unos amigos, y en voz baja comentaron algo. Un viejo, que estaba de rodillas, rezando, los escuchó, y levantándose hecho una fiera, a grandes gritos les dijo:

—"Aquí no se viene a platicar faltándole al respeto a Dios, hijos de la pedrada. Verán como los saco a tiznados"¹⁹

O en *DESBANDADA* nos presenta al Santo Pecador, describiéndolo así: "es un individuo que se vive en la iglesia y se sopla todas las ceremonias del culto, desde la misa primera hasta la Hora Santa, en compañía de su coima a quien exige el fiel cumplimiento de ayunos y abstenciones en todas las fiestas de guardar".²⁰

Los sentimientos que mueven a los personajes de José Bubén Romero forman un complejo estado de ánimo en donde la desconfianza, la falta de seguridad, la ignorancia, el resentimiento, la sensualidad sin freno, el machismo, configuran su personalidad especial, que los hace reaccionar en forma extremosa.

Como dice Octavio Paz, "Todo nuestro malestar, la violencia contradictoria de nuestras reacciones, los estallidos de nuestra intimidad y las bruscas explosiones de nuestra historia, que fueron primero ruptura y negación de las formas petrificadas que nos oprimían, tienden a resolverse en búsqueda y tentativa por crear un mundo en donde no imperen ya la mentira, la mala fe, el disimulo, la avidez sin escrúpulos, la violencia y la simulación".²¹

Y esta esperanza es la que anima también al autor, pues el mismo sentimiento suele ser presentado repetidas veces, en diversos personajes.

La sexualidad en José Rubén Romero es casi un distintivo. Todas sus obras tienen descripciones de esta naturaleza, más profundas mientras más sinceras.

Muy pronto, confiesa el autor "mi reloj dio la hora de la sensualidad y un domingo, en la serenata, invité a una mujer de esas que llevan, como seña del oficio, la llave de su casa en un dedo".²²

La peliroja Sara, hermana de su novia Esther, en "El pueblo inocente" es la llamarada en donde Daniel está a punto de quemarse: "Junto a aquella carne tan tibia y perfumada, Daniel, febricitante, sentía, la boca seca y una extraña palpitación en las sienes".²³ Y en *MI CABALLO, MI PERRO Y MI RIFLE*, hay una descripción colorida de la huida de un canario, cuya búsqueda propició el encuentro carnal de Julián y Andrea, circunstancia esta que los llevó a un matrimonio forzado.²⁴ En esta misma obra aparece Pedro, el teniente que mata a su joven mujer antes de que caiga en manos de los revolucionarios: "Al presentarse la mujer del teniente, se despertó en todos los revolucionarios que iban, los

apetitos carnales, y semejaban bestias sudorosas, delante de una fuente cristalina. Acaba de asesinar a esta mujer —agregué yo, mirando aún con cierta codicia aquel hermoso cuerpo inanimado”.²⁵

Amores platónicos unos, meramente carnales otros, de todo experimentó Pito Pérez. Jovita Jaramillo, la mujer del boticario perezoso, quien sufría de reumas, pide a Pito Pérez le de una friega de linimento. “Mi alma se encendió en una ardiente compasión para aquella infeliz mujer que tanto padecía y con el pensamiento puesto en Dios, introduje mi mano por la abertura del vestido, comenzando a frotar suavemente la espalda desnuda”.²⁶

Hasta en sueños, como en “Rosenda” trata de acariciar cuerpos femeninos,²⁷ y en *UNA VEZ FUI RICO* describe los encantos de María Inés la guapa empleada del ministerio, a quien pudo contemplar a sus anchas”.²⁸

En *ANTICIPACION A LA MUERTE* el narrador, en una visión retrospectiva de su vida, hace memoria de sus sentimientos lujuriosos, que lo llevan a desatender las explicaciones de la lección que el maestro les da: “La lección terminaba y yo refería al compañero más cercano las cosas que había visto con los ojos de la imaginación, principalmente aquellas que inventaba mi lascivia, plena de mujeres desnudas y de cuadros picarescos”.²⁹

No pocas veces el despecho, la duda y la impotencia se hacen presentes en los personajes de José Rubén Romero. A una transición; corresponde una respuesta que es el desconcierto. Un cambio brusco no puede pasar sin dejar huellas en la psicología de la gente hecha ya a una disciplina, a un cauce establecido. Y en *APUN-*

TES DE UN LUGAREÑO esos sentimientos lograron agolparse en el narrador: "Mis sentimientos eran varios, de pena, de duda, de coraje. De pena, porque me separaba de un amigo bueno; de una mano generosa que se había tendido a mi paso, con el deseo de ayudarme. De duda, porque la actitud del doctor no me convencía en esta prueba decisiva. Otros sentimientos diluían dentro de mi alma. ¿Rabia, rencor, despecho? todo a la vez, ante el egoísmo de los de arriba, que sólo piensan en ellos, y recogen siempre, como un don merecido, el sacrificio de los demás, sin sentirse obligados a nada".³⁰

¿Y de qué otra manera podría Julián haber descrito su desesperado, impotente dolor ante la muerte de su perro, que transforma en símbolo? Hay una descripción de ese estado de ánimo en *MI CABALLO, MI PERRO Y MI RIFLE* "Hubiera querido: gritar con el dolor enorme de mi alma: ¡Mi carne, mi pueblo, que la revolución ha hecho pedazos, para que los caciques sigan mandando. Y aquella risa que oí otra vez en el delirio de una calentura, salió de la boca de mi rifle: —¡Je, Je, Je!— como un responso cruel, irónico, sarcástico, a una grande ilusión muerta en mi pecho repentinamente..."³¹

El resentimiento, fina vena en el corazón del deheredado mexicano, es como un veneno que se va infiltrando hasta que, en un momento dado, estalla estruendosamente, como en Julián *MI CABALLO, MI PERRO MI RIFLE* que atisba la actitud de la gente a raíz de su matrimonio con Andrea: "Al conocernos, callábanse y atravesaban presurosos de una acera a otra, evitando pasar a nuestro lado. Hervía la ira dentro de mi pecho y salíase por mi boca, convertida en palabras descom-

puestas y en soeces desahogos". Y abnegación es la de Rosenda, cuando solitaria y desesperanzada, lee la noticia de la muerte de su amante en el periódico. "Cerca de una ventana, desdobló el papel. Sí, con letra menuda, ahí estaba escrito: yo había muerto. En sus ojos tranquilos y verdes, verdes de un verde de mar, por la primera vez, apareció el cristal opaco de las lágrimas. Con mano temblorosa arrugó el periódico y sollozando dijo:

—¿Y para ésto me enseñó a leer...?"³²

En *MI CABALLO, MI PERRO Y MI RIFLE*³³ don Ignacio, el ciego por accidente en un ingenio, que es tirado por los amos a la calle "como el bagazo de una caña más triturada por el destino" grita con desesperación la injusticia de que fue objeto:

—¿Qué tal va la zafra?—

—¡Un río de muerte, querrás decir! ¡Azúcar hecha

—¡Un río de azúcar, don Ignacio!—
de carne humana!—

—¡De sangre de peón! Te lo digo yo, yo...

Su voz temblaba de rabia, y sus ojos también, desesperadamente, como si quisieran salirse de aquella malla de tinieblas que los envolvía".

Sin embargo, no todo es negro en las obras de José Rubén Romero. Destaca también la abnegación de María la del Hospital de *DESBANDADA*³⁴ y otra figura de mujer del pueblo alzase como en un monumento al amor y al desinterés llevados hasta el heroísmo: Remigia, la "Tosca rural" de *DESBANDADA*:

—"¡Eres una mujer valiente!

—¡Quién sabe, señor! ¡De seguro que Dios me va a castigar, porque dejé que Juanito se juera sin confesión; pero si está en el infierno, pos yo gustosa me iré con él pa'ayudarle a sufrir y darle ánimos, como aquí, en la tierra!"³⁵

El amor de Rosenda, su humildad, hacen de esta mujer un tipo amoroso muy a la michoacana:

—“¿Qué harás el día que yo te pida alguna cosa o la tome sin previa solicitud?

—Todo lo que hay en esta casa es tuyo.

—¿Todo?

—Todo”.³⁶

La dependencia amorosa de Rosenda hacia el narrador es profunda, firme y clara. Confianza absoluta en el querer y voluntad del ser amado evidencia al responder rotundamente preguntas que necesitarían tiempo para ser contestadas:

—“¿Y qué piensas hacer? pregunte—

—Lo que usted mande.

Y más adelante— corrobórase este mismo sentimiento de sumisión, de simbiosis, de parasitismo emocional: “Me conviene lo que usted mande, y se acabó. Usted es el que piensa; usted sabe hablar; usted es el bueno. Yo sólo soy una voluntá a su servicio. ¡Cómo arregla Dios las cosas! Usted y yo éramos dos extraños y el destino determinó juntarnos.

Usted es de una clase fina; no tenemos la misma educación; usted anda entre gentes que yo no trató; usted habla con unas palabras, yo con otras distintas; sus

palabras parecen flores; las mías raíces del campo, pero cuando usted dice las suyas, yo no necesito decir las mías porque da la casualidad que usted me adivinó el pensamiento".³⁷

Y el noble sacrificio de Chona, la muchacha sencilla y buena de *EL PUEBLO INOCENTE* transformada en mujer de mal vivir por el egoísmo de la familia y la cobardía ante el qué dirán: "Chona se interpuso pidiendo misericordia para su protector. "No lo maten por sus pequeños hijos, —gritábales— dispongan de mí para asesinar me, o para ultrajarme... si quieren". Oyéndola un jefecillo perdonó a su cuñado la vida, pero tomando a Chona la palabra cargó con ella, haciéndola sufrir las cruentas vicisitudes de su vida de aventura.

Una noche pudo escaparse y regresar al pueblo, enferma, descalza, como un guiñapo humano. Su misma hermana le cerró la puerta. Y Chona se quedó en la calle para siempre".³⁸

Pero la muestra más acabada del resentimiento nos lo da Pito Pérez; pues no sólo se lanza en contra de un individuo concretamente, sino llega hasta agredir a la humanidad entera: "Humanidad, yo te robé, unas monedas; hice burla de tí, y mis vicios te escarnecieron. No me arrepiento, y al morir quisiera tener fuerza para escupirte en la faz todo mi desprecio".³⁹ Y en el testamento que dejó al morir dice: "Legó a la humanidad todo el caudal de mi amargura. Para los ricos, sedientos de oro dejó la mierda de mi vida".⁴⁰

José Rubén Romero describe con simplicidad de retrato a Apolinaria, quien vengó el asesinato de su hombre con verdadera saña (*LA VIDA INUTIL DE PITO PEREZ*), quedando después tranquila, como quien cumple con una obligación:

“Ya cumplí las promesas que hice a mi difunto — exclamó con serenidad— ahora llévenme”.⁴¹

Mas hay en Apolinaria un como trasfondo que la excusa de su acción: el amor a su hombre y la promesa que le hizo, y que cumplió fielmente. El sentimiento de venganza en este caso queda atenuado, y Apolinaria, más que verdugo, fue víctima.

Y señoreando todo este vasto campo de destrucción y desastre, hay como una zona límpida que nada logra empañar: la ternura del autor hacia su madre, incorruptible siempre.

Figura tenebrosa, cruel, infame, es la de Inés Chávez García. Sus sentimientos de vileza, su afán de destrucción, acusan una personalidad anormal. Manejaba su horda de desalmados con precisión, y éstos, fieles siempre a su jefe, veíanlo con gran admiración, si no con cariño. Contábase de él todas las maldades imaginables: “Lo que pasó en San Andrés es horroroso” quemaron las casas, asesinaron a los hombres, forzaron a todas las mujeres, sin respetar siquiera a las niñas; Inés Chávez mató con sus propias manos a dos inocentes criaturas porque no quisieron satisfacer sus depravados instintos”.⁴²

La avaricia es otro sentimiento que se da en los personajes de este autor. La avaricia trae frecuentemente aparejada la crueldad, pues el sufrimiento ajeno nada dice al avaro, cuando se trata de salvaguardar sus riquezas. Don José María, el Rey de Oros (*MI CABALLO, MI PERRO Y MI RIFLE*) es una muestra: “El Rey de Oros tiene las trojes a reventar —alguien dijo— y acudieron presurosos a la casa de don José María, ¡Queremos maíz! ¡Que nos vendan maíz! —gritaban—. Mas el viejo mandó echar los cerrojos al zaguán, y espiando

por los postigos se reía de aquella multitud hambrienta y cuando le preguntaron: —Y ¿qué vamos a comer los pobres, señor?

—Que coman mierda— contestó el usurero, dejando a las mujeres sumidas en la más espantosa desesperación”.⁴³

En la complicada idiosincrasia del mexicano el orgullo es, a la vez que soberbia, una solapada humildad. Quisquillosidad que va más allá y que hiere hondo, teniendo como reacción a veces la violencia: “El remoque hirió a Pito Pérez en lo más vivo, en ese orgullo muy mexicano que nos hace saltar de rabia y desafiar la muerte con tal de no rebajarnos ante ninguno por más poderoso que ese ninguno sea: gobernante, general, millonario o sumo sacerdote”.⁴⁴ Otra reacción de orgullo es el silencio o la obstinación. Dejar que los otros argumenten y mantener, ocultas e inmovibles, las opiniones propias con una terquedad callada. Y de Rosenda, hace este acertado comentario doña Pomposa:

—“A veces sospecho que la muchacha con todo y ser tan ranchera, se estima en mucho y siente que no es ella la que se puso en ridículo, sino el novio y el padre y todos los que se atreven a murmurar. No pregunta nada de nada, y sin embargo, todo lo tantea con el ojo de un gato en acecho. ¡Quién sabe qué pensará!”⁴⁵

Hay sentimientos apacibles, de remembranza de una infancia feliz. El hogar, el mimo familiar, son como una tibia y limpia atmósfera en donde se pueden echar a volar los recuerdos:

“Una angustia se arranca del pecho; una imagen querida se borra con los años, pero las estampas del libro que leímos en la infancia, el rincón del patio de

nuestra casona del pueblo, se aferran a nuestras vidas y triunfan de la misma muerte".⁴⁶

Y en la misma obra su generosidad se expláya y hace este donativo: "Los días de mi infancia se los deseo, como regalo de Navidad, a todos los niños pobres del mundo".⁴⁷

En *ANTICIPACION A LA MUERTE* el narrador, arrepentido, hace balance de su vida. Un "mea culpa" es esta obra: A las puertas de la eternidad, ve con claros ojos su culpabilidad; y su sentimiento hace desear vivir de nuevo para pedirle a la vida "que me hiciera bueno de verdad; inteligente sin vanagloria, resignado en la adversidad; humilde en las alturas, para poder decir, al llegar al fin, lo que no puedo decir ahora: arrúllame muerte, que quiero dormirme en la paz de una limpia conciencia. . ."

- ¹ ROMERO, José Rubén. "Apuntes de un lugareño", en *obras Completas*, México, 1957, pp. 330-331.
- ² ROMERO, op. cit., p. 331.
- ³ ROMERO, op. cit., p. 345.
- ⁴ Ibid., p. 21.
- ⁵ Ibid., p. 195.
- ⁶ Ibid., pp. 197-198.
- ⁷ Ibid., p. 293.
- ⁸ Ibid., p. 40.
- ⁹ Ibid., p. 246.
- ¹⁰ Ibid., p. 246.
- ¹¹ Ibid., p. 246.
- ¹² Ibid., p. 371.
- ¹³ Ibid., p. 409.
- ¹⁴ Ibid., p. 567.
- ¹⁵ Ibid., p. 350.
- ¹⁶ Ibid., p. 433.
- ¹⁷ Ibid., p. 479.
- ¹⁸ Ibid., p. 553.
- ¹⁹ Ibid., p. 67.
- ²⁰ Ibid., p. 176.
- ²¹ PAZ, Octavio.—"El laberinto de la soledad". México, 1963. 3a. edición.—Fondo de Cultura Económica, p. 149.
- ²² ROMERO, José Rubén.—"Apuntes de un lugareño" en *Obras Completas*. México, 1957, p. 49.
- ²³ ROMERO, op. cit., p. 254.
- ²⁴ Ibid., p. 282.
- ²⁵ Ibid., p. 302.
- ²⁶ Ibid., p. 365.
- ²⁷ Ibid., p. 492.
- ²⁸ Ibid., p. 464.
- ²⁹ Ibid., p. 551.
- ³⁰ Ibid., pp. 111-112.
- ³¹ Ibid., p. 345.
- ³² Ibid., p. 517.
- ³³ Ibid., pp. 300-301.
- ³⁴ Ibid., p. 175.
- ³⁵ Ibid., pp. 172-73.
- ³⁶ Ibid., p. 497.

- 37 Ibid., p. 511.
38 Ibid., p. 239.
39 Ibid., p. 409.
40 Ibid., p. 408.
41 Ibid., pp. 391-392.
42 Ibid., p. 182.
43 Ibid., pp. 290-291.
44 Ibid., p. 224.
45 Ibid., p. 489.
46 Ibid., p. 557.
47 Ibid., p. 550.

Capítulo V

EL AMBIENTE

El ambiente en las novelas de José Rubén Romero se extiende hasta abarcar el clima político, cultural, religioso, costumbrista, y paisajes de los pueblos de Michoacán, comprendidos entre los años de 1897 a 1918. Es el ambiente un elemento de grandísima importancia en su obra.

El costumbrismo agudo, bien acentuado, el paisaje michoacano, junto con los personajes secundarios que son tipos muy bien definidos, nos dan el ambiente vigoroso, vivo y real de lo que es la provincia mexicana, con sus alegrías y tristezas, sus cualidades y defectos.

En José Rubén Romero se da una obvia coincidencia, palpable para todo aquel que se adentra en su obra, un poco curiosamente, otro tanto con ojo crítico: es la diferencia entre sus novelas citadinas y las que tienen como ambiente la provincia michoacana. Unido a esta por doble razón: sangre y espíritu, su relato es cordial y fácil cuando trata de sacarse de dentro los recuerdos para ostentarlos ante los ojos del lector, orgullosamente, como el padre al decir las excelencias del hijo ausente. Pero hablando de la ciudad, su capacidad narrativa se debilita, se opaca, hasta presentarnos un ambiente insincero. Quizá él mismo tuvo dificultad para acomodarse en el escenario de la ciudad, y no obstante vivir largos años en ella, las ligas que lo unían al solar nativo jamás se rompieron. Y aunque Pedro de Alba, que lo conocía a fondo y de quien era amigo cordial, dice de él: "Rubén a veces tiene ingenuidades de primerizo. En la rica y compleja psicología de este autor, nos dé sólo una cara de la moneda. José Rubén Romero, en todas sus actitudes, revela cierta "payería" que, en lugar de ir en desdoro de su personalidad, la finca y la afirma. Así entendidas, estas razones definen su

obra, pudiendo separarlas, de manera convencional, de esta manera:

- a) Novelas de la provincia michoacana.
- b) Novelas de ambiente citadino.

Entre las novelas de la provincia michoacana se cuenta la primera obra de José Rubén Romero: *APUNTES DE UN LUGAREÑO*. Cotija de la Paz es el punto de arranque de sus recuerdos de niño. Este pueblo de Cotija, simiente de vocaciones religiosas tenía, poco antes de que naciera el narrador, unos cuantos miles de habitantes, aislados del resto del Estado por las pocas y malas vías de comunicación.

Privaba un ambiente de religiosidad exacerbado hasta el fanatismo, (según nos cuenta el autor) y sólo un pequeño grupo de librepensadores llamados "masones" por el resto de los habitantes del pueblo, se acercaron al Gobierno para pedir el cumplimiento de las leyes de Reforma, y a quienes las beatas hacían la señal de la cruz al verlos pasar. Contaba con su templo, que mantenían siempre reluciente las numerosas Hijas de María; su plaza, centro de los paseos dominicales, y sobre todo sus tiendas, "con las características de esas tiendas de pueblo donde se venden toda clase de artículos desde ropa hasta comestibles y donde se verificaban tertulias de señores discutiendo, charlando y refiriendo cuentos subidos de color".²

Había domingos en que la música de cuerda se instalaba en el cerro, "y mientras los chiquillos correteaban de aquí para allá las señoras chismorreaban de guisos y de rezos, los hombres en corró jugaban a los cántaros y las mozas de quince, detrás de la encina vieja dialogaban sus cosas más íntimas".³

Tipos pintorescos dábanle cierta peculiaridad a este pueblo, pues tenía su consabido loco, que iba por las calles “cuando lograba romper la clausura a que lo sometían sus parientes, cantando una canción obscena e incomprensible”,⁴ el ayudante de organista, que en la iglesia, moviendo el fuelle del órgano dábale gran importancia; la solterona vieja y gruñona que, sentada a la puerta de su casa, indagaba diariamente hasta lo que cada familia comía y gastaba, el primito travieso y fachendoso quien gustaba de leer, a grito pelado “y en plena calle, las cartas llenas de intimidades que sus padres cruzábanse entre sí”.⁵

Todos estos detalles, manejados con limpieza, ayudan a darnos idea del escenario donde los principales personajes muévense con naturalidad.

Visita el narrador el pueblo de Jiquilpan en un ambiente de fiesta, y nos lo describe alborozado, como niño que estrena zapatos. Todo es animación, corridas de toros, músicas, antojitos, para rematar en “la Plaza de Armas, oyendo la música y las voces del gritón de la lotería, que pregonaba las figuras que iban saliendo”.⁶ Y con su mirada de niño va captando el colorido, el ruido, el sabor de la fiesta:

—Por la noche después de cenar fuimos a los gallos —Quitupan contra Jiquilpan— según rezaban los programas. Yo por primera vez veía este espectáculo y me admiraban todos sus detalles”.⁷ Describe minuciosamente la presentación de los gallos y toda la ceremonia que precede a la embestida. La gritería de los apostadores comenzó:

—“¡Cincuenta peso al colorado!

—¡Veinte pesos al colorado!

—¡Pesos a seis reales!

Los que gritaban recorrían por dentro el anillo como si fuera un circo, y yo creía imposible que logran entenderse".⁸

El ambiente habitual de Jiquilpan, no es éste, sin embargo. Un tanto conventual y tranquilo, las campanas del templo rigen en gran parte, las actividades de sus habitantes. Pueblo limpio, sobrio, sin estridencias, vecino de Sahuayo, "grande, triste, con edificios buenos pero a medio construir. Por el lado de Jiquilpan tiene vegetación raquítica, sostenida a fuerza de riegos con norias, bimbaletes, y por el rumbo del río, es fértil en todo tiempo y lleno de huertos y de cañaverales. En el verano, con las lluvias, el río arrastra una gran corriente que, con frecuencia, inunda los barrios cercanos, llevándose reses y chozas pequeñas.

Sahuayo es el pueblo más rico de la zona; pueblo de rancheros mal vestidos, hirsutos, pero nobles y dardivosos, capaces en un arranque, de cualquier hombría. Andan por las calles en mangas de camisa arreando las vacas como en una común pastoría, sin mas preocupaciones que las de hartar el cuerpo de quesos, dulces y demás platos familiares y el alma de novenas, trisagios y misas cantadas. Porque en esta materia son fanáticos irredentos y no habrá jamás poder humano que pueda trocarlos".⁹

Hasta un doctor, liberal convencido y come curas, que detestaba a monjas y frailes, decía con gran convicción: "Yo soy ateo, gracias a Dios y a Nuestra Madre Santísima de Guadalupe".¹⁰

La botica de Amézcua era punto de reunión de algunos curas conversadores, y a donde también asistía el viejecito Rojas "que hacia las veces de periódico local trayendo y llevando chismes y noticias".¹¹ Tenía ha-

bilidad para versificar, y lo hacía en sonetos improvisados y cuyo verso final terminaba siempre haciendo alguna alusión coprológica, para regocijo del auditorio.

Caballos, pleitos, cosechas, era el tema obligado de la tertulia en la tienda. Como si fuera la prueba de un horrendo crimen, alguien guardaba apresuradamente un sobre color de rosa que acababan de entregarle. "Y las voces comenzaban a salir de las casas, llamando para la comida. Modorra de siesta. Silencio interrumpido por el rezongo del perico, que parece canónigo en coro".¹²

Ese ambiente de tranquilidad y somnolencia se des- pabila un tanto por las noches, cuando los novios, pegados a las rejas, platican, interrumpidos por la llegada imprevista de algún hermano de la novia, enemigo clásico del pretendiente; y a las diez el toque que da anuncio a todos, que es hora de descansar.

Sahuayo tiene un clima tropical. Durante la sequía, hay que arrear el ganado a la ciénaga, ahí se congregan los vaqueros y becerreros a echar bravatas de buenos jinetes y charros.

Gente fanfarrona, la valentía es un punto por el cual han muerto muchos hombres, pero en Sahuayo estas cosas se ven con naturalidad.

Los detalles cotidianos, en cambio, agrándanse hasta ocupar lugar de verdaderos acontecimientos. Este punto de vista hace razonar así al autor:

"La vida se ve como dentro de un microscopio y así es natural que las hormigas nos parezcan camellos".¹³

En cambio, en la ciudad " La muerte nos roza, va en cada automóvil que pasa cerca de nosotros y sin embargo, nunca se nos ha ocurrido contar por ello, que hemos estado al borde del sepulcro. En los pueblos es distinto. Tal vez la cámara interior tenga más luz para

reflejar las imágenes o la exposición de la lente sea más prolongada".¹⁴

Este ambiente circundó al narrador durante tres años de vida regalona y largas siestas, y después de pasados muchos más, la ausencia lo hace exclamar al recordarlo: "¡Sahuayo, bucólica fiesta de tres años que dejó en mi espíritu el aroma del heno, todavía me acuerdo de tí y evoco tu paisaje soleado y tranquilo como un abrevadero de alegría y de juventud!"¹⁵

El ambiente de la ciudad de México fue hostil para la familia Romero metida en un cuarto de vecindad estrecho y pobre.

Fuera del deslumbramiento que ante los ojos del niño produjo el encuentro con una gran metrópoli, todo fueron dificultades de adaptación. Cuando por fin pueden dejar México para volver a Michoacán, la madre del narrador, entre lágrimas de alegría, dice: "Volveremos a nuestra vida sosegada de pueblo, todos juntos como antes. Ya verás, hijita, tendremos una casa muy grande, macetas, pollos pequeñitos para que tú juegues con ellos. Le compraremos un caballo a Rubén. Su papá volverá a ser bueno y y me sentiré feliz. ¡Tanto he sufrido en la ciudad, que prefiero un rincón cualquiera en la paz de mis campos nativos!..."¹⁶

Llegar a Ario de Rosales es respirar de nuevo ese aire límpido de la provincia añorada. Vuelve José Rubén Romero a sus descripciones amables que nos pintan el ambiente peculiar que siempre habíalos rodeado y que tanto extrañaban. Saluda entusiastamente al paisaje, la carreta con bueyes, al "ojo azul del lago mirando absorto el firmamento".¹⁷ Describenos cariñosamente, como con un suspiro de alivio, todo lo que sus ojos abarcan al llegar: "Viejos puentes de morrillos que gi-

men al paso de la recua; potreros con las milpas alineadas como si fueran batallones, y manchando la sombra de los chirimoyos como un charco de sangre fresca los tejados limpios, rojos de Ario de Rosales".¹⁸ Y este pueblo, como una esperanza acababa de estrenar, es un refugio seguro. El distrito a que pertenece Ario de Rosales era un lugar incomunicado, aunque con grandes extensiones de tierras. Sólo malas veredas daban acceso a la población principal, y eso únicamente a caballo". Gentes lánguidas, perezosas, sin hondos problemas morales, sencillos hasta para sus rezos, que se animan únicamente, cantando al son del arpa o riñendo por una mujer. El machete es su amigo inseparable. En el templo, a la hora del rezo, los misterios los cantan con acompañamiento de guitarra, dedicando a la Virgen estrofas de un sabor tan humano como esta:

*Por esta bella mujer
cinco balazos me han de dar
y el que la quiere querer
conmigo se ha de topar*¹⁹

Casi de una manera casual, la familia Romero se instala en Pátzcuaro sin tener un plan o un destino definitivo y seguro. A pesar de lo incierto de la situación el protagonista goza describiendo el paisaje: "Dibujo japonés hecho con tintas de colores sobre la negra laca de un alhajero; ejércitos de pinos en una interminable gran parada; alígeras canoas desgarrando el moaré de la laguna, y dispersos en el fondo del paisaje, los cinco islotes milenarios — Janitzio, Jarácuaro, Pacanda, Yunen y Tecuén— custodiando las puertas del pasado".²⁰

Pátzcuaro tiene una plaza enorme, en donde todos los viernes había serenata con música de cuerda, y en-

vueltos en las gruesas prendas de abrigo, la gente, entretenerida deteníanse en los portales y a este respecto José Rubén Romero hace un inventario de las diversas prendas de abrigo desde el jorongo del arriero hasta la capa española de los viejos tradicionalistas.

“Al amor de la lumbre de buñoleras y de más puestos de fritanga, las gentes formaban corro, y allí, como en un club, se discutían los sucesos más notables: aventuras, noviazgos, disidencias matrimoniales. El lugar más concurrido era la mesa de los Chanchos, unos jotos vendedores de pollo y enchiladas, que con aire de señoritas atendían a su clientela:

—¡Válgame Dios, que lo pringo!

—Esta piecésita es para usted, mi vida”.²¹

Santa Clara del Cobre fue otro refugio para esta familia trashumante. Con todo, eran felices de vivir otra vez en Michoacán, y en cada pueblo encontraban un ambiente cordial que propiciaba la estancia ahí: “El pueblo es pequeño, se reduce a unas cuantas calles blancas, accidentadas, con puentes de piedra laja en las esquinas, para dar salida al agua de las lluvias, tan abundante en todo tiempo, que las familias de Santa Clara se despiden de sus amistades en el mes de mayo, cuando caen las primeras tormentas, para volverse a ver hasta el año siguiente. La plaza tiene los fresnos más grandes y hermosos que he visto en mi vida. Forma en ella la parroquia, un rincón de formas tenues, con sus cipreses alineados en una rígida guardia de honor, y al fondo, por el lado del Querendal, se alza una capillita humilde y pobre, cuya torre parece, vista de lejos, una mujer”.

“El pueblo, que simula sobre la sierra el copete de un pollo blanco, tiene una temperatura extremada. Con

larguezas de gran señor, riega el invierno sobre los campos sus rosetas diamantinas y en los tejados cuelgan trozos de azúcar cande. Solamente se temple el frío a la llama amorosa de los talleres donde se labra el cobre: cazos relucientes, charolas cinceladas con un sonoro e interminable galopar de martillos. Y este es el único vestigio que resta de aquellas grandes fundiciones que dieron la divisa del pueblo: Santa Clara del Cobre.²² Un ambiente más culto que el que prevalece en los otros pueblos es el de Santa Clara del Cobre. El Seminario de Zamora, a donde van muchísimos a estudiar Humanidades, y el Colegio de San Nicolás de Hidalgo en Morelia, han irradiado sobre este pueblo, sus reflejos culturales. Sin embargo, Santa Clara no se libra de padecer esa enfermedad común a todos los pueblos: el chismo-rrero. Ahí como en cualquier otro lugar,—dice el autor—“a fuerza de ver a las gentes, de hablar con ellas a toda hora, se logra hacerles la autopsia en vida, hurgándoles por dentro lo mismo que por fuera. Bien observadas, todas las personas tienen algo curioso, y como en los lugares rabones pasamos el tiempo figoneándonos mutuamente, acabamos por sabernos de memoria.

Y cuando en Santa Clara la insurrección se inicia, la música de Zirahuén recorre las calles, haciendo el convite. Poco a poco los comprometidos van presentándose: “Braulio el amigo balaqueador y resuelto; Del-fino, el escribiente del juzgado; Alfonso, el aristócrata venido a menos y Jacinto, el viejo charamusquero de la plaza, que, cansado de espantar moscas, requería la cuarenta y cuatro, trocándose de pronto, en paladín voluntario contra los míseros pelones de la Dictadura”²⁴

Durante el tiempo que la familia vivió en Santa Clara del Cobre, si no libre por completo de penurias, hubo

tranquilidad. El pueblo fue un respiro después de vivir siete años en la ciudad; sólo cuando, levantados contra el Gobierno la columna improvisada de Santa Clara, y el narrador, en comisión especial, sale inadvertido y por la noche "los ojos lo escrutan todo: el matorral, la piedra, el río. Una rama que sobresale detrás de la cerca, nos apunta como un fusil; un pájaro que agita las alas, de pie sobre la puerta de golpe, en el claro de luna, adquiere la forma de un clérigo que mueve el manteo" "rueda un guijarro y hace correr por nuestra espalda ligero escalofrío".²⁵

Janitzio, uno de los islotes del lago de Pátzcuaro, es visitado por el narrador, quien acompaña al doctor Silva en su gira política. Ambiente de fiesta, lo inusitado quizá no explique bien el ambiente cotidiano, pero José Rubén Romero exalta las bellezas de este lugar: "El trayecto a Janitzio fue muy pintoresco. La laguna parecía una pradera. Lirios blancos, morados, azules como de porcelana; nenúfares como de terciopelo; flores de purengue cuyos largos pétalos semejan chorros de sangre. Janitzio se nos muestra con la frescura olorosa de un búcaro. Entoldan el zig-zag de sus calles las redes de los pescadores, hundidas bajo el peso de los pétalos. Todos los habitantes de las islas cercanas se han congregado para dar al doctor la bienvenida; y en la cima del cerro en un enorme mirador en donde se ha dispuesto la comida, nos aguardan los caciques y los altos dignatarios del pueblo —viejos venerables, cabellos grises y de barbas ralas, que no hablan sino en su propia lengua, como un signo de distinción y aristocracia—".²⁶

La estancia en Morelia se caracteriza por el ambiente político en que se movió el autor. Más que paisaje,

que tardes tibias y luminosas, Morelia es un conjunto de fuerzas que se mueven cada una en dirección diferente, y que escapan al afán unificador del doctor Silva. José Rubén Romero ve este ambiente confuso, desorganizado, en donde él se mueve, y el desconcierto es la nota que define la situación. La aristocracia, el clero, los capitalistas, eran los enemigos clásicos de la revolución, y paseábanse los tres elegantemente por las calles morelianas. Los chicos de San Nicolás de Hidalgo, siempre revoltosos, aplaudían y apoyaban cualquiera manifestación de rebeldía, y así manteníase un ambiente de forzado equilibrio que cualquier pequeño movimiento podía destruir.

A pesar de todo, "el bosque de San Pedro, grato rincón de sombras, templo de pomposa y perenne verdura que la naturaleza ha erigido al Dios Pan, en el corazón de un pueblo de levitas", era el remate a una tarde de curioso por los portales, pletóricos de obras de talabartería, cajones de ropa, "de típicas dulcerías, atiborradas de ates de frutas, imitadas con rara perfección en pasta de almendras".²⁷

El Casino de Morelia, albergaba desde horas tempranas de la tarde a la gente bien de la ciudad: aristócratas, terratenientes, profesionistas, altos empleados del Gobierno, y los retoños de todos estos grandes señores. El autor, gracias a la amistad que hizo con el arrendatario del Casino, fue conociendo y adentrándose en ese ambiente exclusivo, y escuchaba los comentarios "con esa gran curiosidad que para oír estas cosas tenemos los payos, abriendo en la memoria un censo de nombres y apodos, que me permitía reconocer después a las gentes en todos los sitios donde las encontraba".²⁸

El ambiente que se respira en *DESBANDADA* lo da Tacámbaro, como tema de esta obra. Tropical, con sus gentes sencillas; exhuberante en su vegetación de tierra caliente, es un polvorín que aviva la llama de la revolución. José Rubén Romero hace como un inventario de los alrededores del pueblo, "desde la enorme tribuna del Cerro de la Mesa, en donde los plátanos enarbolan sus trémulos banderines",²⁹ hasta bajar a las plazas, por calles "que forman una roja escalinata que parece de ladrillo de jarro" y, que ostentan nombres como de "La Abeja" y "del Patriota" pero no pueden transitar por ellas los vehículos primitivos; carretas tiradas por bueyes, ni las recuas que traen de los otros pueblos, toda la amalgama de productos de la región.

Los portales, con sus comercios de propietarios españoles y franceses como don Ponciano Manuel "que casó con señora rica del pueblo, y que ama a Tacámbaro hasta parodiar a Enrique IV repitiendo muy a menudo: —¡Tacambagó bien vale una misa!—"³⁰ los tendidos sobre el empedrado, en donde los barilleros exhiben su variada mercancía; y llenos a toda hora de vendedores y marchantes. En uno de los portales está la consabida botica, a donde ocurren los pintos de tierra caliente para comprar pomada especial para la jiricua.

Cuatro barrios toman sus nombres de comercios muy conocidos: La Bola Roja, La Palanca, El Marinero y La Campana.

Completando el conjunto, tipos característicos ayudan a formar ese ambiente especial de los pueblos que José Rubén Romero tan bien describe. Y entnegreciendo este límpido ambiente pueblerino, el horror que a su paso dejaba Inés García Chávez y que, como un alud,

llegó desbaratando esa apacibilidad, fruto de muchos años de costumbres inveteradas y de esfuerzos comunes: "Miré a lo alto de la Mesa y una flojedad angustiosa invadió mis miembros. ¡Doscientos, trescientos, qué sé yo cuantos jinetes coronaban el cerro, despeñándose por todas las veredas y por todos los pasos, lo mismo que un alud de reses bravas! Un toque de clarín clavóse como una espuela, en los ijares del viento, y un horrible alarido de muerte bajó rebotando de tejado en tejado".³¹

Ario de Rosales es el escenario donde se desarrolla "El pueblo inocente". Un común denominador para todos estos pueblos es el ambiente, con leves variantes. Ario participa, con los demás, del fanatismo; de una austeridad con chispazos de alegría que llega a veces al estrago; de su cadena de días iguales, que sólo el Santoral saca de su rutina inundando con luces de colores toda la plaza, cuando por las noches queman los castillos, y la campana del templo solicita la presencia de los fieles para ceremonias especiales del culto.

"Las esquíllas se desgañitaban en la torre llamando al rosario, como pregoneras empeñadas en quitarle parroquianos al señor Presidente Municipal, y mientras los liberales de más campanillas del pueblo —puntosos y altivos, que sólo se persignan en la obscuridad— dirigiánse a la casa del Ayuntamiento; sus esposas y sus hijas hacían hilo, de carrerita para el rezo, que así suele acontecer en lo íntimo de las familias: mientras el padre brama contra los curas y se desgañita gritando que no se confiesa desde que se casó, y eso tan sólo por cumplir con una exigencia de la novia, la mujer costea la cera del altar, lustra de rodillas el entarimado de la igle-

sia y siembra de trigo las cazuelitas que adornaban los monumentos el Jueves Santo".³²

Vida que le presta colorido el hacer y decir de sus gentes, y que pinta de alegría la cara de las mozas cuando van, a lomo de burro, a un paseo campestre. Congréganse en esas ocasiones un grupo de gentes jóvenes y viejas, y con buen bastimento preparado van a consumirlo a algún lugar pintoresco, entre rasgueos de guitarra, canciones, risas y charlas de la concurrencia, pues todos los personajes del pueblo "colgaron en casa sus diferencias políticas y se aprestaron a engullir lo que se les sirviera, y a beber de lo dado, que nada hay como esto para lograr que las gentes olviden sus viejas rencillas".³³ La juventud de Daniel, el protagonista, encuentra sabor a nuevo en todo lo que miran sus ojos y gustan sus labios. Este prestigio de novedad en el ambiente de Ario de Rosales ilumina toda la obra, escrita con cariño y un ligero temblor de nostalgia.

Un pueblo anónimo, que puede ser cualquiera de los antes descritos es éste donde se desarrolla la acción de *MI CABALLO, MI PERRO Y MI RIFLE*. El autor no nos dice su nombre, pero describe a sus moradores y sus costumbres y podemos ubicarlo, en nuestra imaginación, hermanado a alguno de los que José Rubén Romero conoció y amó.

Los avatares revolucionarios llevaronlos lejos a tierra caliente, y el ambiente de desconfianza y acecho de brutal desenfreno, de crueldad y dureza, hicieron a aquellos hombres un poco fieras, dispuestos a devorarse entre sí en caso necesario. Entre los lugares que José Rubén Romero describe limpiamente, es este de El Clarín, cerca de Huaniqueo, donde les infligen una derrota casi definitiva": Es como la manga de una chaqueta bordada

da con alamares de pinos y forrada con la seda fina de las amapolas. Aquel día no hicimos más que asomarnos por su garganta, cuando aparecieron detrás de una cerca de piedra los odiados quepises. El humo de una descarga, a quemarropa, tendió una cortina de tul entre nosotros y la línea del enemigo. Nos arremolinamos desordenadamente y volvimos grupas, unos buscando el parapeto de la montaña, y otros, los más infortunados, bajando una pendiente descubierta que los federales dominaban. Diéronse, pues, el gusto de ensayar el tiro al blanco sobre nosotros, con mampuesto y a sangre fría".³⁴

Pito Pérez, en su vida trashumante, recorre varios pueblos de Michoacán en donde unos pocos manejan la vida de los demás, sumidos la mayoría en la más extrema miseria espiritual y económica, con un conformismo tipo atávico.³⁵ "En los pueblos pequeños, el rico es agricultor y el pobre campesino, que es la misma cosa, salvo don Fulanito, el de la tienda, que roba a ambos, y don Menganito, que tiene botica y los limpia a todos". "Al anochecer el labrador vuelve del potrero, rendido por las duras faenas del surco, y en busca de conversación, acércase a la tienda de su compadre Gumersindo..."³⁶

Pito Pérez era como un estandarte de rebeldía que iba a remover este ambiente, hasta echar a repicar las campanas para saludarlo: "¡Campanas de Michoacán repicad todas a vuelo, porque pasa Pito Pérez, glorioso con su miseria y altivo con sus harapos!"³⁷

Deja Santa Clara del Cobre, huyendo de una acusación por robo y se despide así: "¡Adios, Santa Clara del Cobre, que me viste nacer y crecer humillado y triste! Volveré a tí vencedor, y tus campanas se echarán a vuelo para recibirme!"³⁸

Tecario, según la descripción que José Rubén Romero hace en *LA VIDA INUTIL DE PITO PEREZ* es un pueblo pequeño. Apenas si unas pinceladas del ambiente nos lo muestran con las características de sus vecinos: "En un portal pequeño unas mujeres vendían tazas de café y hojas de naranjo con sus buenos chorros de aguardiente"³⁹ y hay una descripción más o menos breve de una tienda del pueblo, lo mismo que Urapa, que dice él "es un pueblo chico, de pocos habitantes"⁴⁰ y la Huacana, punto de paso en el vagabundeo de Pito Pérez, con sus grandes tamarindos floreados" que parecían un palio de tisú extendido por primera vez sobre la cabeza de un caminante",⁴¹ pero asiento de las fiebres intermitentes, causantes de la huída del protagonista.

Un ambiente conocido para Pito Pérez, y en donde pasó buena parte de su vida es la cárcel. "La vida dentro de nuestras cárceles tiene cierto calor de familia, algo de hermandad religiosa, con pactos y contraseñas de sociedad secreta. No he tenido aún la suerte de llegar a una de esas cárceles modernas, en donde, según dicen, todo es confort y costumbres refinadas, donde los presos visten elegantes uniformes que se han puesto de moda fuera de los penales como ropa de dormir y con el nombre de pijamas".⁴² Este ambiente carcelario es recordado con nostalgia por Pito Pérez, pues ahí tenía techo seguro, comida, si no abundante, bastante para engañar al hambre". ¡Los banquetes que yo me he dado dentro de la cárcel, aceptando de mis colegas ya un plato de arroz, ya un chile relleno, a cambio de una consulta de tinterillo, o de una afectuosa palmadita en la espalda!⁴³ "He sido el amanuense obligado de centenares de reclusos; los puntos de mi pluma fueron ojos para llorar ausencias, bocas para gritar agravios, tro-

quel de recuerdos para madres, esposas o hijos desventurados".⁴⁴ Además, él insiste en aseverar que dentro de las cárceles hay más gentes buenas que fuera de ellas; quizá el infortunio compartido es menos doloroso: "Una a una recuerdo las cárceles que he conocido y me precio de haber fincado dentro de ellas muy buenas amistades".⁴⁵

Ambiente de hospital, sucio y pobre, ha conocido también Pito Pérez, en donde enfermos, hambrientos, tenían que pedir limosna de puerta en puerta. "En el hospital del Santo Refugio, los enfermos danzábamos en el jardín desde las primeras horas de la mañana, sin más vestidura que unas sábanas de dudosa limpieza. Salíamos a cortar quelites, romeritos, talayotes que, cocidos en una olla común, constituían el único alimento de aquella sociedad vegetariana".⁴⁶

Conejillo de Indias en el hospital de Cotija, salió corriendo y saltando la barda, se libró de caer en manos de un eminente botánico que estudiaba las cualidades terapéuticas de veinte mil especies que había recolectado y que experimentaba en los enfermos de aquel hospital.

El "delirium tremens" hacía de él su víctima en el hospital de Morelia, en donde Pelagia, una indita cerril y analfabeta, habilitada de enfermera, estuvo a punto de causar su muerte al endilgarle medicinas destinadas a otro paciente.

En *UNA VEZ FUI RICO* nótanse perfectamente los límites de tres ambientes diferentes que rodearon al protagonista. La ciudad de México es distinta para los empleados de un Ministerio, que para los que acuden al casino más exclusivo, y es otra para los que padecen hambre. En estas tres atmósferas movíase el autor, en:

la primera (clase media) con naturalidad y confianza: "Yo no tenía ambición de dinero. Me bastaba encontrar un peso cada vez que lo requería y gastarlo sin ruido en los menesteres de una casa pobre y en una humilde comida, sazónada, eso sí, con la salsa de mi jovialidad...; feliz dentro del marco de mi mediocridad, sin grandes exigencias ni fuertes emociones, sin decaimientos de neuróticos ni alegrías inconscientes".⁴⁷

Después aparece el narrador en un marco de opulencia. Todo lo que el dinero puede comprar es como una rémora que destruye la nobleza de intención, y mientras el autor va subiendo en la escala social, el nivel moral desciende. Se pierde el sentido de las proporciones; el decoro se deteriora, y aparece el mal gusto del nuevo rico. "En un mes adquirí veintinueve trajes y catorce bastones". ¡Un bosque de bastones y una lluvia torrencial de vestidos, como si yo tuviese muchas manos y muchos cuerpos para usarlos!⁴⁸

Después un ambiente de miseria rodéalo de nuevo. Mas la pobreza que precede a la opulencia es más pobreza aún, con el sabor de las cosas que se gozaron, y a las que hay que renunciar totalmente. Siéntese como despojado de algo que le pertenecía de por vida y cierto resentimiento va acumulándose en el fondo, con no poco de remordimiento: "Tataba yo de recordar si entre tanto dinero despilfarrado brillaba alguna buena acción, alguna dádiva pequeña, insignificante, que me sirviera de carta de recomendación conmigo mismo. Nada. En la noche de mi egolatría ni un sólo pobre levantaría su voz implorando por mí y llamándome su benefactor".⁴⁹

En la obra citadina de José Rubén Romero, el ambiente es apenas superficial, como si le hiciera falta el

de su provincia para levantarse del polvo y subir. Rojas Garcidueñas asienta con toda autoridad: "Los relatos de José Rubén Romero son un agradable entretenimiento, pero no una obra literaria estimable como tal".⁵⁰

Tacámbaro es, en *ROSENDA*, un decorado general para destacar la figura principal. Y es necesario después enfocar la casa de doña Pomposa reduciendo la lente, para retratar el ambiente en donde se desarrolla la acción de esta obra.

Vuelve José Rubén Romero a la provincia como quien, después de muchos años de ausencia, captara mejor cada ángulo que ve, y distingue así matices que no han perdido aún su frescura. Ambiente pueblerino; sencillo y profundo; la casa de doña Pomposa, que también era la de Rosenda, es descrita minuciosamente: "En el cuarto que daba a la calle había unas cuantas sillas, una cómoda y un catre de fierro con un colchón raquítico, cubierto por una colcha desteñida. En un pequeño corredor, una mesa sin barnizar, un tinajero con trastos despostillados y, sobre un cajón, una máquina de coser; un farol de hoja de lata pendía del techo. A mano derecha, en un cuarto oscuro, veíase una chimenea de dos hornillas, con sus respectivas ollas timbonas, volteadas de revés. Enfrente, del lado izquierdo, otro cuarto cerrado cuyo olor —y no a ámbar— pregonaba lo que era. En el patio, sin empedrar, un laurel, un guayabo cuyas frutas pecosas y mofletudas parecían caras de niños yanquis, y una guía de calabaza, cuyos verdes cordones se entrelazaban como un entorchado en las hombreras de cualquier general. Ni pila, ni pozo, ni llave de agua por ninguna parte..."⁵¹ Ese es el ambiente que rodea a Rosenda, quien, metida siempre en

...casa, temía a la maldición pueblerina. Amor, confian-
za, dependencia y una pobreza que hacía de la limpieza
su mejor timbre, era el aire que respiraban los perso-
najes centrales de *ROSENDA*.

En *ANTICIPACION A LA MUERTE* José Rubén Ro-
mero entreteje pasajes de su vida en Ario de Rosales,
Tlacámbaro, Pátzcuaro, Sahuayo, Santa Clara del Cobre,
Morelia, Cotija, donde pasó su infancia feliz; inclusive
evoca sus viajes al extranjero en una mezcla de imagi-
nación y recuerdo. Algo irreal es el ambiente de ultra-
tumba, inauténtico y falto de sinceridad. El ambiente
de la ciudad sigue siendo para José Rubén Romero algo
impenetrable, sigue poniéndole barreras, no llega a en-
tregársele completamente. Lo dice él, con toda franque-
za: "La ciudad de México era para mí, tan muralla como
esta ciudad del silencio a donde se ha mudado mi vieja
vida".⁵²

Con esta confesión espontánea, nos da la razón por
la cual no pudo compenetrarse jamás con ella.

¹ ALBA Pedro de.—“Rubén Romero y sus novelas populares”. Barcelona, Agustín Núñez, impresor.—1936.

² ROMERO, José Rubén.—*Obras completas*.—México, 1957.
p. 21.

³ ROMERO, op. cit., p. 27.

⁴ ROMERO, op. cit., p. 28.

⁵ ROMERO, op. cit., p. 26.

⁶ Ibid., p. 30.

⁷ Ibid., p. 30.

⁸ Ibid., p. 31.

⁹ Ibid., p. 67.

¹⁰ Ibid., p. 67.

¹¹ Ibid., p. 67.

¹² Ibid., p. 69.

¹³ Ibid., p. 71.

¹⁴ Ibid., p. 71.

¹⁵ Ibid., p. 71.

¹⁶ Ibid., p. 43.

¹⁷ Ibid., p. 44.

¹⁸ Ibid., p. 44.

¹⁹ Ibid., p. 41.

²⁰ Ibid., p. 62.

²¹ Ibid., p. 63.

²² Ibid., p. 76.

²³ Ibid., p. 77.

²⁴ Ibid., p. 87.

²⁵ Ibid., p. 94.

²⁶ Ibid., p. 100.

²⁷ Ibid., p. 117.

²⁸ Ibid., p. 118.

²⁹ Ibid., p. 149.

³⁰ Ibid., p. 152.

³¹ Ibid., p. 187.

³² Ibid., p. 230.

³³ Ibid., pp. 242-243.

³⁴ Ibid., p. 323.

³⁵ Ibid., pp. 367-398.

³⁶ Ibid., p. 398.

³⁷ Ibid., p. 398.

- ³⁸ Ibid., p. 359.
³⁹ Ibid., p. 360.
⁴⁰ Ibid., p. 365.
⁴¹ Ibid., p. 368.
⁴² Ibid., p. 387.
⁴³ Ibid., p. 387.
⁴⁴ Ibid., p. 387.
⁴⁵ Ibid., p. 388.
⁴⁶ Ibid., p. 400.
⁴⁷ Ibid., p. 427.
⁴⁸ Ibid., p. 441.
⁴⁹ Ibid., p. 471.
⁵⁰ ROJAS GARCIDUEÑAS, José.—“Breve historia de la novela en México”.—México, 1959.—p. 78.
⁵¹ ROMERO, José Rubén.—*Obras completas*.—México, 1957. p. 493.
⁵² ROMERO, op. cit., p. 557.

1. 1. 1. 1. 1.

1. 1. 1.

1. 1. 1. 1. 1.

Capítulo VI

Estructura de las Novelas

José Rubén Romero, buen conversador en la vida real, tiene que hacerse violencia como escritor para superar esa tendencia a diluirse en la anécdota, trayendo a cuento de nuevo el tema principal con cierto esfuerzo.

Más que una novela *APUNTES DE UN LUGAREÑO* es una narración biográfica, a modo de memorias. Es una serie de recuerdos y anécdotas, contadas en sucesión cronológica y que abarcan, más o menos estrictamente, tres partes.

1o.—Su infancia.

2o.—Su juventud.

3o.—Resurrección.

Cada una de estas partes consta de varios capítulos. En la primera parte presentase la infancia del narrador desde su pueblo de origen: Cotija, hasta regresar de la Ciudad de México a Ario de Rosales. Narra en la segunda su estancia en varios pueblos de michoacán, y en la tercera, desde que estuvo fungiendo como secretario particular del doctor Silva, durante su gubernatura en Michoacán, hasta su regreso a Morelia, en donde milagrosamente se libra de ser fusilado. Doce capítulos son bastantes para narrar los conflictos emocionales que a Daniel se le presentan durante su estancia en su pueblo, a donde va a pasar unas vacaciones. Se resuelve justamente el problema estructural, pues en *EL PUEBLO INOCENTE* José Rubén Romero es más metódico, menos difuso que en otras obras.

Cuatro capítulos bien nutridos necesitó José Rubén Romero para estructurar *MI CABALLO, MI PERRO Y MI RIFLE*. Julián niño, y sus vicisitudes y luchas contra las enfermedades numerosas que le aquejaron; su ado-

lescencia nada dichosa; un forzado matrimonio y su entrada, como una liberación, a la lucha revolucionaria ocupan el primer capítulo. El segundo y el tercer capítulo encierran sucesos, anécdotas, presentación de soldados y gente de tropa, generales, batallas, triunfos y desastres sufridos por las columnas revolucionarias, las tretas utilizadas para tomar algunos poblados, cuando ellos tenían desventajas, y la muerte de su madre, velada por él, a escondidas, desde lo alto de un tapanco. El último capítulo, narra la entrada triunfal de Gertrudis Sánchez a Morelia, y la rabia impotente de Julián al ver burlado su ideal, que lo hizo perder todo en la vida. Mientras lloraba, al ver que la justicia no se implantaría a pesar de todos los sacrificios, y al ver a su fiel perro muerto accidentalmente, imagina a su rifle también burlándose de su dolor, con una risa sarcástica.

Una serie de anécdotas de las andanzas y marrullerías de Pito Pérez, limitadas en dos capítulos; es la obra que José Rubén Romero tituló *LA VIDA INUTIL DE PITO PEREZ*. Subido en una torre, desde donde se domina el pueblo, el personaje central cuenta al narrador, a cambio de vino, sus vagabundeos por varios pueblos de Michoacán.

Es una serie de pequeños relatos que hacen la conversación, unidos entre sí por breves diálogos, y que se truncan con un ¡hasta luego! con toda naturalidad. El segundo capítulo recoge lo no contado por Pito Pérez el día anterior, y presenta la muerte del protagonista, ya en franca narración. Como para redondear los sucesos que en la obra en sí se omitieron, hizo José Rubén Romero un apéndice *ALGUNAS COSILLAS DE PITO PEREZ*, que se me quedaron en el tintero, anécdotas también, narradas en cinco capítulos. Sigue la línea de

toda la obra que abarca la personalidad de este vagabundo, quien dio fama y renombre a José Rubén Romero.

En *UNA VEZ FUI RICO* también usa el autor la narración en primera persona. Tratada en ocho capítulos, puede dividirse perfectamente en tres partes:

1o.—Su vida de empleado pobre.

2o.—Su inesperada riqueza.

3o.—Vuelve a la pobreza, después de dilapidar su fortuna.

Fuera de esta construcción estructural, donde reunen los hechos superficiales de su vida de rico, la obra no abunda en aciertos. Creo que *UNA VEZ FUI RICO* no contribuyó para que fuera José Rubén Romero un escritor tan leído, comentado y halagado como en realidad lo fue.

ROSENDA, por el contrario, es una obra casi austera; con una sobriedad elegante, aún cuando el tema no esté considerado así. Es una muestra de lo mucho que puede hacerse con unos cuantos elementos. Narrada en primera persona también, sus dieciocho pequeños capítulos engendrarán lo mejor que José Rubén Romero escribió en su vida. En una parte preliminar, los protagonistas no se conocen, apenas una circunstancia impersonal los pone en el mismo escenario, pero sin tener ligas entre sí. En la segunda parte, es el acercamiento de los dos y la entrega de *ROSENDA*.—En la tercera, se alejan uno del otro, perdiéndose para siempre.

Todo lo que en el terreno literario hizo retroceder a José Rubén Romero *UNA VEZ FUI RICO*, *ROSENDA* lo aventajó con muchísimos merecimientos. Una cuali-

dad literaria de que José Rubén Romero no hizo gala con mucha frecuencia: la sobriedad metódica, úsala en *ROSENDA* con gran acierto. Bajo todos aspectos, no sólo en cuanto a estructura, *ROSENDA* puede figurar en una muy ceñida antología de escritores mexicanos.

ANTICIPACION A LA MUERTE no agrega nada al prestigio de José Rubén Romero como escritor. Es una cronológica narración, en cuarenta y ocho páginas, de los sucesos comprendidos desde el momento de su muerte, hasta la inhumación de su cadáver. Entre esos dos momentos alterna autobiografía y supuestas observaciones de lo que sucede cerca de él, así como encuentros con personajes que lo precedieron, desde familiares hasta los grandes genios de la literatura, Dante entre ellos.

Estructuralmente, la incoherencia en la narración, que mezcla lo imaginado con lo real, hace que José Rubén Romero se pierda, como quien camina por un laberinto sin acertar con la salida.

Capítulo VII

Consideraciones sobre el estilo

José Rubén Romero sabe manejar la descripción con gran maestría, pues posee el enfoque preciso del buen observador. La vida lenta y tranquila de su pueblo de origen, lo mismo que los de aquellos en que vivió por largos años, diéronle ocasión de observar, de oír, de escuchar y detallar visualmente el refluir de gentes y tipos que después, rememorándolos, quedan en sus novelas, rotundos. Su estilo, como dice Antonio Castro Leal “procede originalmente, no de la lengua escrita, sino de la comunicación oral, que reclama un auditorio, que busca la comprensión y agrado de los circundantes”, y desde su parapeto —el mostrador de una tienda— recibe a diversos tipos que llegan a comprar, a pedir consejo, a asistir a la lectura de alguna novela que el dependiente lee a una pequeña y casi analfabeta tertulia. Una tienda

es, en un pueblo, lo que un club en cualquier ciudad populosa; las noticias se difunden desde ahí, o ahí mismo se crean. José Rubén Romero tuvo esa experiencia, misma que le permite destacar el dato descriptivo en sus narraciones, como en *APUNTES DE UN LUGAREÑO*, vista panorámica de su infancia, adolescencia y juventud "el libro de las confesiones" que dice Pedro de Alba. Dentro de la narración, la descripción detallada casi siempre, nos introduce en el ambiente que José Rubén Romero también conocía. El colorido, el movimiento, deja en él una impresión percedera, pues *APUNTES DE UN LUGAREÑO* fue escrita a distancia de la patria, muchos años después que sus ojos habían captado imágenes como esta: "Echaron un toro grande, prieto, y unos hombres lo torearon con unas cobijas coloradas..." "En seguida un charro de Guarache sobre un caballo alazán, colocó a un toro unas banderillas a dos manos. Después salieron otros charros y con crinolinas vistosas derrumbaron el novillo para ponerle el pretal".²

Un poco más adelante: "De unas bolsas de lienzo sacaron los gallos, los pesaron en unas romanas pequeñas, como de juguete. Un hombre los sostenía mientras otro les amarraba la navaja, ensalivando frecuentemente las botanas. Los pusieron pico a pico para carearlos y les jalaron las plumas del pescuezo... Soltaron en la raya los gallos que rápidamente se atacaron..."³

"En esto desembocó de la calle un cotejo fúnebre. Iban cargando al difunto sus cuatro parientes más cercanos, y detrás un desfile de campesinos mustios e impasibles, y de rancheras vestidas con sus trajes de percal rameados en tonos vivos y estallantes. Hubiérase dicho que a falta de coronas seguían el ataúd aquellas mujeres como un manajo de flores animadas".⁴

En *EL PUEBLO INOCENTE*, Daniel llena sus ojos con el colorido del día de muertos” ejercita su apetito de buen comilón y su ojo de observador agudo, destacando el color de las viandas que, según los indios creen, se comerán los difuntos. Sobre las sepulturas extienden las blancas servilletas respunteadas de rojo; en la humilde vajilla de platos de los Dolores sirven al muerto los manjares que fueron más de su agrado: las chapatas de un color púrpura borracho; la raíz del chayote, caliente y monda; los perones de la lámpara, de fina piel lustrosa y transparente; los autóctonos zapotes que viven en el reino de las frutas como una casta miserable de esclavos negros”.⁵

Deléitase también al descubrir las tonalidades de los licores vernáculos: “...mézclase el verde pálido del amargo con el tono opalino del tancítaro y el oro viejo del charape con la hemorragia anémica de la sangría”.⁶

Los pueblos, engalanados para la fiesta tradicional del santo patrono, son también fiestas de color para los observadores lugareños: “...Las macetas tupidas de flores, el ajuar estrado, y pendientes de los aleros, las jaulas con los pájaros de más estima: el mulato, de plumas de luto, como viudo joven; el clarín que hace alarde de sus arias, como un tenorino; y el cardenal, que silba irreverente, olvidándose de sus litúrgicos paramentos rojos”.⁷

Después del saqueo de la gente de Chávez en Tacámbaro, José Rubén Romero ve así su tienda, en donde el desorden más completo da la pauta de su ruina: “...sobre el mostrador, las botellas vacías semejaban un ejército de derrota; los pomos de conservas daban la impresión de juguetes destrozados por un niño travieso; desaparecieron las piezas de percal y los zapatos echa-

ron a correr, como muertos que abandonaran sus cajas, obedientes a un mandato divino; los trastos de porcelana habían sido y no eran ya, los botones de nacar, las chaquiras y las lentejuelas policromaban el polvo de azúcar, cual si bordaran en un lienzo blanco un vistoso traje de luces".⁷

Movimiento y matiz en conjunción sabia, hacen de esta descripción de José Rubén Romero, una película a colores. "Por la joroba del monte se deslizaban las caballerías, como los carritos vertiginosos de una montaña rusa. Y los hombres de aquel ejército no ostentaban prenda alguna de la esclavitud del soldado; ni uniformes, ni kepises. Chininas sucias, del color de la tierra, coletos amarillos de badana, anchos sombreros de zollate, de los que usan las gentes del pueblo".⁸ Y al describir la indumentaria de los soldados del norte, en *MI CABALLO, MI PERRO Y MI RIFLE*, José Rubén Romero dice: "...uniforme amarillo de caqui, sombrero texano, con el adorno de una pluma de pavo real en la toquilla, capote gris de vueltas rojas".⁹

Y en la misma obra, al despedirse de la familia para ir a la revolución, la curiosidad infantil de su pequeño hijo le hace decir: "A mi hijo lo atraían los puntitos plateados de las carrilleras; persiguiéndolos prendía sus manos en mi pecho, como dos encarnadas condecoraciones".¹⁰

Los atavíos chuscos que para formar una mojiganga y poder entrar y tomar un pueblo se pusieron los rebeldes, entre los cuales iba Julián (*MI CABALLO, MI PERRO Y MI RIFLE*) ponen una pincelada de color alegre en el ánimo de los que aventuraban así su vida:

"Nos emperifollamos con miles de desfiguros: faldas rojas, amarillas, llenas de holanes y de cintas; blu-

sas de color solferino, con la pechuga abullonada para dar cabida a aquello que el hombre coge en la lactancia... ”¹¹

El paisaje, clásica fuente de colores, José Rubén Romero extracta esta descripción: “Entre tanto, la luz entonaba su sinfonía de colores: primero el blanco de las nubes, tenue jabonadura para que el sol se rasurase; después el rojo de los holanes deshilachados del poniente, y el verde amarillo de los cerros, que parecían casullas de los domingos de Cuaresma, o capas pluviales ornamentadas con el oro que la Iglesia niega a los pobres”.¹²

En *LA VIDA INUTIL DE PITO PEREZ*, el protagonista describe así a la mujer que esperaba la salida de un compañero de cárcel: “... rondando la reja, vimos a Apolinaria con su vestido rojo de percal, sus zapatos nuevos y su rebozo azul de pringas blancas, terciado sobre el pecho”.¹³

En la misma obra Pito Pérez, habilitado de boticario, sentencia: “El verde vegetal convierte las píldoras en cabuchones de esmeralda, que las mujeres toman sin repugnancia”.¹⁴

La elegancia del burócrata que de pronto se enriquece, es destacada así por José Rubén Romero. “Era un coche nuevo, barnizado y tapizado de gris. Del color gris, mi preferido. Corbatas, vestidos, sombreros, toda una sinfonía de grises, impuesta a mi nueva vida, como una librea. Me levantaba y me vestía de gris claro; después del almuerzo, uno más oscuro, pelo de rata, y por las noches, para ir de paseo, otro gris que se confundía con el negro”.¹⁵

Y el atuendo de Rosenda, en su primera aparición, es visto de esta manera: “ el pelo en dos trenzas

anudado sobre la nuca con una cinta roja. Vestía el típico traje de las campesinas de Michoacán: castor colorado de lana, mandil, blusa de percal y zapatos de dos orejas, con resorte".¹⁶

Descripciones de tipo geográfico abundan en la obra de José Rubén Romero, con el propósito de ubicar exactamente un accidente topográfico. Por ejemplo en *DESBANDADA*, José Rubén Romero describe a Tacámbaro deteniéndose en detalles, como saboreándolos, todo su trasfondo de cerros y valles, huertas, mesones, etc. "A la derecha, el monte de Caricho levanta su copa de sombrero chinaco, galoneada con la verde toquilla de los pinos; los senderos de Tecario y de Chupio reвуálcanse perezosamente en el polvo, sin temor al ajuste de los cañaverales; y la alberca, como un azulejo primoroso, brilla entre las encinas centenarias" "A la izquierda, en primer término, el Cerro Partido muestra sus dos flancos impúdicos, opulentos y fuertes como las posaderas de una mujer, y el Cerro de Machúparo y el de Caramécuaro y el Hueco y el de la Laguna, ciñen al pueblo con sus fértiles laderas, como niños cojidos de las manos que jugaran en torno suyo a María Blanca".¹⁷

El autor trata de fijar así cómo en una fotografía, el contorno de Tacámbaro, mas huye de parecer maestro de primaria dando su lección.

En *MI CABALLO, MI PERRO Y MI RIFLE* hay una descripción de paisaje, necesaria para explicar la importancia que tienen los accidentes geográficos para la estrategia militar. "Cerca de Huaniqueo hay una cañada angosta y sombría que tiene por nombre "El Clarín". Es como la manga de una chaqueta bordada con alambres de pinos y forrada con la seda fina de las amapo-

las". Al aparecer los federales, el desconcierto se hizo, y: "nos arremolinamos desordenadamente y volvimos grupas, unos buscando el parapeto de la montaña, y otros, los más infortunados, bajando por una pendiente, que los federales dominaban".¹⁸

Eminentemente sensual, la obra de José Rubén Romero retrata, con minuciosidad y exquisitez, las impresiones que conmovían más al cuerpo que al intelecto. "Gustador de la vida" le ha llamado de Alba, y verdaderamente este juicio es acertado. Amigo de la buena mesa, principalmente de la michoacana, José Rubén Romero recrease en este tipo de descripciones. En la página 190 de sus Obras Completas, dice en *EL PUEBLO INOCENTE*, por boca de don Vicente, que le da a Daniel noticias de su madre: "Atariada desde ayer para recibirte. Ya te hizo cajeta, mamones, chongos de cuajada, y la dejé partiendo una calabaza para tu regalo".¹⁹ Y en la misma obra: "Niño, te guardé las últimas changuingas— decíale una viejecita asomando su rostro de ciruela pasa, detrás de la cerca de piedra, y ofreciéndole en pintada jícara de Quiroga los granos ambarinos, como cuentas de rosario que se desengarza".²⁰ Y el mismo Daniel, con fama de comilón, es reconvenido cariñosamente por el viejo Vicente: "¡No perdonas por nada tu chocolate de cura, rodeado de bizcochitos! Dicen que eres terrible para el sopeo y que con un pocillo te levantas un peso de pan, gananciado y todo".²⁰

En *APUNTES DE UN LUGAREÑO* el autor se recuerda los días de campo, niño aún, pero "llevando a la cabeza de la silla el pequeño morral de mi bastimento: sabrosas gorditas de maíz rellenas de arroz, de longaniza y de frijoles".²¹

En una común comilona, José Rubén Romero siéntase, personificado en Daniel, el centro de la reunión. Al ver la mesa servida, no puede dejar de exclamar: “¡A la mesa, a la mesa, que ya el arroz presume con sus rodajas de huevo, como falsas monedas de oro, y el mole de guajolote deja en el mantel sus huellas de sangre, como un crimen reciente!”²²

Y un poco más adelante, lamenta la pérdida de una bestia la de los comestibles— que arrastró la corriente: “¡Chocolate de metate molido en casa, oloroso a canela, sopeado en la intimidad del hogar, con rosquitas doradas en manteca; chocolate tomado a sorbos pequeñitos, a la hora clásica de la merienda, como un pretexto distinguido para beber un vaso de agua fresca! ¡Chocolate que mi madre preparó, con sus manos solícitas de abadesa, y en el río se deshizo inútilmente, sin aromas de vainilla o de canela, mereces, más que el mar, un lindo poema”.²³

Y en Sahuayo, *APUNTES DE UN LUGAREÑO*²⁴ José Rubén Romero, con su clásica glotonería auestas “recorría los portales y el mercado en busca de antojitos sabrosos: quesones, toqueras, uchepos”

El mercado, fuente de color, movimiento, y de apetitosos dulces, hacen que José Rubén Romero, aficionado sempiterno a estas cosas, las retrate así: “Atraen a los chiquillos con sus rajadas de calabazate, sus confites de anís; pintarrajeados de azul y rojo, propios para celebrar con ellos un alegre carnaval dentro del intestino, y sus mazapanes de pepita”.²⁵

En *DESBANDADA*, el narrador nos habla de su casa, deteniéndose parsimoniosamente en la cocina y en el comedor. De este último son estas notas: “la conservera de cristal cortado que canta al más ligero roce;

los platos azules de la China en donde nos sirven el arroz de leche, pecoso siempre de canela, y los pocillos traslúcidos que a la hora del desayuno se atavían, como las majas españolas, con la blonda mantilla del chocolate".²⁶

Tití, el sobrino, pequeño filósofo de *DESBANDADA* hace a su modo, una descripción de lo que le sirven, a la mesa para su asombro: "La leche espumosa como las gaseosas, y es todo tan rico, hasta los postes, que los tumban, los asan y los venden en rebanadas en un puesto que está frente a la tienda. Cuando tú llegues ya te llevaré a comprar, pero no pidas un centavo de quiote, y así sabrás cómo son de dulces los postes que se dan aquí."²⁷

"En la mesa Tití probó de todo: la sopa de curundas, el manchamantel, los frijoles chinos, pero lo que más le gustó fue el melado caliente, con un buen trozo de requesón y oliendo a caña cocida."²⁸

¿Y qué decir de Julián, el niño hético de *MI CABALLO, MI PERRO Y MI RIFLE* que a la hora de la consagración, en plena misa, urdía planes descabellados para satisfacer sus caprichos gastronómicos, siempre a dieta? la ceremonia se me iba en fraguar planes para comer antojos y en hacer listas interminables de dulces, frutas y toda clase de golosinas."²⁹

Unas calaveras que circularon un día de muertos, decían así, respecto de un médico del pueblo:

cura el tifus con carnitas
"No surtas las recetitas
de este doctor testarudo;
y el colerín con menudo."

Pito Pérez, añora, al dejar Santa Clara del Cobre, todos los antojitos de la región:—"¡Oh,, las carnitas de

Canuto! ¡Oh, el menudo de la tía "Susa"! ¡Oh, las tortas de coco" de Lino, el panadero!³⁰

"Eran las doce de la mañana y de los zaguanes salía el olor de los guisos, como un pregón de bienestar y de abundancia: de la casa de las Correas, el apetitoso perfume de los chiles puestos a asar para rellenarlos; del portal de doña Cándida, el aroma penetrante de un lomo de cerdo que se retorció en la cazuela, como un relapso, condenado a fuego lento. Por la puerta de Lola Molina escapaba el olor de la miel, a punto ya para los bocadillos de coco, y del curato salía a la calle, como una fina esencia del paraíso, el olor del chocolate que se torteaba en aquellos momentos y que, como el sándalo, pagaba con perfumes los golpes que recibía".³¹

El ajetreo madrugador de *ROSENDA* tiene un momento de descanso para tomar un parco desayuno: "el pan, la olla del atole blanco y el piloncillo que saboreaba a pequeñas mordidas".³² y "a mediodía, cuando el puebló se liquidaba a los rayos del sol, como si sus casas fuesen de manteca, oficiaba junto al fogón; trasegando de las ollas a las cazuelas, la carne, la verdura y los frijoles que componían diariamente las minutas de sus comidas: refrigerio que hacía de pie, calentando en la lumbre las tortillas que, al contacto de las brasas, tomaban un color de oro viejo".³³

José Rubén Romero escribía como conversaba sabiéndose escuchado por un público simpático, consanguíneo casi. Gastón Lafarga supo captar exactamente este resorte humano de José Rubén Romero al decir de él: "El autor escribe para su propio halago y entretenimiento de sus amigos" lo mismo que la periodista norteamericana Betty Ross, lo hace confesar, en exclusiva entrevista, al preguntarle cuál es su mira como es-

critor: "Hacer reír a la gente. O llorar. Pero no pensar". Por eso su obra está sembrada de anécdotas y chascarrillos, equívocos humorísticos que salpimentan sus narraciones, como antes su conversación era adornada con los brotes de ironía que le hicieron jovialmente famoso, aunque hay ocasiones en que, por contar una anécdota, corta la narración. La anécdota de don Carlitos, mal jinete, dominado por un caballo voluntarioso. Cierta vez lo prestó a un buen arrendador de potros. "En menos que te lo cuento lo enfrenó, lo ensilló y tomándole el estribo, acomodóse en la montura con gran destreza. Iba el hombre echando facha por las calles del pueblo, cuando sintió que el caballo se paraba y pretendía torcer por camino más de su gusto. El charrito empuñó bien las riendas, apretó las corvas y descargó tan tremendo azote sobre las ancas de la bestia que, sorprendida por el castigo y acalambrada de dolor, volvió la cara al jinete y le dijo con mansedumbre: —¡Perdone su merced yo creía que era don Carlitos. . . !"³⁴

Las anécdotas de Aurelio, (*MI CABALLO, MI PERRO Y MI RIFLE*) a quien "gustábale platicar de todo y presumir, exagerando las cosas hasta hacerlas inverosímiles:

—"Por mi rumbo el trigo es del tamaño de un frijol.

—¿Y los frijoles?

—Son más grandes que las habas"

—Maté a seis oficialillos "—decía Aurelio dándose aire de importancia—". Yo no desperdicio el parque con soldados rasos, y al mero jefe le desafié a que se abrochara conmigo, mano a mano, pero él se hizo el sordo.

—¿Tú lo viste Aurelio? ¿Lo hallaste?

—¡Yá lo creo! Cuando él bajaba por el cerro, yo desde la plaza, le grité fuerte y tupido para que me oyera.

—Total, a dos kilómetros de distancia. Mira, Aurelio, tú estás como aquel que le pegaron en Colima y le vino a entrar el coraje cuando iba llegando a Guadalajara... ”³⁶

Una vez me bebí una mula “—dice Aurelio—”. Iba montado en ella, dio un mal paso y rodando, caímos en una barranca muy honda. Todititos nos desquebrajamos, pero como el animal tenía la culpa él fue el que pagó las consecuencias. Duré tres días en el fondo del barranco hasta que mis parientes dieron conmigo. Pero en el inter para mantenerme, abrí ojales a la mula con mi navaja, chupándole toda la sangre.

—Calla, antropófago; te bebiste a un semejante tuyo.

Y en el vivac, los soldados guasean entre sí:

—“Se me durmió una pata.

—Pues habla bajo para que no se te despierte.

—No vienen esos pinches. ¡Con las ganas que yo tenía de echarme al plato siquiera uno!

—Tan grávido como estás !y que no se te cumpla el antojito!”³⁷

Tamborillas, el escudero del narrador en *APUNTES DE UN LUGAREÑO*, es interrogado así:

—“¿Tú sabes quién fue Napoleón?

—Un perro de don Utimio, que le echaron yerba.

—No, Tamborillas, fue un emperador francés.

—¡Qué va, jefe, cómo se había de llamar como un perro!”³⁸

El abuelito de un niño aristócrata de Pátzcuaro estaba ya viejo y achacoso. Embozado en una gran capa española, gustaba sentarse al sol, en la puerta de su casa.

—“Buenos días, abuelito ¿Tiene usted mucho frío?, —interrogó el chamaco con una sonrisilla maliciosa y cortés.

—Ya lo creo que tengo, hijito —estamos en diciembre, y a mis años...

—¿No quiere usted que lo caliente?

—Pero tú, ¿cómo lo puedes hacer?, —repuso el anciano mirando al rapaz con ojos de duda.

—Muy sencillo señor. Vaya usted a tiznar a su madre.

Al oír tan procaz insulto, el viejecito dio un salto, tiró la capa y rompió a perseguir al mocoso atrevido por toda la calle, pero el chico se escabullía con la ligereza de un pájaro. Cuando por fin perdió la esperanza de darle alcance, rojo de ira, limpiándose el sudor que le bañaba el rostro, volvió a su puerta y se desplomó en su sillón, sin preocuparse más de la capa. En la acera de enfrente, como un diablillo jugueteón, el chico apareció de nuevo.

—¡Ya verás, muchacho malcriado, te acusaré con tu padre!

—Pero, abuelo ¿por qué se enoja? Dígame la verdad: Lo calenté ¿sí o no?³⁹

En *LA VIDA INUTIL DE PITO PEREZ*, las anécdotas, se concatenan para formar el relato regocijado y amargo. Supo Pito Pérez que el panadero del lugar necesitaba cambiar una de sus numerosas gallinas por un gallo.—Se hizo el trato, y después de darle la gallina, el vagabundo dio un gallo con el instrumento mu-

sical que le prestó el apodo. Toda la noche estuvo desgranando a la puerta del panadero, lo mejor de su repertorio. Tomó la gallina que le correspondía y en una tarjeta dejó escrito esto:

*“Adios te digo tocayo,
antes de volver la esquina;
ya me llevo tu gallina
y aquí terminó mi gallo”.*⁴⁰

Y en la misma obra, el profesor Gallegos, de Morelia, grandilocuente y ridículo, clamó ayuda al sereno, al ver que su casa se incendiaba: “Guardia noctámbulo, alijerad vuestros pies con las alas de Mercurio, y haced vibrar el bronce cóncavo y plañidero, antes de que el más voraz de los elementos incipere mi paupérrima morada”.⁴¹ O la otra ocasión en que, al encontrar un carbonero, le preguntó:

—“Bucólico morador de las selvas umbrías, ¿en cuanto apreciáis el fardo de maderas calcinadas que lleváis sobre los lacerados omoplatos de este rústico pollino?

—Eso lo será usted, roto pinche. Se valen de que son ricos p’humillar a los probes...”.⁴²

Podría escribirse mucho acerca de la tendencia popular a sellar la personalidad de las gentes con un apodo. Como la acción en las obras de José Rubén Romero se desarrolla en los pueblos chicos, en donde el ingenio pone su animado pincel para destacar defectos, actitudes, etc.; son muy abundantes los apodos. Como él mismo lo dice en *DESBANDADA*, “los apodos se basan, ya en un detalle histórico, ya en un defecto físico o en algo que pinte el carácter de las personas”. “Hay motes que no se explican por sí solos sino por cierto carácter onomatopéyico o descriptivo que sin duda los inspiró”⁴³

“El buey suelto” es un respetable señor, engañado por su mujer. “Sobre las olas”, le dicen a un comerciante que al andar mueve los brazos cual si remara; “El astrónomo”, a un muchacho que tiene una nube en un ojo, y que camina con la cabeza en alto, como si escrutara el cielo.—Un muchacho pobre que casó con la hija de un rico, le dicen “San Onofre”, pues tiene un cuervo que le baje el pan. “El Marinero” es un barrio non sancto de Tacámbaro, y a una mujer que lo frecuenta la apodaron la “Marsella”, por ser puerto de gran calado y de activísimo comercio”⁴⁴ “El Colorín”, “El intrépete” “El perico de Demóstenes”. etc.

“En vísperas de unas elecciones municipales, un chusco formó un padrón de apodos y lo fijó en las esquinas, junto a la candidatura correspondiente:

“Presidente Municipal:

La Cierva

Síndico Procurador

El Becerro

Regidores:

La Culebra Negra

El Piojo Blanco

La Burra

El Perico

La Gallina”.⁴⁵

“Tamborillas” el niño aquel, ayudante del narrador en todos los menesteres, es llamado así por ser regordete, chaparrito y ventruado como una tambora; Pito Pérez, porque de chico, —para desesperación del vecindario, silbaba continuamente un pito metálico; “La Panala”, una mujer de mal vivir que atraía a los hombres, como un panal a las abejas; “Hilo Lacre” le decían tam-

bién a Pito Pérez como una alusión a su ocupación de barillero; "El inocente" es un apodo irónico, ya que quien lo ostentaba no tenía absolutamente nada de inocente; don José María, el cacique de *MI CABALLO, MI PERRO Y MI RIFLE*; llamado así por avaro; don Tiburcio, "El Rey de Copas", don Filiberto, "El Rey de bastos" y al Prefecto, "El Rey de espadas" porque era el brazo ejecutor de todas las maldades imaginadas por otros reyes. "La Putífara", la esposa del maestro arbitrario" llamada así porque quiso ensayar la historia de José con un mozalbete de la escuela".⁴⁶

Aurelio, aquel mozo zafio de la misma obra, que se mando orificar los dientes sólo por vanidad, y que reía con toda la boca hasta en los combates, parecía, llevar en la boca una pequeña carrillera. "El General Cananas" le pusieron por este motivo; Valladares "El héroe de los gatos" que ejecutó la hazaña que todo un pueblo se le rindiera a él y su ayudante solamente, utilizando para el truco gran cantidad de gatos. En *LA VIDA INUTIL DE PITO PEREZ* destaca San Dimas, maestro de picardías de Pito, instigador afortunado para que Pito robase los dineros de la limosna; el "padre Coscorrón por su carácter iracundo y por lo seguido que vapuleaba nuestras pobres cabezas con sus dedos amarillos y nudosos, como cañas de carrizo".⁴⁷

"La Caneca", llamó Pito Pérez al esqueleto que le hacía compañía.

Jesús Zepeda, "El Tejón", un buen caporal que forma su grupo de bandoleros para caer a los pueblos desgarnecidos, y quien, al llegar a Tacámbaro ⁴⁸ hace al narrador escribirle un manifiesto a la Nación.

Los diálogos, considerados en general en la obra de José Rubén Romero, son breves y ágiles, apenas para

unir o dar coherencia a los sucedidos anecdóticos. Cuando estos diálogos son entre gente campirana, descúbrese más espontaneidad y conocimiento del decir peculiar de estas gentes, conocidas y observadas por José Rubén Romero desde su infancia. Palabras vernáculas, de origen tarasco, abundan en estos diálogos que el autor sazona con gracia y colorido: tepocate, curundas, zúricua, chúrenes, toqueras, uchepos, minguiche, guaris, etc. Todo este vocabulario da a la narración un aire local, inconfundible michoacano.

Su originalidad estilística hace de José Rubén Romero un autor de necesaria lectura, si se desea adentrarse en el espíritu del pueblo. Con gran naturalidad, —excepto quizá en dos o tres de sus novelas— con gracia espontánea y limpia relata, al recordar los sucedidos y hechos, tipos y pueblos, en pintoresca y aleccionadora galería. “La economía de medios para llegar a un fin” que dice González Peña de José Rubén Romero, es más evidente en *ROSENDA*, donde todos los elementos, en breves pinceladas, son bastantes para darnos esa atmósfera peculiarísima que rodea a la figura principal. Piérdese, en cambio, esa frescura en algunas otras, en particular *UNA VEZ FUI RICO* y *ANTICIPACION A LA MUERTE*.

¹ Castro Leal Antonio.—“Obras completas” de José Rubén Romero.—Prólogo.—México 1957. p. XIX.

² Romero, José Rubén.—“Obras Completas” México, 1957. Pág. 30.

³ José Rubén Romero, op. cit. pp. 30-31

⁴ José Rubén Romero, op. cit. p. 218.

⁵ Ibid., p. 218.

⁶ Ibid., p. 218.

⁷ Ibid., p. 193.

⁸ Ibid., p. 295.

⁹ Ibid., p. 299.

¹⁰ Ibid., p. 305.

¹¹ Ibid., p. 315.

¹² Ibid., p. 307.

¹³ Ibid., p. 391.

¹⁴ Ibid., p. 364.

¹⁵ Ibid., p. 443.

¹⁶ Ibid., p. 481.

¹⁷ Ibid., p. 149.

¹⁸ Ibid., p. 323.

¹⁹ Ibid., p. 202.

²⁰ Ibid., p. 202.

²¹ Ibid., p. 242.

²² Ibid., p. 248.

²³ Ibid., p. 53.

²⁴ Ibid., p. 69.

²⁵ Ibid., p. 151.

²⁶ Ibid., p. 157.

²⁷ Ibid., p. 170.

²⁸ Ibid., p. 17.

²⁹ Ibid., p. 271.

³⁰ Ibid., p. 349.

³¹ Ibid., p. 412.

³² Ibid., p. 499.

³³ Ibid., p. 501.

³⁴ Ibid., p. 304.

³⁵ Ibid., p. 298.

³⁶ Ibid., p. 308.

³⁷ Ibid., p. 307.

- 38 Ibid., p. 81.
- 39 Ibid., p. 63.
- 40 Ibid., p. 389.
- 41 Ibid., p. 395.
- 42 Ibid., p. 396.
- 43 Ibid., p. 176.
- 44 Ibid., p. 176.
- 45 Ibid., p. 179.
- 46 Ibid., p. 275.
- 47 Ibid., p. 356.
- 48 Ibid., p. 308.

Conclusiones

De manera general se concluye que José Rubén Romero, saliendo de su provincia, —lo más sincero de sí mismo— no nos ofrece, en sus obras citadas, la frescura y autenticidad de sus personajes campiranos.

El ambiente de la ciudad, siempre ajeno a su idiosincracia particular, mantúvolo en un plano de superficialidad cuando se obliga un tema de esa naturaleza *UNA VEZ FUI RICO, ANTICIPACION A LA MUERTE*. Cuando vuelve a la provincia todo su poder de observación, su cordial comprensión de las gentes, que son suyas; su estilo hecho a la descripción colorida, recobran su fuerza, retoman el rumbo que habían dejado de lado.

Su estilo pintoresco, su ironía alegre e hiriente al mismo tiempo, nos da el retrato cabal de la provincia que tanto amó. Anécdotas y dichos, en breve pero substancioso diálogo, nos llevan a entrever el ambiente que él desea ostentar en sus obras, para mover con naturalidad a sus tipos, auténticos en sus actitudes y reacciones psicológicas.

Pocos escritores han aportado a la literatura nacional con más acierto y veracidad que José Rubén Romero, la vena popular de sus narraciones que “a fuerza de ser michoacanas, son universales”.

BIBLIOGRAFIA DIRECTA:

- 1.—“*Apuntes de un lugareño*” en Obras completas de José Rubén Romero.—Ediciones Oasis, S. A., México, D. F., 1957.
- 2.—“*Desbandada*”.—En Obras Completas de José Rubén Romero.—Ediciones Oasis, S. A., México, D. F., 1957.
- 3.—“*El pueblo inocente*”, en Obras Completas de José Rubén Romero.—Ediciones Oasis, S. A., México, D. F., 1957.
- 4.—“*Mi caballo, mi perro y mi rifle*” en Obras Completas de José Rubén Romero.—Ediciones Oasis, México, D. F., 1957.
- 5.—“*La vida inútil de Pito Pérez*” en Obras Completas de José Rubén Romero.—Ediciones Oasis, México, D. F., 1957.
- 6.—“*Algunas cosillas de Pito Pérez que se me quedaron en el tintero*” en Obras Completas de José Rubén Romero.—Ediciones Oasis, S. A., México, D. F., 1957.
- 7.—“*Una vez fui rico*”.—En Obras Completas de José Rubén Romero.—Ediciones Oasis, México, D. F., 1957.
- 8.—“*Rosenda*”.—En Obras Completas de José Rubén Romero.—Ediciones Oasis, S. A., México, D. F., 1957.
- 9.—“*Anticipación a la muerte*”.—En Obras Completas de José Rubén Romero.—Ediciones Oasis, S. A., México, 1957.
- 10.—“*Ensayos y discursos*”.—En Obras Completas de José Rubén Romero.—Ediciones Oasis, S. A., México, D. F., 1957.

BIBLIOGRAFIA INDIRECTA

- AZUELA, MARIANO.—Los de Abajo. Fondo de Cultura Económica, 1958.
- BRUSHWOOD, JOHN Y ROJAS GARCIDUEÑAS, JOSE.—Breve Historia de la Novela Mexicana.—Ediciones de Andrea.—México, 1959.
- FERNANDEZ DE LIZARDI, J. JOAQUIN.—El Periquillo Sarniento.—Ediciones Cicerón, México, 1953.
- GONZALEZ PEÑA, CARLOS.—Historia de la Literatura Mexicana.—Editorial Porrúa, S. A., México, 1960.
- GONZALEZ, MANUEL PEDRO.—Trayectoria de la novela en México, Ediciones Botas.—México, 1951.
- GUZMAN, MARTIN LUIS.—La sombra del caudillo.—Compañía General de Ediciones.—México, 1962.
- GUZMAN, MARTIN LUIS.—El águila y la serpiente.—Compañía General de Ediciones.—México, 1962.
- INCLAN, LUIS G.—Astucia.—Editorial Porrúa, S. A., México, D. F.
- JIMENEZ RUEDA, JULIO.—Historia de la Literatura Mexicana.—Ediciones Botas, México, 1960.
- KOONS, JOHN FREDERICK.—Garbo y donaire de José Rubén Romero (Tesis), México, 1942.
- LOPE BLANCH, JUAN M.—La Novela Picaresca.—Textos de la Escuela de Verano. U.N.A.M., 1958.
- LAFARGA, GASTON.—La Evolución Literaria de José Rubén Romero.—Tercer Tomo. Colegio de México, 1939.
- LIGA DE ESCRITORES Y ARTISTAS REVOLUCIONARIOS.—Homenaje a José Rubén Romero.—México, 1937.
- MARTINEZ, JOSE LUIS.—Literatura Mexicana Siglo XX.—Antigua Librería Robredo.—México, 1950.

- MARTINEZ, JOSE LUIS.—La Emancipación Literaria de México.—Antigua Librería Robredo.—México, 1941.
- MILLAN, MARIA DEL CARMEN.—Literatura Mexicana.—Editorial Esfinge.—México, 1962.
- MORTON, F. RAND.—Los Novelistas de la Revolución Mexicana.—Editorial Cultura. T. G. S. A., México, 1949.
- FAZ, OCTAVIO.—El Laberinto de la Soledad.—Fondo de Cultura Económica.—México, 1963.
- ROMERO FLORES JESUS.—Diccionario Michoacano de Historia y Geografía.—Edición del Gobierno del Estado.—Morelia, Mich., 1960.
- ROSSBACH, BERNARD JOHN.—Novelas de Rubén Romero (Tesis) México, 1960.
- YAÑEZ, AGUSTIN.—Al Filo del Agua.—Editorial Porrúa, S. A.—México, 1961.

REVISTAS CONSULTADAS

- AVANCE*.—"La clara voz de México".—La Habana, 31 de julio de 1942.
- ASI*.—Semblanza de una mujer.—Por José Rubén Romero, 13 de septiembre de 1941.
- BOLETIN BIBLIOGRAFICO MEXICANO*.—El novelista José Rubén Romero.—31 de mayo de 1946.
- HAY*.—Libros viajeros.—27 de septiembre de 1941.
- HAY*.—Letras y política.—4 de diciembre de 1942.
- HAY*.—Entrevista con José Rubén Romero.—Un país, un embajador, un libro. Por Natalio Burstein.—Agosto 22 de 1942.
- HOY*.—Sr. Indalecio Prieto.—Envía José Rubén Romero.—27 de diciembre de 1947.

- HOY*.—José Rubén Romero, Académico.—Diciembre 24 de 1949.
- HOY*.—Marcos Redondo embajador de España en México, por José Rubén Romero.—10 de junio de 1950. Las tribulaciones de un nuevo Académico, por José Rubén Romero.
- HOY*.—Panorama de la novela de México. No somos creadores; afirma el gran escritor mexicano don José Rubén Romero. Por Juan Miguel de Mora.
- HOY*.—Abril 24 1948.—Ni busco ni rehuyo el Gobierno de Michoacán, por José Rubén Romero.
- JUEVES DE EXCELSIOR*.—Apuntes de un lugareño, por Manuel Horta, 24 de agosto de 1933.
- JUEVES DE EXCELSIOR*.—La vida inútil de Pito Pérez, por Manuel Horta, 28 de agosto de 1938.
- LETRAS DE MEXICO*, p. 8.—Bibliografía de José Rubén Romero, por Ernest Richard Moore de la Universidad de Cornel.
- LETRAS DE MEXICO*.—Anticipación a la Muerte.—15 de noviembre de 1939 Vol. II.
- LETRAS DE MEXICO*.—Por qué José Rubén Romero es Académico, por Jenaro Fernández Mac Gregor 10. de nov., de 1938.
- MAÑANA*.—La Crítica y el Gobierno.—Por José Rubén Romero.—Julio 19 de 1946.
- MEXICO EN EL ARTE*.—Tristeza de México en Batabanó.—2 de agosto de 1948, por José Rubén Romero, México, D. F.
- REVISTA DE REVISTAS*.—Pito Pérez nuevo "Periquillo", por Núñez y Domínguez.—2 de agosto de 1938.
- REVISTA DE REVISTAS*.—Biografía de Muerte por E. Abreu Gómez.—27 de octubre de 1939.

SIEMPRE.—Mi Novia.—Por José Rubén Romero, marzo 13 de 1954.

SIEMPRE.—Así era José Rubén Romero.—Anónima.—Julio 11 de 1953.

SOLARIDAD OBRERA.—Los libros, un autor José Rubén Romero; por Juan D'Agramunt., México, D. F., 5 de julio de 1942.

PERIODICOS CONSULTADOS

DIARIO DE LA MARINA.—El homenaje al ex-embajador Romero., 11 de noviembre de 1944., Habana, Cuba.

DIARIO DEL SURESTE.—Una vez fui rico.—Martes 10. de sept. de 1942, Mérida, Yuc.

DIARIO DE LA MARINA.—Tres libros formidables; por Mario Luque julio 5 de 1942. Habana, Cuba.

EL DIARIO DE LA MARINA.—El homenaje al ex-embajador Romero, 11 de noviembre de 1944, Habana, Cuba.

EL UNIVERSAL.—Programa de Pito Pérez en el cinema Palacio. Producida y dirigida por Miguel Contreras Torres con el actor Manuel Medel, domingo 20 de febrero de 1944.

EL UNIVERSAL.—Los nicolaítas llaman de nuevo a Dn. José Rubén Romero, México, D. F., 15 de marzo de 1944.

EL NACIONAL.—El espejo indiscreto.—Pito Pérez y José Rubén Romero, 10 de julio de 1942, México, D. F.

EL PORVENIR.—Un alma sin rumbo, Pito Pérez. 14 de feb. de 1942.

EL UNIVERSAL.—Luz y espíritu de José Rubén Romero, en sus funerales.

EXCELSIOR.—El burlador de sí mismo por Indalecio Prieto, 28 de mayo de 1942, México, D. F.

NOVEDADES.—Falleció don José Rubén Romero, sábado 5 de julio de 1952.

ULTIMAS NOTICIAS DE EXCELSIOR.—La vida inútil de Pito Pérez.—México, viernes 3 de noviembre de 1944.